

A close-up portrait of a man with a short, dark beard and intense, dark eyes. He is looking slightly down and to the side. He is wearing a dark, possibly black, jacket over a dark shirt. His right hand is visible, holding a dark object, likely a gun, near his chest. The background is dark and out of focus.

UN ROMANCE
DE LA MAFIA

LA BRATVA MOROZOV

SECUESTRADA

por la Bratva

LEXI ASHER

Secuestrada por la Bratva

Un Romance de la Mafia

La Bratva Morozov Libro 1

Lexi Asher

Todos los derechos reservados. No es legal reproducir, duplicar o transmitir cualquier parte de este documento, ya sea mediante medios electrónicos o en formato impreso. Está estrictamente prohibido grabar esta publicación. No se permite almacenar este documento a menos que se tenga el permiso por escrito de la editorial.

Contenido

[Capítulo 1 - Reina](#)

[Capítulo 2 - Iván](#)

[Capítulo 3 - Reina](#)

[Capítulo 4 - Iván](#)

[Capítulo 5 - Reina](#)

[Capítulo 6 - Iván](#)

[Capítulo 7 - Reina](#)

[Capítulo 8 - Iván](#)

[Capítulo 9 - Reina](#)

[Capítulo 10 - Iván](#)

[Capítulo 11 - Reina](#)

[Capítulo 12 - Iván](#)

[Capítulo 13 - Reina](#)

[Capítulo 14 - Iván](#)

[Capítulo 15 - Reina](#)

[Capítulo 16 - Iván](#)

[Capítulo 17 - Reina](#)

[Capítulo 18 - Iván](#)

[Capítulo 19 - Reina](#)

[Capítulo 20 - Iván](#)

[Capítulo 21 - Reina](#)

[Epílogo - Reina](#)

[About the Author](#)

[Libros de Lexi Asher](#)

Capítulo 1 - Reina

¿Reina? —Mi asistente asomó la cabeza dentro de mi despacho—. Darla quiere verte en cuanto tengas un segundo.

Le di las gracias y ella volvió a su mesa. Me dije a mí misma que no debía asustarme por el hecho de que Darla Talbot, la dueña de Talbot Talent Agency, quisiera verme un viernes por la tarde. ¿Debería salir escopetada solo porque ella hubiera dicho «en cuanto tengas un segundo»? ¿Y si estuviera muy ocupada? ¿No querría que terminase primero mi trabajo?

Lo cierto era que no tenía nada más que hacer por el resto del día. Mi modelo más reciente y yo acabábamos de volver de su primera sesión, y había hecho un trabajo tan bueno que, de ahora en adelante, no necesitaría una niñera de ahora en adelante. El fotógrafo y yo teníamos una buena relación y él me había asegurado que volvería a contratarla. Al cliente, una marca de vitaminas, también le había encantado. Yo no contrataba a la gente solo porque fuera guapa, también me aseguraba de que tuvieran una ética de trabajo sólida. Mis comisiones dependían de que mi gente fuera puntual y de que les volvieran a llamar.

Vale, entonces el problema no era ninguno de mis contratos. Todos mis modelos tenían trabajo de forma regular y además, no había parado de contratar nuevos talentos. Entonces, ¿por qué Darla quería verme en su despacho? La dueña de la agencia no era el tipo de jefa que se paseaba por los pasillos y se relacionaba con nosotros, los peones. Solo aparecía para codearse con los clientes más importantes o con los pocos modelos famosos de verdad que teníamos. O para echarle la bronca a alguien cuando metía la pata.

No, no había ningún motivo para que yo estuviera metida en un lío. Mi reputación en este negocio era intachable, y eso era mucho decir teniendo en cuenta que la reputación de Talbot no era precisamente buena. Fue mi primer trabajo nada más terminar la universidad y, al no tener experiencia ni

contactos, lo cual era aún más importante en este negocio, me había sentido muy agradecida de que me contratasen en aquel momento. Durante el año pasado, aprendí que Talbot no era precisamente la agencia de talentos más venerada de Miami gracias a las miradas de reojo y algo sospechosas que recibía cada vez que le contaba a alguien de la industria dónde trabajaba. Aun así, fue la única que me ofreció un trabajo. El mercado era tan competitivo aquí, en la soleada Florida, que contábamos con una buena cantidad de talentos deseosos de firmar contratos y de empresas dispuestas a contratarlos para campañas. Pensé que podría cambiarme a una agencia más grande en un par de años.

No había ninguna razón en absoluto para estar tan nerviosa, así que me dirigí al gigantesco despacho con vistas de Darla. Me di ánimos a mí misma mientras caminaba por los largos pasillos cubiertos de fotos de todos nuestros modelos y me recordé a mí misma a cuántos había contratado yo. La verdad es que esta reunión era una oportunidad tan buena como cualquier otra para solucionar algunos problemas que estaba teniendo. Concretamente, que mis nóminas no reflejaban las últimas primas que debería haber recibido. Iba a tener que volver a comprobarlo, pero estaba bastante segura de que mis comisiones habían bajado cuando deberían haberse disparado. Mis modelos estaban muy solicitadas y yo me esforzaba para que siguieran trabajando.

La asistente de Darla me hizo un gesto con la cabeza para que entrase, pero yo toqué a la puerta de todas formas. La voz de Darla se oyó desde el otro lado y yo entré con una sonrisa. Sus ojos láser se posaron en mis zapatos y me escudriñaron de abajo a arriba, lentamente. Yo me fijé en su elegante traje color turquesa, que contrastaba vivamente con su pelo pelirrojo recogido en un moño apretado en la coronilla. Frunció sus labios pintados de rojo brillante cuando su mirada se posó sobre mi cabeza. Yo mantuve las manos firmemente pegadas a los costados para evitar retocarme el pelo rubio ceniza. No estaba tan perfectamente peinado como el suyo, desde luego, pero no estaba mal. O eso esperaba. En cuanto a

mi ropa, llevaba mi uniforme habitual compuesto por unos vaqueros negros y una blusa de seda blanca. Nada ostentoso, pero yo no estaba en el negocio por mis modelitos. Lo único que podía considerarse impresionante de verdad eran mis tacones altísimos y vergonzosamente caros, mi única debilidad a la hora de gastar dinero. Sin embargo, Darla no parecía muy impresionada.

—Siéntate, Reina —dijo.

Yo suspiré aliviada de que hubiera dicho bien mi nombre. Por desgracia, no siempre era el caso.

— ¿Cómo estás, Darla? —pregunté.

Ella bajó la mirada hacia su tableta, pero juraría que puso los ojos en blanco.

—Tengo malas noticias para ti —respondió ella, ignorando las cortesías y yendo directa al grano—. Me temo que vamos a prescindir de tus servicios.

— ¿Qué? —Me quedé medio en shock, especialmente después de la tremenda charla motivacional que me había dado a mí misma de camino hacia aquí—. No lo entiendo. ¿Por qué?

Aunque despilfarraba dinero en zapatos de vez en cuando, yo era una tacaña y contaba cada céntimo. Ganaba un buen sueldo en este trabajo, pero Miami Beach era una ciudad cara. Pensé en mi cuenta de ahorros, que no era muy grande, y se me revolvió el estómago. No me encantaba la agencia Talbot, pero sí mi trabajo, y no podía permitirme perderlo.

Ella arrastró el dedo unas cuantas veces por su tableta, como buscando la razón por la cual intentaba arruinarme la vida.

—Aquí esperamos un cierto nivel de contrataciones. Como sabes, las convocatorias abiertas rara vez proporcionan buenas caras, así que necesitamos que nuestros agentes y *bookers* nos traigan gente.

Asentí enérgicamente.

—Sí, y así es. Fiché a Melissa Angelo, que acaba de hacer la campaña para Hartford Vitamins esta tarde.

Ella frunció el ceño y volvió a arrastrar el dedo por la pantalla.

—Aquí dice que a Melissa la contrató Jimmy.

—No, eso está mal —lo dije con tanto ímpetu que ella levantó la mirada y enarcó una ceja.

Me daba igual. Jimmy era un trepa y siempre intentaba llevarse el mérito por el trabajo ajeno. Algunos de los otros bookers se habían quejado mientras tomábamos una copa de que les habían estafado comisiones porque Jimmy se había lanzado en picado y se había adjudicado el trabajo, pero, como era el sobrino de Darla, no podían hacer nada. En ese momento, me di cuenta de que probablemente él era la razón de que mi sueldo fuera tan sumamente bajo últimamente, cuando debería haber sido más alto que nunca gracias a mi duro trabajo.

—Pregúntaselo a Melissa —dije con desesperación, ignorando su ceño cada vez más fruncido.

Empujó la tableta hacia mí.

—Aquí está su contrato.

Bueno, esto lo resolvería todo. Yo estaba presente cuando se firmó. Pero no resolvió nada, porque era un contrato completamente distinto en el que Jimmy figuraba como agente de firma.

—Entonces, ¿por qué la he acompañado yo hoy a su primer trabajo? —pregunté.

Darla se encogió de hombros.

—Supuse que Jimmy estaba delegando.

Como si yo fuera su subordinada, lo cual no era así. Estaba furiosa y me quedé de piedra mientras Darla enumeraba a algunos de mis otros modelos que el asqueroso de su sobrino me había robado. En realidad me imaginaba

cómo habría pasado. A pesar de ser un trepa, era guapo y rico, y nunca dejaba que nadie olvidase que algún día él dirigiría la empresa. No podía culpar a las modelos jóvenes y necesitadas por pensar que conseguirían un contrato mejor si se unían a él en vez de a mí, que no era nadie. Al fin y al cabo solo era alguien que estaba realmente dispuesta a trabajar por ellas, pero una donnadie igualmente. Por lo que sabía, también las seducía. Y no me extrañaba, viniendo de ese asqueroso.

Pero no podía defenderme o insultar a su único y querido sobrino, así que acepté mi despido lo mejor que pude. Desde luego, no iba a llorar ni a suplicar, aunque hubiera servido de algo. Aunque yo sabía que no habría sido así. Darla era tan fría como el hielo y además nunca vería la realidad en cuanto a su sobrino, aunque eso significase la ruina de su agencia.

Mantuve la compostura. En cuanto estuve de camino a mi casa, llamé a mi mejor y más antigua amiga en Kansas y me desahugué.

—Dios mío —dijo Lynn a través del altavoz tras mi diatriba llena de insultos contra la agencia Talbot—. Es horrible.

—Lo peor es que encontrar otro trabajo va a ser un infierno. Nadie los respeta, así que el hecho de que me hayan despedido me va a hacer quedar como la mayor pringada del mundo.

—No eres ninguna pringada, Reina. Encontrarás otro trabajo.

—Argh, soy lo peor —dije, harta de hablar de mis problemas—. ¿Cómo está Andrew? ¿Y el cacahuete?

Lynn se había casado con su novio del instituto, nuestro otro mejor amigo, Andrew, y ahora estaban esperando su primer hijo. Todavía era incapaz de asimilar que fuera a ser madre pronto, con solo veintitrés años. Los quería a los dos, eran la pareja más perfecta del mundo y serían unos padres estupendos, pero no podía imaginarme vivir esa vida a nuestra

edad. Mientras ella hablaba sobre sus citas médicas y sus antojos, no pude evitar sentir una chispa microscópica de envidia. La apagué rápidamente y me reí un poco de mí misma. Claro que quería formar una familia algún día, pero en un futuro muy, muy lejano. Sin trabajo, ese futuro se aplazaba todavía más. Solté un suspiro y Lynn dejó de hablar.

—Siempre puedes volver —dijo como si me hubiera leído la mente.

Regresar a Kansas habría sido más fácil y definitivamente más barato, pero allí había demasiada angustia y aquí estaba libre de ella. Hace poco más de un año, tras el asesinato de mi padre y la incompetencia policial que lo mantuvo sin resolver, no pude soportar los recuerdos. Veía a mi padre en todos los lugares a los que solíamos ir juntos y me atormentaba que no estuviera recibiendo la justicia que merecía. Siempre habíamos estado los dos juntos desde que mi madre murió cuando yo tenía cinco años. Él era mi pilar y mi héroe, y estar allí sola terminó siendo demasiado para mí. Miami no me traía esos recuerdos, así que aquí estaba a salvo de los fantasmas.

—Sabes que no.

—Escucha —contestó con su mejor tono de tomar las riendas—. No nos vamos a poner sensibleras ni a sentirnos mal con nosotras mismas. Te sugiero, no, te exijo que te pongas guapa y salgas esta noche. Ya es hora de que le saques partido a la famosa vida nocturna de Miami que siempre veo en la tele.

Esa actitud de pueblerina me sacó una risita.

—Si salgo todo el tiempo.

—Uf, pero si solo sales a trabajar. Me refiero a que salgas y bebas y bailes y encuentres a algún chico que te haga olvidarte de Talbot durante unas horas. Es viernes, Reina. Puedes empezar de cero el lunes. Hazlo por mí, así podré vivir a través de ti.

Me sorprendió que Lynn, con su vida perfecta, pudiera sentir un poco de envidia de mi desastrosa vida, así que accedí a salir. Cuando volví a mi apartamento, hicimos una videollamada y me ayudó a elegir qué ponerme, un vestido rojo ajustado que compré y nunca me había atrevido a llevar. Parecía que al fin le iba a quitar la etiqueta y le iba a dar la oportunidad de hacerme brillar. Lynn me deseó suerte y yo terminé nuestra llamada de tres horas y salí para superar un día muy malo.

La discoteca que escogí era una a la que ya había ido como cazatalentos. Estaba hasta arriba y la música estaba muy alta y, gracias a mi vestido extremadamente revelador, solo tuve que rondar por la barra durante unos minutos hasta que alguien me invitó a una copa. Me bebí mi primera margarita y charlé con un hombre de negocios que era de otro estado durante unos minutos mientras daba sorbos a la segunda, pero, en cuanto se distrajo, me dirigí a la pista de baile. Algunas personas que conocía de la industria me saludaron con la mano y yo les respondí gritando, puesto que era obvio que aún no se habían enterado de que ya no trabajaba en Talbot.

El alcohol empezó a obrar su magia y el ritmo de la música y las luces brillantes tomaron el control. Olvidé que yo no era alta y esbelta como las modelos de las que siempre estaba rodeada y a ninguno de los hombres que había en la pista parecía importarle que tuviera buenas curvas, especialmente a uno que estaba sentado en la zona VIP justo al salir de la pista de baile. ¿Será ese el tío que me ayude a superar mi despido? Una camarera con una bandeja de chupitos se abrió paso entre la multitud; no dudé en coger uno y bebérmelo de un trago para enseguida dejarlo sobre la bandeja y volver de nuevo a la carga.

Mientras giraba y me meneaba con la multitud, no paraba de prestarle atención al hombre de la zona VIP. Como para no hacerlo, si era como un dios. Parecía ser bastante altivo ahí sentado en su trono de terciopelo. Aunque había un pequeño grupo de gente a su alrededor en la zona acordonada, él parecía estar apartado, como si realmente fuera un dios. Y

yo estaba muy borracha, así que lo saludé con la mano cuando nuestras miradas se cruzaron.

Unos minutos después, un hombre rubio grande y musculoso me agarró del brazo.

—A Iván le gustaría que lo acompañases —gritó por encima de la música.

Yo me aparté de su agarre de un tirón.

—¿A quién? —pregunté a gritos. Él señaló y mi dios dorado levantó una mano. No sonrió, pero enarcó una ceja. ¿Me estaba llamando a mí de verdad? La intensa mirada que me estaba dirigiendo rezumaba seguridad en sí mismo y control. Sentí que me devoraba con la mirada y eso me revolvió por dentro. Me giré hacia su secuaz y me reí.

—Bueno, dile que venga él mismo hasta aquí si quiere mi compañía.

El hombre se quedó pasmado, pero yo me alejé de él bailando, sin preocuparme por nada. La música y las margaritas eran mis mejores amigas, así que, ¿quién necesitaba un hombre? La siguiente vez que me giré, mi dios dorado estaba justo delante de mí. De hecho, me estaba mirando desde arriba. Joder, sí que era guapo de cerca. Parecía que lo hubieran tallado en hielo, con una mandíbula y unos pómulos cincelados; además tenía unos impactantes ojos azules como los de un mar tormentoso. Su pelo, rubio dorado, por el cual le había dado ese apodo, le caía en ondas sobre la frente y se le rizaba alrededor de las orejas. ¿Que quién necesitaba un hombre? Yo. Y en particular a ese.

Quería tomarme mi tiempo para admirar bien el resto de su cuerpo, pero, antes de que pudiera reaccionar, me agarró por la cintura y de repente me vi inmovilizada contra su gran cuerpo. Sí, era tan musculoso como parecía desde su trono. Me mantuvo pegada a él, a pesar de que la canción que estaba sonando no era lenta; yo me quedé mirándole fijamente, embriagada por su belleza y por su maravilloso cuerpo. Sencillamente, estaba embobada a más no poder. Él se lamíó

el labio inferior mientras se inclinaba hacia mí y me derretí. Literalmente me fallaron las piernas. Me agarré a sus hombros para no perder el equilibrio y acepté con ganas su beso, un poco demasiado brusco quizás. Pero sí, definitivamente este iba a ser el hombre que me haría olvidar que me habían despedido.

Capítulo 2 - Iván

Fui a mi discoteca, uno de mis negocios legítimos, y vi algo que me puso de mal humor y mi humor, para empezar, no era bueno. Fui para ver qué tal iban las cosas, pero también para relajarme, tomarme unas copas y supervisar uno de los aspectos más livianos de mi imperio: el aspecto legal.

Por eso casi se me va la cabeza cuando vi a uno de mis camareros vendiendo más cosas aparte de alcohol detrás de la barra. Pensé que podía confiar en ese chico, le había dado trabajos extra que habían sido muy lucrativos para él, ¿y así me lo agradecía?

Chasquéé los dedos y mandé a mi primo Dmitri a requisarle la sustancia ilegal a la chica a la que se la había vendido, e hice que mi otro primo, Maksim, registrase su taquilla.

—Tráemelo —le dije a mi hermano menor y segundo al mando, Aleksei. Después, me fui a la parte de atrás para ver si había aparecido algo en la zona de los empleados.

Maksim había cortado el candado de la taquilla y había sacado un tesoro oculto de cosas que yo no quería en mi club. Le di un manotazo a la taquilla y abollé el metal. No me gusta que me tomen por idiota ni que me traicionen. Maksim miraba con lástima por encima de mi hombro y me giré para ver a Aleksei arrastrando dentro los vestuarios al camarero.

—No sé a qué viene... —la frívola voz se le cortó cuando vio su alijo descubierto y dejó de sonreír.

—No espero que puedas explicar esto —dije. Si no me mentía, viviría. Lo único que odiaba más que ser tomado por un idiota y que me traicionaran, era a los mentirosos—, pero a ver cómo lo intentas.

—No tengo ni idea de lo que es eso —contestó él mientras el sudor le cubría la frente—. Yo no soy el único que usa esa taquilla.

—¿No le estabas vendiendo estas pastillas a una chica hace unos minutos? —le pregunté con voz calmada. Cuando me miró a los ojos, se debilitó y pareció encoger unos centímetros. Siempre me han dicho que puedo actuar todo lo tranquilo que quiera, pero que mis ojos siempre me delatan.

—¿Qué? No, claro que no —respondió dando un paso atrás sin darse cuenta. Aleksei y Maksim dieron un paso adelante—. Iván, tú me conoces...

Yo enarqué una ceja.

—Señor Morozov —dije fríamente. Después de todo, nuestro apellido significaba «escarcha» —. ¿Me estás diciendo sinceramente que no estabas vendiendo drogas en mi local?

Pareció esperanzado. Pobre diablo.

—Desde luego que no. Créame, estoy al corriente de sus reglas en cuanto a eso.

—Entonces, ¿crees que soy estúpido o ciego?

—Por supuesto que no, señor Morozov.

Mi hermano puso los ojos en blanco. Me estaba diciendo claramente que le había dado suficientes oportunidades al camarero y que no iba a confesar. Una confesión no le habría salvado del castigo, pero podría haberle salvado la vida.

—Lléváoslo y encargaos de él —dije.

Me giré mientras Aleksei y Maksim lo arrastraban fuera del vestuario. No quería seguir oyendo sus patéticas súplicas. Ahora me faltaba un camarero, pero lo reemplazaría rápidamente. Mi discoteca era una de las más populares en South Beach y estaba hasta los topes todas las noches, pero especialmente los fines de semana. Ahora que había resuelto ese desagradable asunto, podía disfrutar.

Decidí sentarme cerca de la pista de baile con la esperanza de que el sonido ensordecedor me quitase el mal humor y mis empleados prepararon rápidamente una sección VIP para mí. Mi hermano volvió con algunos de nuestros

socios y con las mujeres que habían escogido como compañía y se apiñaron tras los cordones para buscar sitio en los sofás de cuero. Aleksei se me acercó para decirme que Maksim y Dmitri se estaban encargando del asunto del camarero.

—Lo mantendremos en secreto —dijo, acomodándose en uno de los sofás y aceptando una bebida de nuestro camarero.

Yo me recliné en mi sillón de cara a la pista de baile, listo para inspeccionar esa pequeña parte de mi reino.

—No —respondí—. Es mejor que los demás se enteren de lo que hizo y las consecuencias que tuvo. No puedo evitar a toda la gentuza, pero al menos puedo controlar a mis empleados.

Él asintió, aunque me di cuenta de que no estaba totalmente de acuerdo conmigo. Mi hermano era mi seguidor más acérrimo, y también con el que más a menudo discutía. Era una sutil danza de poder, pero yo era el mayor, el heredero. Nací para liderar y, al final, él siempre recordaba cuál era su lugar. Nuestros otros dos hermanos estaban fuera de la ciudad haciendo negocios y eran mucho más fáciles de mantener a raya. En cuanto se corriera la voz de por qué ese camarero había «dejado el trabajo», la gente recordaría las cosas. Sumarían dos y dos en cuanto a otras desapariciones y se acordarían de que con la familia Morozov no se juega.

Mi decisión de sentarme al lado de la pista de baile mereció la pena y mi humor mejoró cuando vi a una joven preciosa que bailaba dándolo todo en el medio de la multitud. Su pelo rubio oscuro se balanceaba alrededor de sus hombros y llevaba un vestido rojo que parecía pintado sobre sus abundantes curvas. Cada vez que alguien me tapaba la vista, tenía que contenerme para no levantarme y quitarlo del medio. Cuando vi que ella no dejaba de mirarme, con las mejillas sonrojadas y los ojos brillándole por las luces, mi polla se reavivó. No tenía planeado ningún encuentro porque había sido una semana agotadora, pero eso fue antes de que esa

princesa curvilínea entrase bailando en mi vida. Y la iba a tener en mi vida, al menos por esa noche.

Me volví y chasqueé los dedos para llamar a Maksim.

—Tráeme a esa rubia despampanante —le ordené mientras miraba cómo se abría camino obedientemente hasta mi princesa. Mi humor mejoraba por momentos.

Hasta que regresó él solo, con una mirada dura.

—Ha dicho que vayas tú mismo. —Intentó contener una sonrisa, pero falló.

Gruñí y seguí mirándola. ¿Cómo se atrevía? No debía venir mucho por aquí y por eso no sabía que yo era el dueño. A la mayoría de las mujeres les faltaba tiempo para atravesar la zona VIP y tener la oportunidad de estar en esta zona. Nunca tenía problemas para conseguir la compañía de una mujer, y normalmente era algo que me gustaba.

Cuanto más la miraba sacudir su culo sexy, más me gustaba la idea de no haberla impresionado aún. A lo mejor, en el fondo, me gustaban los retos. Desde luego, mi polla me estaba instando a ir hacia allí. Cuando ella lanzó la cabeza hacia atrás y se pasó las manos por la cintura de forma sinuosa, me puse de pie sin pensarlo y fui dando zancadas hasta la pista de baile.

Cuando su cuerpo estuvo junto al mío, no me decepcionó lo que vi de cerca. Era preciosa, casi angelical, con labios color cereza y unos ojos marrones muy grandes, como los de un cervatillo inocente. Pero la forma en la que se restregaba contra mí no era inocente en absoluto, y mi cuerpo reaccionó como una cerilla al queroseno. Enterré los dedos en su pelo e incliné su cabeza hacia atrás. Nuestras miradas se cruzaron y ella se agarró a mí mientras yo estrellaba mi boca contra la suya. Su lengua sabía a fresas y a tequila. Cuando la llevase a mi mesa y echase a todo el mundo para poder tenerla solo para mí, le pediría más margaritas.

Ella se retorció contra mí y me agarró los hombros con fuerza mientras mis manos recorrían su cuerpo.

—Ven a mi mesa —le ordené.

Ella se rio y me acarició el pecho con las manos. Yo se las agarré fuerte y la guie fuera de la pista de baile. Con un chasquido de dedos, mis invitados se fueron y yo atraje a mi bonita princesa junto a mí al sofá de terciopelo.

—Dime tu nombre, princesa —le dije mientras le colocaba algunos rizos detrás de la oreja y acariciaba su garganta hasta llegar al fino tirante de su vestido.

A ella le dio un escalofrío cuando la toqué y me miró, parpadeando.

—Reina —respondió.

Mi mano bajo más por su brazo y le acaricié uno de sus grandes pechos con el pulgar. Su piel era más suave que la mejor seda.

—Ah, entonces no eres una princesa, eres una reina.

Ella se inclinó hacia mí y me puso la mano en el muslo.

—¿Y tú cómo te llamas, dios dorado?

Me reí a carcajadas al oír el apodo que me había puesto y sus mejillas se pusieron tan rojas como su vestido.

—Oh, no, ¿lo he dicho en voz alta?

—Sí, reina mía —le contesté—, pero no me importa. Una reina y un dios hacen una pareja perfecta. Mi nombre es Iván, por si prefieres llamarme así.

—Vale, Iván. —Su sonrisa era irresistible y quería darle cualquier cosa que deseara.

—Dime lo que más desees y lo haré realidad —dije precipitadamente.

Efectivamente, le daría cualquier cosa que me pidiera. Ella frunció el ceño, como si lo estuviera pensando seriamente. Me di cuenta de que la deseaba tanto que sería capaz de

despertar al joyero más cercano y bañarla en diamantes si esa fuera su petición. Nadie me había hecho sentir así nunca.

—¿Sabes lo que quiero de verdad? —Se inclinó hacia mí y suspiró, clavando esos ojos de cervatillo en los míos. Yo estaba enganchado y esperé sin aliento a que, fuera lo que fuera, lo pidiera.

Capítulo 3 - Reina

Este tío me tenía muy cachonda con sus miradas y esas manos que no paraban quietas. Por un momento, me había hecho perder la cabeza en la pista de baile y ahora actuaba como si fuera el dueño del lugar, haciendo que todo el mundo se fuera de la zona VIP con solo chasquear los dedos para que pudiéramos estar solos. Tenía que admitir que era impresionante.

Tampoco estaba mal la forma en la que me miraba, como si fuera una comida deliciosa por la que llevaba todo el día esperando. Me aparté de sus besos, que eran mucho más fuertes que los chupitos que estaba tomando, y apoyé las manos en su pecho duro como la piedra. Era enorme, una auténtica montaña de músculos, y su mirada fría y azul debería haberme dado escalofríos, no estremecimientos de placer. ¿Quería saber cuál era mi mayor deseo? Mmm, esto podía ser interesante.

Pero la realidad era que estaba muerta de hambre, ya que me había saltado la cena a causa de mi mal humor tras haber sido despedida. No dejé que la realidad se interpusiera. Le pasé la mano por el pelo.

—Mataría por un sándwich cubano de Reynaldo's.

Él me miró fijamente durante un segundo y luego se rio a carcajadas.

—¿Un sándwich cubano?

Asentí y él chasqueó los dedos hacia alguien que estaba dando vueltas fuera de la zona acordonada; le dijo algo y volvió a centrar su atención en mí. No pude oír lo que le había dicho al oído de aquel hombre, pero la mano de Iván se movió lentamente desde mi rodilla hasta mi muslo y no paró al llegar al borde de mi vestido corto. Con un suspiro, la fuente de mi apetito cambió y me acerqué más para que pudiera besarme otra vez.

—Sí, esto es de lo que tengo hambre de verdad
—murmuré mientras su boca chocaba contra la mía.

Él se apartó el tiempo suficiente para soltar una risita, un ruido sordo que me atravesó.

—Entonces tendrás eso y más.

Ese «y más» era muy interesante. Le envolví el cuello con mis brazos y dejé que me medio subiera a su regazo. No me importaba la gente que había alrededor, lo único que importaba en ese momento era el contacto ardiente de Iván y la sensación de su lengua invadiendo mi boca. Sus manos volvieron a ascender para enredarse en mi pelo, tirar de mi cabeza hacia atrás y mordisquear mi cuello. Si alguien nos estaba mirando, no me importaba lo más mínimo. A él parecía que tampoco, porque no estaba privándose de darme lo que ansiaba.

Me sentía un poco mareada y me estaba frotando contra él cuando alguien le dio un golpecito en el hombro. Parpadeé y vi el tipo de mirada que le dedicó al hombre que estaba a su lado con una bolsa de papel grasienta en la mano. Él se relajó, cogió la bolsa y se giró hacia mí. ¿Por qué habíamos parado?

—Ha llegado tu banquete, mi reina.

El apodo debería haberme sonado a chiste; también debería parecerme surrealista la forma en la que me devoraba con la mirada. No estaba acostumbrada a recibir este tipo de atención por parte de ningún hombre, y mucho menos de alguien con la belleza y el evidente poder que irradiaba Iván. Actuaba como si fuera el dueño del lugar y, aun así, me había elegido a mí. Y, por alguna razón, yo notaba que estaba siendo sincero. Tenía un presentimiento sobre él. O quizá fuera otra sensación, especialmente después de que me acariciara de esa forma. Cuando rompió la bolsa y empezó a desenvolver un sándwich cubano, me quedé con la boca abierta.

—Ibas en serio con lo de que me conseguirías lo que quisiera —dije, sorprendida.

Él dejó de mover las manos y me miró con intención.

—Yo siempre hablo en serio.

Su voz fría me hizo sentir un escalofrío en la espalda. ¿Estaba dejando que mi cuerpo, que estaba demasiado lleno de alcohol, me metiera en un lío? Entonces, él partió un trozo del sándwich y me lo tendió de forma muy adorable. Eso era lo que necesitaba después de haber sido pisoteada por Darla y Jimmy. Necesitaba que un guapísimo dios dorado me tratase como una reina. Abrí la boca para darle un mordisco. Sus ojos no me dejaban mirar a ningún otro sitio.

Finalmente, rompí el hechizo y solté una risa nerviosa.

—Debería haber apuntado más alto que un sándwich —bromeé.

—Puedes seguir pidiéndome lo que quieras —respondió él.

Nerviosa, alargué la mano hasta la mesita que teníamos delante y partí el sándwich a la mitad.

—Me gustará si lo compartes conmigo. No puedes seguir dándome de comer.

Su forma de enarcar la ceja me dijo que podía hacer lo que le diera la gana, y yo apreté los muslos cuando sentí el calor de su intensa mirada. Partí un trozo y lo acerqué a sus labios mientras lo miraba con impaciencia. Con una sonrisa, se lo comió de un bocado y me agarró la mano para besarme los dedos antes de soltarme.

Le pregunté de dónde era.

—No reconozco tu acento —le expliqué—. Es muy sutil, pero está ahí.

—Nací en Rusia, vine aquí cuando tenía diez años. Me hice cargo del negocio de mi padre.

Me planteé brevemente preguntarle dónde trabajaba y si estaban buscando gente, pero volví a apartar mi situación a un segundo plano. No iba a permitir que nada arruinase este

cuento de hadas que estaba viviendo. Jamás en mi vida un hombre como este me había tratado así y estaba decidida a aprovechar cada segundo. Le conté que yo también era una inmigrante y cómo había acabado en Miami gracias a mi primer trabajo tras la universidad. Me esperaba que por educación él me preguntase a qué universidad había ido, pero me cogió de la barbilla y volvió a clavar sus ojos en los míos.

—Hay algo que te preocupa, Reina —dijo.

Sentí otro escalofrío. ¿Cómo lo sabía? Era como si pudiera ver a través de mí con esos ojos que eran como un lago azul en el que ahondaba por mis pensamientos, incluso por mi alma. Era tan intenso que daba miedo, pero en parte me gustaba. Empecé a negarlo y a decir que todo estaba bien, pero esos ojos me estaban obligando a contarle la verdad.

Por alguna razón, le solté todo acerca del lío en la agencia de modelos y la humillación de haber sido despedida injustamente.

—Ah, sí, estoy muy familiarizado con el nepotismo —dijo después de haberme desahogado.

—Entonces sabrás que no puedo hacer nada, ya que ese gilipollas de Jimmy Talbot se va a quedar con el negocio cuando Darla se jubile en unos años.

—He hecho tratos con la agencia Talbot —respondió él meneando la cabeza—. Deberías considerarte afortunada de no tener nada más que ver con ellos.

—Supongo —Suspiré—. Pero sigo sin trabajo, y me encantaba, exceptuando...

—A ese gilipollas de Jimmy Talbot —dijo él sombríamente.

Me reí de que tuviera esa mirada asesina por mí. Era agradable poder quejarse con alguien que claramente estaba de mi lado. Él no se rio conmigo, estaba demasiado ocupado mirándome el pecho. Ya habíamos terminado de comer y yo quería el postre.

—Gracias por escuchar mis quejas —dije volviéndome a colocar sobre su regazo.

¿Qué me pasaba esta noche? Ahí, a horcajadas sobre el tío más bueno de la discoteca como si todo me diera igual. Cuando me rodeó la cintura con las manos y sentí su paquete duro debajo de mí, me incliné para mordisquearle su carnoso labio inferior. Él me agarró más fuerte y yo me froté contra él.

—Ahora quiero otra cosa —dije.

—Dime el qué —gruñó—. Te daré lo que quieras.

Yo enterré los dedos en su pelo y bajé mis labios hacia los suyos.

—Ya lo sabes —le respondí, sintiendo cómo su aliento cálido se mezclaba con el mío.

Su respuesta fue silenciosa: sus labios reclamaron los míos.

Capítulo 4 - Iván

Tenía que tener para mí a esa belleza curvilínea de ojos tristes. Sabía que le pasaba algo más que simplemente haber perdido su trabajo y mi necesidad de arreglar todo en su mundo solo se eclipsó cuando puso su cuerpo despampanante sobre mi regazo y frotó su coño contra mi polla ahora empalmada.

Era como el fuego y me derretía hasta el alma. Iba a venirse a casa conmigo esta noche sí o sí. Llegados a ese punto, era una cuestión de vida o muerte de forma no irónica. Cuando la oí gemir, rompí nuestro apasionado beso y me la llevé, guiándola a través de la zona VIP.

—¿A dónde vamos?—me preguntó. Sentir su aliento contra mi cuello me la puso más dura.

—A un sitio más privado —respondí. Por mucho que quisiera hacerle de todo aquí y ahora, contra la pared más cercana, sabía que tenía que tomarme mi tiempo con mi reina.

—Esa es una buena idea. —Me rodeó con sus brazos como si confiase en mí e inclinó la cabeza hacia atrás para sonreírme.

A pesar de que me hacía desearla como un loco, tomé nota de dónde estaban mis hombres. Mi hermano Aleksei estaba charlando con alguien en la barra del bar y asintió brevemente con la cabeza cuando nuestras miradas se cruzaron. Se quedaría hasta que cerrásemos para asegurarse de que no hubiera repercusiones negativas en cuanto al camarero. Mañana, enviaría a alguien para investigar más acerca de quién les proveía, para asegurarme de que quien los estuviera abasteciendo dejase de hacerlo en mis establecimientos. Maksim estaba montando guardia en la puerta trasera y me paré para escuchar lo que tenía que decirme.

—Ya está hecho —gruñó, con cuidado de mirarme a mí y no a la mujer que tenía en mis brazos.

—Bien. No me molestes más esta noche —respondí sujetando a Reina con más fuerza mientras abría la puerta trasera. Mi chófer estaba fuera, esperándome.

—¿Diriges este sitio? —preguntó Reina.

—Soy el dueño —le dije, y corté las preguntas con un beso.

Ella suspiró contra mi boca y se sentó a horcajadas sobre mí en cuanto nos subimos al coche. Yo di un golpecito en el cristal y nos dirigimos a mi apartamento de South Beach, ya que era el que más cerca estaba. Tal y como se estaba frotando contra mí, podría habérmela follado ahí mismo, en el coche.

—Debería ponerme el cinturón. —Se bajó de mi regazo y yo la volví a agarrar y dejé mis manos firmemente a ambos lados de su culo.

—Deberías quedarte justo aquí —le dije, y me incliné para lamer primero su cuello y luego llegué a sus tetas, que sobresalían por el borde de su vestido ajustado—. Dios, eres preciosa. —Mi polla respondió cuando ella me dedicó una sonrisa radiante.

—Ya veo que lo dices en serio —respondió acariciándome el pelo.

Yo fruncí el ceño.

—Pues claro que sí. Yo no miento, Reina. Todo lo que te diga será siempre la verdad.

Ella se estremeció y yo le froté la carne de gallina de los brazos y me incliné para ajustar el aire acondicionado. Ella me detuvo con los ojos muy abiertos.

—No tengo frío. Es que me pones un poco nerviosa.

Debería ponerla nerviosa, pero no era eso lo que quería. Paré de frotarle los brazos y, en su lugar, los recorrí suavemente con los dedos y me acerqué para probar sus labios de cereza. No, eran de fresa, pero más dulces y jugosos.

—No quiero ponerte nerviosa, mi reina. Quiero hacerte sentir bien.

Ella se retorció en mi regazo con los ojos cerrados y la boca entreabierta para que entrase mi lengua.

—Está funcionando —Suspiró.

La saqué del coche en cuanto paramos en el aparcamiento. Ella se rio y se agarró fuerte a mí mientras el ascensor nos llevaba a mi suite del ático. Una vez dentro, volví a dejarla en el suelo. Su cuerpo se deslizó contra el mío. Parecía que encajábamos a la perfección cuando ella se acurrucó en mis brazos. La guie hasta las ventanas con vistas al agua oscura.

—Me encanta el mar —dijo ella con los ojos fijos en las luces de un crucero que había en la distancia—. Es precioso.

La forma en la que hablaba de las vistas era la misma en la que yo me sentía cuando la miraba. Anhelante, casi reverente. La recorrí con la mirada, desde su pelo rubio enredado hasta su cuerpo voluptuoso. Me fijé en sus piernas, suaves y bronceadas, y en los tacones altísimos que gritaban «fóllame». Entonces, volví a subir lentamente y me detuve en su perfil mientras ella continuaba mirando cómo el barco se abría camino por el mar.

—Igual que tú —respondí.

Ella esbozó una sonrisa y se dio la vuelta.

—Podría acostumbrarme a esa forma de hablar tuya —dijo—. A tus palabras, a tu acento... —Ella también me miró de arriba abajo y se acercó para agarrarme por los hombros.

Yo sabía que podría acostumbrarme a la forma en que me miraba y la atraje hacia mí. Ella se quedó sin aliento cuando su cuerpo chocó con mi polla empalmada y la agarré por el pelo para reclamar su boca.

—Mi reinita, sabes a fresas —le dije—. Sabes a verano.

Algo que siempre me ha encantado, a pesar de que hay muchas quejas al respecto, es el calor de los largos veranos de

Florida. Me acordé de los duros inviernos de mi infancia; tenía ese frío clavado en los huesos. Sin embargo, Reina era una mujer caliente y dulce como mi estación favorita. Ella respondió con un gemido y nuestras lenguas bailaron juntas a un ritmo perfecto, igual que en la discoteca. Me aparté y volví a levantarla, pero esta vez la dejé en la encimera de granito que estaba a su lado. Necesitaba más.

—Quiero probarte en todas partes.

Ella abrió mucho los ojos y separó las piernas cuando yo la acerqué al borde y me sumergí entre sus muslos. Cuando arrastré los labios hasta el borde de sus braguitas, que ya estaban húmedas, mi barba incipiente le raspó las piernas. Yo dije una palabrota en mi lengua materna, las aparté de un tirón y sumergí la cara en su coño jugoso.

Ella me tiró del pelo y empujó mi cabeza hacia delante, y después soltó un grito ahogado cuando intentó apartarla. Yo bajé el ritmo de mis lametazos e hice círculos lentos alrededor de su clítoris hinchado, agarrándola por las caderas para controlar sus movimientos desenfrenados. Dios, era sensible hasta al contacto más sutil. Era un milagro que yo me estuviera aguantando: estaba tan abierta y preparada para mí que mi polla pedía a gritos hacerla mía aquí y ahora. Sin embargo, cuando levanté la mirada y la vi, con la boca abierta y llena de éxtasis, quise oírla gritar primero. Metí la lengua hasta el fondo, entre sus pliegues húmedos, dentro y fuera justo como anhelaba hacer mi polla, acariciándola y mordisqueando su punto más sensible hasta ella que apretó las piernas alrededor de mis hombros y soltó el aire en un jadeo agudo.

—¡Dios mío, Iván! —gritó, agarrándome el pelo—. Dios. Mío.

Yo me reí al recordar el mote que me había puesto, aunque parecía que era yo el que la estaba adorando en ese momento y seguí agasajando su delicioso coño.

Cuando ella se desplomó sobre la encimera, con las manos quietas a ambos lados de su cuerpo, yo paré y le fui

dando mordisquitos desde el abdomen hasta la boca. Quería besarla con su jugo en mis labios.

—Dime qué más quieres, Reina —dije. ¿Eso había sido por mi parte una orden o una súplica? Metí la mano entre sus muslos y las acerqué a su vagina, aún palpitante.

Ella me besó con pasión, jadeando por el orgasmo que acababa de darle.

—Quiero más. Por favor. Mucho más.

La agarré y me dirigí hacia mi habitación apretándole un poco, deseando sentir su piel contra las palmas de mis manos.

Para cuando la parte de atrás de mis piernas tocó el lateral de mi cama, ella ya se había subido el vestido hasta la cintura. Había perdido las braguitas por el camino, adiós muy buenas. No pude contener un gruñido de placer cuando le agarré su precioso culo. Ella me abrazó más fuerte y me besó el cuello frenéticamente, con la respiración entrecortada. Me rodeó la cintura con las piernas y apretó como si la fuera a soltar.

—Iván... —susurró, y el calor de su aliento me hizo sujetarla más fuerte.

—No te voy a soltar —le prometí, y caí de espaldas.

Ella se revolcó conmigo y aterrizó en mi pecho, y yo nos hice a un lado.

—Estás redimiendo lo que fue un día malísimo —dijo ella mientras sus ojos inocentes buscaban los míos con una sonrisa en su bonito rostro.

Me di cuenta de que estaba deseando que sus labios carnosos se curvasen, de que anhelaba su sonrisa. Me entró el cabreo al recordar lo mal que la habían tratado en su anterior trabajo y le pasé los dedos por el pelo. Lo iba a arreglar, tenía ese poder.

Pero, en ese momento, mi mano volvió a acomodarse entre sus muslos y su suave gemido me hizo olvidar el enfado.

—Vamos a terminarlo por todo lo alto, ¿te parece?
—sugerí.

Ella jadeó cuando introduje mis dedos en su coño húmedo y me sonrió.

—Por eso eres el jefe —respondió con una sonrisa maliciosa que hizo que se me empalmase más la polla.

Saqué los dedos y la agarré por las caderas. Mi gemido la hizo mirar hacia abajo de forma engreída, pero no me importó que se pusiera un poco arrogante. Me estaba bien merecido, y yo iba a hacerla gritar de nuevo muy pronto.

Me cabalgó con fuerza y yo disfruté las vistas de sus grandes pechos botando y de ella echando la cabeza hacia atrás mientras su pelo caía sobre la curva arqueada de su espalda. Mis manos iban por libre mientras mi polla aprovechaba con ansia todo lo que ella podía darme.

Me incorporé para pellizcar sus pezones erectos y bajé las manos por su costado para agarrarle la cintura.

—Te mereces tu título, mi reina.

Ella se inclinó y sus pezones rozaron mi pecho. Arrastró los labios desde mi mandíbula hasta mi oreja.

—Puedo reinar esa polla enorme cuando quieras —respondió con voz ronca.

Volvió a enderezarse con las mejillas sonrojadas y los ojos muy abiertos, como si no pudiera creer que acabase de decir eso. Yo me reí, aunque los huevos se me contrajeron contra ella.

—Ah, eso ya lo veremos —dije, y la puse de espaldas con facilidad—. Ahora me toca a mí.

Le abrí las piernas y la penetré con fuerza. Nuestros gemidos se mezclaron mientras nuestras bocas se encontraban. Ella apretó la vagina alrededor de mi polla y sentí el dolor más placentero que existe; uno que me sumió en un trance que no reconocí. ¿Quién era esta mujer que me estaba haciendo sentir tan eufórico? Aunque tenía muchas ganas de liberar mi propio

placer en su cuerpo perfecto, tenía que verla correrse, tenía que ver cómo ponía esos ojos de cervatillo en blanco y abría los labios carnosos mientras la hacía perder el control.

Sus jadeos enfatizaron mis embestidas. Me relajé y deslicé los dedos entre los dos sin apartar la vista de su preciosa cara. Ella parpadeó, mirándome mientras yo le tocaba el clítoris, y apretó más las piernas contra mis caderas.

—Oh, sí, Iván —Suspiró. Solo hacía unas horas que la conocía y ya vivía por esos suspiros—. Justo ahí...

La vi olvidar dónde estaba, olvidar todo excepto el puro placer que le estaba provocando con las puntas de los dedos. Después, yo también lo olvidé todo cuando su coño se apretó contra mí y sus gritos llenaron mis oídos. Con una embestida más, me vacié y la llené con mi semen. Me desplomé sobre ella y nuestro sudor se mezcló. Reina dijo algo ininteligible y mi respuesta fue igual de tonta. Nos reímos y ella enterró la cara en mi cuello.

—Ha sido el mejor día de mi vida.

Yo estaba totalmente de acuerdo, sorprendido de que me hubiera hecho olvidar mis problemas tan fácilmente y contento de haberle hecho olvidar los suyos.

—Mi reinita, esto solo acaba de empezar —le prometí.

Me despertó el sol, que brillaba con fuerza a través de las persianas. La noche anterior estuve demasiado ocupado para bajarlas del todo; toda mi atención estuvo centrada en Reina. La inoportuna realidad amenazaba con ocupar mis pensamientos en este nuevo día, impulsándome a levantarme y enfrentarlo. Pero aún no. No me molesté en buscar el mando para bajar las persianas, sino que busqué a mi reina. Debería estar saciado y seco por nuestra noche pasional, pero parecía que no me cansaba de ella y mi polla estaba lista para la ronda

número... Ya había perdido la cuenta. Era un nuevo día, empezaríamos la cuenta de cero.

Mi mano se deslizó sobre las sábanas vacías y frías. Solo su aroma permanecía en las almohadas. La puerta del baño estaba abierta de par en par y mi apartamento estaba tan silencioso como una tumba. Se había ido mientras yo dormía. Me invadió una decepción más fuerte que el feroz sol matutino. Me dije que era solo porque quería volver a follármela, pero había algo más, algo de lo que no quería preocuparme mucho.

Mi teléfono vibró al otro lado de la habitación y me levanté para ver quién me estaba molestando a estas horas intempestivas. Tenía que ser uno de mis hermanos; nadie más se atrevería. Por supuesto, era Aleksei.

—¿Qué? —respondí de forma desagradable.

—Lo siento si no estás solo —dijo él, metiendo el dedo en la llaga—, pero tenemos problemas.

—Estoy solo, y siempre tenemos problemas. —A pesar de mi tono frívolo, me senté para escuchar lo que tenía que contarme.

Ser la familia criminal más poderosa de Miami tenía sus inconvenientes además de sus ventajas. Siempre había alguien que nos quería muertos y yo era el blanco principal. Llevaba esquivando amenazas desde los dieciséis años, cuando mi padre murió y me dejó al mando. Él nunca le tuvo miedo a ningún enemigo y me entrenó muy bien para que yo tampoco lo tuviera. Yo terminé de criar a mis hermanos menores para que fueran igual de duros, así que, cuando alguno de ellos me decía que había un problema, me lo tomaba en serio.

—Es el camarero.

—Pensé que ya os habíais ocupado de él —respondí—. Maksim me dijo que lo había hecho. —No confiaba en nadie por completo, pero nuestros primos, Maksim y Dmitri,

consiguieron ganarse mi confianza como nadie en nuestra organización.

—Se encargaron del camarero, pero es más complicado que eso, Iván. —Soltó un largo suspiro, como si temiera lo que tenía que decir.

—Escúpelo.

—No estaba actuando solo.

Mierda. Me lo había imaginado, especialmente tras ver el tamaño del alijo que había en su taquilla.

—Dime que era algún don nadie. —Ya sabía la respuesta. Aleksei no me habría llamado con esa voz de preocupación si ese fuera el caso—. Dime que no son los Balakin.

—Creemos que son los Balakin —respondió finalmente.

Aparté el teléfono y me cagué en todo.

—¿Es que nunca van a aprender?

—Se ve que no.

Le ordené que reclutase a nuestros hermanos y que se reunieran conmigo en cuanto volviesen. Ya era hora de poner fin a estos trepas que intentaban arrebatarme lo que era mío, lo que yo me había ganado, aquello que pensaba conservar incluso si eso significaba la guerra.

Capítulo 5 - Reina

Cuando el insaciable de Iván por fin se durmió, tuve la tentación de quedarme acurrucada contra su pecho y unirme a él en el país de los sueños. Aún seguía aturdida a la vez que sentía un hormigueo por las horas de éxtasis que me había regalado, así que me costó toda mi fuerza de voluntad salir de su cama. Cuando salí a hurtadillas de su lujoso apartamento y miré la preciosa vista del océano con el sol asomando en el horizonte, supe que nuestras vidas eran totalmente incompatibles. Él era un rico propietario de discotecas que probablemente trajera a casa a una mujer distinta cada noche. Yo era una chica de pueblo en el paro que no tenía tiempo para que le rompiera el corazón un sexy mujeriego ruso. Lo mejor era que todo quedase como una perfecta aventura de una noche.

Me rendí al no encontrar mis braguitas y, con una última mirada al dios dorado durmiente, salí por la puerta y me metí en el ascensor. En cuanto estuve de vuelta en mi modesto piso, me bebí un gran vaso de agua y me dejé caer en la cama. Me quedé dormida con el aroma picante de Iván, aún en la piel, y la sensación de que sus manos seguían sobre mí.

Cuando me desperté, llamé a Lynn para contarle todo. La prueba de que mi pequeña aventura no había sido nada propia de mí fue que llamó a Andrew a gritos para que fuera a escuchar los detalles con ella.

—Así que Reina por fin ha echado un polvo en Miami —dijo él mientras ella se reía.

—¿Seguimos en el instituto o qué pasa? —pregunté, recordando cuando los tres parecíamos competir por ver quién perdía la virginidad antes. Lynn y Andrew empataron el último año, cuando se dieron cuenta de que estaban enamorados el uno del otro. Por entonces, me daba muchísimo miedo que rompiesen y yo tuviera que escoger un bando, pero siguen tan enamorados como el primer día.

Me tragué la vergüenza y les conté casi todos los detalles. No tuve que exagerar ni un poco lo guapo ni lo increíblemente rico que era Iván.

—Nuestra niña se ha hecho mayor —dijo Andrew mientras fingía sorberse la nariz.

—Reina, suena increíble —exclamó Lynn. La oí echar a Andrew para que pudiésemos hablar más seriamente y me preguntó cuándo iba a volver a verlo.

—Nunca —aseguré.

—¿Qué? —chilló ella—. Tienes que volver a esa discoteca esta noche y reclamar ese trofeo.

Me habría gustado estar en videollamada para que pudiera ver mi cara de horror.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan mercenaria? —le pregunté.

—Desde que me di cuenta de lo caras que son las consultas médicas y las cosas para bebés.

Lynn era profesora de primaria y Andrew trabajaba en la empresa de paneles solares de su padre, así que yo era consciente de que ganaban bastante bien, pero entendía su estrés por todos los cambios vitales que se les venían.

—Aun así, no voy a reclamar a nadie —dije.

—Pero si me acabas de dar un montón de detalles maravillosos sobre lo perfecto que fue.

Cerré los ojos y me permití revivir algunos de esos momentos. Después, sacudí la cabeza.

—Es mejor que continúe siendo perfecto. Sería una tontería intentar recrearlo.

—Eres una idiota —me dijo.

—Sí, pero me quieres. Adiós.

Terminé la llamada escuchando su risa, pero no quería que me engatusara para que volviese a ver a Iván. Necesitaba

volver a encauzar mi vida antes de que se desmadrara demasiado, y merodear por la discoteca con la esperanza de que se fijara otra vez en mí no formaba parte de mi plan. La verdad era que no creía que mi ego pudiera soportar que él se cansara de mí. Era mejor que continuase siendo un recuerdo perfecto, como le había dicho a Lynn.

Encendí mi ordenador para empezar a actualizar mi currículum y leí por encima las noticias para intentar calmar el miedo que me daba buscar un nuevo trabajo. La sorpresa reemplazó a la leve sensación de ansiedad cuando vi que uno de los titulares hablaba precisamente sobre Jimmy.

«Destacado agente de modelos víctima de un violento ataque».

Estaba tan en shock que ni siquiera puse los ojos en blanco al ver que lo habían llamado «destacado» y pinché en el artículo. No había mucha información, solo que estaba con una de las modelos de Talbot y le habían dado una buena paliza. Tenía varios huesos rotos y estaba hospitalizado en estado grave. Reconocí el nombre de la modelo, ya que era una de las que yo había contratado, aunque habría apostado algo a que Jimmy se llevó el mérito. Busqué en mi teléfono y encontré su número.

—Soy Reina Hall —dije cuando contestó—. ¿Estás bien? Acabo de ver las noticias.

—Dios mío, Reina —respondió—. Fue horrible, pero estoy bien. Anoche estábamos saliendo de un restaurante en South Beach cuando dos hombres nos acorralaron en un callejón. Me dijeron que me volviera hacia la pared y te juro que pensé que me iban a disparar, pero no me tocaron ni un pelo. —Se le quebró la voz—. Pero se cebaron con Jimmy.

—¿No pudiste identificarlos ante la policía?

—No, llevaban máscaras y mantuvieron la cabeza agachada antes de hacer que me diera la vuelta. Tenían un acento extraño, pero no reconocí de dónde. Quizá fueran europeos.

Hice un sonido de disgusto.

—Lo que la gente es capaz de hacer por un poco de dinero...

—Eso es lo raro —dijo ella—. No nos quitaron nada a ninguno de los dos, y ya sabes que Jimmy lleva un Rolex.

Me contuve para no refunfuñar. Sí, lo había visto. No podía hacer nada sin restregárselo a todo el mundo por las narices. Bueno, con un brazo escayolado no podría hacerlo en un tiempo. ¿Me estaba pasando de mala? No es que él hubiera sido nunca bueno conmigo, ni siquiera decente. Le deseé lo mejor a la modelo y le dije que me alegraba de que estuviera bien.

—Siento que ya no trabajes en Talbot —dijo.

Terminé la llamada. Quizá si ella y otras modelos no hubieran sucumbido a los dudosos encantos de Jimmy y cambiado sus lealtades, no tendría que sentirlo. Iván tenía razón: estaba mejor sin esa agencia asquerosa y sus prácticas inmorales. Me pregunté qué diría él si se enterase de esto, después de haberle dado la brasa sobre lo horrible que era Jimmy la noche anterior. Era una coincidencia graciosa. Bueno, quiero decir que sería graciosa si a Jimmy no le hubieran hecho tanto daño.

Me encogí de hombros cuando encontré mi currículum, lista para el esfuerzo que suponía buscar un nuevo trabajo. No tenía que sentirme mal por lo que le había pasado a esa rata. En mi opinión, había tenido su merecido. Atribuí mi tremenda falta de empatía al hecho de que era culpa suya que ahora tuviera que estar buscando un nuevo trabajo.

Seis semanas después

Encontré un nuevo trabajo en una cafetería. Sabía que debería estar agradecida y estaba contenta de poder seguir en Miami. Me encantaba esta ciudad, pero vine aquí para ascender en la industria del modelaje, con el objetivo de llevar mi propia agencia algún día. No quería estar aquí si iba a ser malviviendo.

Envié mi currículum a todas las agencias de la ciudad e incluso hice algunas llamadas a agencias más pequeñas situadas al norte, en Tampa y Orlando. Esos lugares no me parecían nada ideales, ya que no había tanto trabajo como aquí, en Miami, así que fue un palo que también me rechazasen. Sospechaba que Darla o el propio Jimmy habían envenenado mi reputación, pero me esforzaba para que eso no me amargase. Era buena en mi trabajo. Bueno, en el de camarera no. Eso se me daba de pena y lo odiaba, pero era una buena cazatalentos.

Iba a darme algunos meses más de margen para hacer llamadas y tener algunas reuniones antes de dejarlo y volverme a Kansas.

No quería irme. Seguía sin poder soportar los recuerdos de mi ciudad natal, tanto los buenos como los malos, y la amargura que me provocaba la incompetencia de la policía, que no parecía intentar encontrar al asesino de papá en absoluto, me comía por dentro. Aquello apenas me permitía funcionar y tenía el mal presentimiento de que el círculo empezaría otra vez si volvía a ese ambiente.

El vapor cayó sobre la taza de cappuccino que estaba preparando y me quemé la mano. Por poco no derramo todo el café. Me aguanté las lágrimas al dárselo al cliente. La persona que me reemplazaba llegaba tarde y yo ya llevaba de pie ocho horas. Para rematar, hacía varios días que no me encontraba bien. Había ido de mal en peor, me pasaba a todas horas y tenía que correr al baño a vomitar lo que hubiera comido. En estos momentos, me encontraba entre morirme de hambre y apenas ser capaz de mantener mi agitado estómago bajo control.

Cuando la chica del turno siguiente llegó, disculpándose sin parar, fui incapaz de mirarla antes de salir escopetada de la cafetería. Ya en casa, me tumbé sin fuerzas en el sofá para intentar no vomitar la sopa de pollo enlatada que había comido. Finalmente, llamé a Lynn para quejarme. Me había estado haciendo la valiente y fingiendo que todo estaba bien, pero era una mala enferma y necesitaba lloriquear.

—No paro de vomitar —le expliqué—. Pensé que sería un virus de veinticuatro horas, luego uno de cuarenta y ocho, pero llevo así casi una semana. Y estoy cansada, irritable, y...

—¿Te duelen las tetas? —me interrumpió.

No pude evitar resoplar.

—¿Qué? —Pero me apreté el pecho con los brazos y me di cuenta de que lo tenía un poco sensible—. Joder, no.

—Hazte un test de embarazo, corre. Ahora mismo.

—No los suelo tener por casa, Lynn —le solté, pagando mi miedo con ella.

—Compra uno y llámame en cuanto lo sepas.

Después de que ella colgase, me quedé allí sentada mirando fijamente el teléfono durante una eternidad. Lynn estaba loca, no había otra explicación. Entonces, recordé esa noche salvaje con Iván y no pude evitar sonreír a pesar de mi ansiedad. Me había costado no volver a por más, pero había estado tan ocupada con mi nuevo trabajo de mierda e intentando conseguir uno mejor que casi me había olvidado de él.

Eso sí que fue una noche de placer puro y sin adulterar. Un montón de pasión. Me acuerdo que había estado bastante borracha, así que no tenía ningún recuerdo de si él había usado condón o no. Desde luego, no todas las veces, si es que lo había usado en algún momento. Se me encendieron las mejillas de vergüenza ante mi estupidez. Ignoré el nuevo ataque de náuseas y fui corriendo a la farmacia de la esquina para comprar una selección de diferentes pruebas de embarazo, ya que no sabía cuáles eran las mejores marcas.

O todas eran buenísimas o lo contrario, porque el resultado en todas las pruebas fue el mismo. Llamé a Lynn.

—Positivo —dije con voz ronca.

—No pasa nada —contestó ella.

—Sí que pasa. —Me dejé caer contra el borde de la bañera en mi diminuto baño. Vivía en un piso de un dormitorio. Mi cama era también mi sofá. Aquí no había lugar para un bebé, y no podía permitirme un sitio mejor con mi salario actual—. Supongo que me vuelvo a casa —dije sombríamente—. No puedo criar a un niño aquí yo sola.

—¿E Iván? —preguntó Lynn.

—¿Qué pasa con él?

Ella contuvo el aliento.

—Tienes que contárselo. Aunque vayas a ser una cabezota y no aceptes su ayuda y aunque él sea un gilipollas que no quiera saber nada, tiene derecho a saberlo.

Yo solté un quejido porque sabía que tenía razón.

—Vale. Intentaré encontrarlo esta noche en su discoteca y se lo diré.

Solo rezaba para que él se acordase de mí.

Capítulo 6 - Iván

Aún era temprano cuando abrí las puertas de la discoteca. Yo estaba sentado en una de las mesas vacías con Aleksei, que tenía la cabeza entre las manos. Los camareros se movían afanosamente, esforzándose en dejarlo todo listo para la noche, pero, o bien estaban perdidos en su propio mundo, o bien eran lo suficientemente listos como para no intentar escuchar nuestra conversación. Me gustaba tener reuniones aquí, a menos que fueran de la más absoluta confidencialidad. La forma en que las luces estroboscópicas brillaban en círculos, iluminando la cara preocupada de Aleksei en rojo y azul, hacía que pareciera que todo estaba bajo control. Y todo estaba bajo control, por muy agobiado que estuviera mi hermano.

En lugar de preocuparme, prefería ocuparme de las cosas. Y pensaba ocuparme de los Balakin, que eran los que habían invadido este lugar, mi segunda casa, mi negocio, con su asqueroso trapicheo de drogas, y me ocuparía de eso que a Aleksei le estaba costando tanto contarme.

—Suéltalo ya —le dije—. ¿Por qué actúas como si alguien hubiera pateado a tu perrito?

Me miró con el ceño fruncido porque eso le había pasado de verdad. Cuando tenía solo ocho años y acabábamos de llegar a Estados Unidos, nuestro padre le regaló un cachorro de labrador para que no estuviera tan triste por dejar nuestro hogar. Dmitri le dio una patada al bicho porque era muy molesto y Aleksei se puso hecho una furia. Mi padre le dijo que dejase de lloriquear e hiciera justicia por su perro. Esa fue la primera vez que mi hermano le dio una paliza a alguien. A nuestro primo de diez años le tuvieron que operar la nariz después de eso y todavía nos reímos de él. Hizo falta mucho para que mi hermano, que no se enfadaba fácilmente, se pusiera violento, y así seguía a día de hoy. Y todo porque adoraba a ese perro. Las únicas veces que lo vi llorar fueron

cuando murió nuestro padre y cuando el perro murió durante su primer año de instituto.

Él contuvo el aliento.

—Son los Balakin otra vez. Han estado recolectando dinero a cambio de protección.

—Entonces, tenemos que recuperar ese dinero y enseñarles que pensar que podían hacer eso fue un error. —Me crují los nudillos y sacudí la cabeza. Las luces del local ya no me parecían tan divertidas y mucho menos reconfortantes. Esto era una flagrante falta de respeto, especialmente después de lo magnánimos que habíamos sido con ellos tras el incidente de las drogas. Probablemente, estábamos en este punto porque habíamos sido demasiado magnánimos.

—Esta vez tenemos que ponernos duros, Aleksei. Se acabó tu diplomacia.

—Yo sigo pensando que podemos encontrar una forma de unir nuestras fuerzas —respondió—. Todos somos rusos. Todos somos Bratva.

Golpeé la mesa con la mano, haciéndola temblar.

—Puede que todos seamos rusos, pero no todos somos Bratva, Aleksei. Debes recordarlo.

Gruñendo, él volvió a poner la cabeza entre las manos. Quería discutir conmigo, pero me conocía lo suficiente para saber que tenía las de perder. Yo lo conocía lo bastante para saber que lo intentaría de todas formas y esperé para escuchar lo que tenía que decir. De repente, hubo un tumulto en el bar y oí una voz femenina que gritaba y que me hizo levantarme para ver qué estaba pasando. Había pasado las últimas semanas lidiando con los daños colaterales del problema con los Balakin, pero esa voz seguía colándose en mi memoria de vez en cuando. Ahora no era suave y susurrante en mi oído, sino agitada. Debía estar confundido, pero tenía la esperanza de volver a verla. Les dije a los porteros que se apartasen y ahí estaba ella, pequeña pero fogosa, con los puños apretados a ambos lados del cuerpo.

Reina, mi reinita a la fuga.

Llevaba unos vaqueros que se ajustaban sobre sus caderas redondeadas y el recuerdo de aquella noche juntos me hizo curvar los dedos como si aún las estuviera agarrando fuerte. Su pecho subía y bajaba bajo su camiseta blanca con volantes y tenía los ojos llenos de lágrimas.

Eso último me golpeó como un ladrillo en la cabeza, y sí, por desgracia, eso era algo que había experimentado con anterioridad.

—Dejadla entrar —dije, y me volví hacia Aleksei—. Terminaremos esta conversación más tarde. Quizá mucho más tarde.

Él miró a Reina y luego a mí y puso los ojos en blanco, pero se fue, probablemente aliviado de no tener que discutir conmigo de momento. Le hice un gesto a Reina para que se acercase y no pude quitarle los ojos de encima. Por alguna razón, se me había metido dentro como ninguna otra mujer lo había hecho antes; había intentado borrar su sabor y su olor pero no lo había conseguido y me alegraba de volver a verla.

Pero estaba claro que algo pasaba, ya que sus pestañas estaban llenas de lágrimas a pesar de que le había permitido entrar. En cuanto llegó hasta mí, la tomé del brazo para abrazarla, pero su cuerpo se puso rígido y se tambaleó. Sí, desde luego que había algún problema. No le solté el brazo y la guie hasta el sofá de terciopelo más cercano al lado de la pista de baile vacía. El lugar donde la vi por primera vez.

—¿Qué pasa, Reina? —le pregunté bruscamente—. Puedes contarme lo que sea —dije con una voz más suave—. Sea lo que sea, yo me ocuparé.

Durante un milisegundo, pareció que iba a sonreír, pero desapareció igual de rápido.

—Estoy embarazada —dijo de sopetón.

Era capaz de leer todos sus pensamientos a través de sus ojos y no dudé ni por un segundo que me estaba diciendo la verdad y que ese bebé era mío. Me puse de pie y ella

contuvo un sollozo, pero no pensaba irme. En su lugar, la levanté y me la llevé a mi despacho, donde podríamos hablar en privado. Ella seguía rígida en mis brazos, pero yo la apreté con fuerza hasta que al fin se relajó un poco. No quería soltarla, pero teníamos mucho de lo que hablar, así que la coloqué en el sofá de mi despacho y cerré la puerta.

—No tienes que preocuparte por nada, Reina. Estoy encantado con la noticia. —Sinceramente, no le estaba ofreciendo palabras de consuelo vacías. Lo decía en serio. Tenía cuarenta y cuatro años y ya era hora de tener un heredero, y ahí había uno unido a una madre con la que no me importaría pasar el resto de mi vida. No me importaría en absoluto—. Todo va a ir bien.

—Ni siquiera sé tú apellido —dijo ella, sentándose al borde del sofá con las manos apretadas entre las rodillas.

—Eso tiene fácil solución. —Extendí la mano para intentar que volviera a ser la chica segura de sí misma que me atrajo en un principio—. Iván Morozov, un gusto conocerte.

Sus mejillas, que ya de por sí estaban pálidas, se volvieron blancas como las de un muerto. Antes estaba nerviosa, pero ahora tenía miedo. Supuse que era porque en algún momento había oído mi nombre y ya sabía lo que significaba. No debería sorprenderme. Cualquiera que hubiese vivido un poco en esta ciudad y prestado un poco de atención, nos conocía. No estaba de más tenernos miedo.

Finalmente, levantó la cabeza y sus ojos se encontraron los míos.

—¿Eres... Eres algo más aparte del dueño de esta discoteca?

Ella había sido sincera conmigo, de eso estaba seguro. Lo menos que podía hacer era corresponderla.

—Soy el jefe de la Bratva. La hermandad rusa.

—¿La mafia? —dijo levantando el tono de voz, pero no apartó sus ojos de los míos. Era valiente, tenía que reconocerlo.

Yo asentí.

—Además de ser el dueño de esta discoteca, lo cual es completamente legal, tenemos otros cuantos negocios sobre los cuales puede que quieras o no más información. No permito drogas en este lugar...

—Pero permites drogas. —Ella levantó la barbilla, que solo le temblaba un poco.

—Apuestas, seguridad, proyectos inmobiliarios. Mi imperio es grande, Reina. Soy el rey de esta ciudad. —Me senté a su lado y le cogí de la mano, que quedó como muerta en la mía—. Y tú serás mi reina.

Ella se quedó en silencio, asimilándolo todo, y de pronto soltó un grito ahogado y apartó la mano de un tirón.

—Esa primera noche... —Paró y se sonrojó. ¿Estaba recordando la forma en que le di placer? Porque yo sí lo estaba haciendo mientras ella se lamía el labio inferior lentamente y se volvía hacia mí con los ojos muy abiertos—. Yo me quejé de mi ex compañero de trabajo...

—Jimmy Talbot —apunté.

—¡Fuiste tú! —gimió— ¿Tú ordenaste ese ataque?

—Esa noche te dije que pidieras lo que quisieras y yo lo haría realidad —le recordé.

Ella sacudió la cabeza con tanta fuerza que se le descolocó la horquilla del pelo. Dejó que le colgaran los mechones rubios mientras me miraba fijamente.

—¡Yo nunca te pedí eso!

Le coloqué los rizos alborotados detrás de la oreja y le puse la mano sobre el pecho, sobre su corazón acelerado.

—Me di cuenta de que lo pedías con esto —dije—. Sabía lo que querías de verdad. —Su respiración se aceleró y yo bajé la mano lentamente para tocarla sobre su fina camiseta. A mí también me estaba costando controlar la respiración mientras ella se inclinaba hacia mí. Estábamos tan atraídos el uno por el

otro como esa primera noche; incluso diría que un poco más si es que eso era posible —. Sé lo que quieres de verdad, Reina. Déjame dártelo.

Cerró los ojos brevemente y yo me incliné para besarla. Pero de repente, se levantó de un salto, corrió hasta la puerta y la abrió de un tirón.

—No puedo hacer esto —dijo—. No puedo gestionarlo. Deja que me vaya.

Se giró y salió al pasillo dando un portazo. Oí sus pasos alejándose y sus sollozos me destrozaron. Yo me quedé sentado en el despacho, mirando la puerta fijamente. Reina podía pensar que la estaba dejando ir por ahora, pero era mía. Estaba embarazada de mi heredero y aceptaría la vida que yo había planeado tener de una forma u otra.

Capítulo 7 - Reina

Huí del club, asqueada conmigo misma por lo cerca que había estado de arrastrarme hacia su regazo y dejar que hiciera conmigo lo que quisiera. Eso era precisamente lo que me había metido en este problema.

¿El jefe de un sindicato criminal? Hasta yo, que solo leía los titulares de las noticias por encima, conocía a la familia Morozov. Tras prácticamente salir corriendo del club, mis piernas se rindieron a unas diez manzanas de allí. Me senté en un banco y me quedé mirando al último de los rezagados de la playa. El sonido del mar normalmente calmaba todas mis preocupaciones, pero las que tenía ahora se negaban a hacerlo. Amenazaba tormenta a lo lejos, en el mar, y probablemente me pillaría si me quedaba ahí sentada mucho rato, pero era incapaz de moverme.

Con manos temblorosas, busqué el nombre de Iván en mi teléfono y encontré artículo tras artículo. ¿Qué era real y qué era ciberanzuelo? No podía saberlo, pero lo leí todo.

La familia Morozov era amada y temida dependiendo de quién hubiera escrito el artículo. Tan pronto donaban sumas enormes (probablemente, dinero negro) a museos o residencias de ancianos como destruían ellos solitos el tejido social con redes de juego, prostitución y poseyendo la mitad de los edificios de Miami. Había algunas fotos de Iván, todas tomadas desde lejos o fotos borrosas tomadas con un móvil dentro de su discoteca. Dios, qué guapo era. Dios, ¿qué me pasaba?

Independientemente de que la persona que hubiera escrito el artículo estuviera cantando alabanzas sobre la familia Morozov por la cantidad de donaciones que hacían, todos parecían estar de acuerdo en que eran peligrosos. No tenía que quedarme ahí sentada mientras se levantaba el viento para averiguar si era cierto. Lo supe en cuanto oí su nombre.

Él mismo lo había admitido. Había admitido que ordenó que le dieran una paliza a Jimmy.

Entré en pánico, me fui a casa lo más rápido que pude y metí algo de ropa al azar en una bolsa de viaje. Pero ¿a dónde iría? Un hombre como Iván podría descubrir fácilmente dónde estaba, así que descarté volver a Kansas. No podía arriesgarme a poner en peligro a Lynn y Andrew. Miré listas de vuelos y finalmente me decidí por Las Vegas. El billete era barato y era uno de los lugares más anónimos del mundo.

Todo el camino al aeropuerto lo hice con la piel de gallina y estaba segura de que me pararían para interrogarme al pasar el control de seguridad por lo nerviosa que estaba. Cuando al fin estuve en el avión pude respirar tranquila, pero me di cuenta de que no tenía un plan ni mucho dinero, y solo unas cuantas mudas.

—No pasa nada —murmuré. Me daba igual si mi compañero de asiento pensaba que estaba loca. Ya pensaría un plan mejor cuando estuviera más tranquila. Se me ocurrió que quizá debería deshacerme del bebé y la sola idea me hizo ponerme a llorar.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó el pasajero de al lado, con cara de que quería escaparse por la salida de emergencia.

—Estoy bien —respondí—. Es que estoy embarazada.

Él se relajó y asintió.

—Ah, ya veo. Yo tengo tres hijos. Mi mujer también se puso un poco rara con todos. Avísame si necesita que llame a la azafata.

—No necesito nada, gracias —dije. Me hice un ovillo contra la ventanilla y lloriqueé hasta quedarme dormida.

Las Vegas era exactamente como la describían, llena de luces y de gente que ni se paraba a mirarme. Encontré un pequeño motel lejos de la zona principal y me obligué a picotear algo del buffet barato que ofrecían antes de

encerrarme en mi habitación. A pesar de haber dormido en el avión, estaba exhausta y caí en un sueño bastante irregular.

A la mañana siguiente, dejé la mente en blanco. No me servía de nada autocompadecerme y, desde luego, no iba a considerar la idea de renunciar a mi bebé solo porque su padre fuera un despiadado jefe criminal.

Pero ¿era de verdad tan despiadado? Empecé a soñar despierta, recordando la forma en la que hizo realidad todos mis deseos la noche que pasamos juntos.

—Y uno de esos deseos fue hacer papilla a tu rival del trabajo —le dije a mi demacrado reflejo en el espejo del cuarto de baño.

No me daba pena Jimmy, ni aun sabiendo que yo tenía algo que ver —aunque fuera de manera indirecta— con su rotura de huesos. Me di unas palmaditas en el estómago. Nunca había sido del todo plano, pero aún no se me notaba el embarazo.

—Necesitamos un trabajo, peque —dije.

Tras lavarme e investigar un poco en mi teléfono, me sentí un poco más optimista. Vale, puesto mi vida entera patas arriba en las últimas doce horas, pero había un montón de bares y restaurantes que buscaban gente. Podía empezar de cero, no era para tanto.

Vale, estaba fingiendo un poco, pero ¿y qué? Cogí la llave del motel y salí a la calle. Fuera del pequeño y mugriento edificio de cemento, la brillante luz del sol me golpeó como un sartenazo aun estando acostumbrada al calor de Miami. Me fui corriendo a la parte donde había sombra y, apenas habiéndome alejado solo tres metros del motel, unos brazos como tenazas me agarraron por la cintura y me arrastraron hasta un callejón. En cuanto grité, una mano grande y robusta me tapó la boca. Pateé con rabia y otro hombre grande apareció y me sujetó las piernas. Me llevaron por el callejón como si fuera un jabalí que acababan de cazar.

Probablemente debería haber estado aterrorizada, pero solo sentía enfado porque estaba segura de quién estaba detrás de esto. ¿Estaba Iván secuestrándome? Al llegar al final del callejón, el matón que me sujetaba las piernas las dejó caer y abrió el maletero de un coche que estaba aparcado junto a una pared de ladrillo.

Yo eché la cabeza hacia atrás y le golpeé la barbilla al que me sujetaba por arriba, lo que me permitió quitarme su mano de la boca.

—Ni de coña —dije—. Más os vale no meterme en...

Dos segundos después, estaba dentro del maletero y me habían tapado la boca antes de que pudiera decir otra sílaba. Rodé sobre la superficie dura y finamente enmoquetada, pateando todo lo que podía y pensando en un viejo video de seguridad que nos pusieron en el colegio en el que te enseñaban cómo activar los intermitentes y quizá atraer a la policía. Sentí un golpe sobre la cabeza y me sorprendí tanto que me quedé quieta un momento.

—¡Para ya! —gritó uno de los matones.

—¡Déjame salir! —Lo intenté, pero nada—. ¡Se va a cabrear cuando sepa que me habéis metido en el maletero! —rugí.

Hubo otro golpe.

—¡Se va a cabrear más si no te llevamos con él, así que cierra la puta boca! No está lejos.

No mentía, ya que el coche se detuvo en cuestión de minutos y el maletero se abrió de golpe. Yo estaba totalmente preparada e intenté salir de un salto, pero ellos simplemente me agarraron por los brazos y me zarandearon.

—Podemos ponerte una bolsa en la cabeza y llevarte escaleras arriba o puedes ir andando.

Entonces moví el pie hacia atrás y le di una patada en la espinilla. Él apenas pareció notarlo y el otro me soltó el brazo y sacó un pesado saco de tela del asiento trasero.

—Iré andando —dije, retrocediendo al verlo.

Ambos se rieron por lo bajo y me agarraron las muñecas con fuerza mientras me llevaban a rastras por las escaleras. Subimos tres pisos y me preguntaron si podían confiar en que subiera en ascensor.

—Son cuarenta pisos —dijo, impávido.

Por supuesto, elegí el ascensor y me sorprendió ver que estábamos en un hotel pijo cuando entramos en un vestíbulo ancho, lleno de espejos y suntuosamente empapelado. Me estaban secuestrando a la vista de todo el mundo, pero no dudaba que cumplirían su amenaza y me pondrían el saco en la cabeza si montaba un numerito. Tampoco de que Iván tenía algún tipo de influencia en este lugar y nadie movería un dedo para ayudarme.

Al fin, me empujaron dentro de una gran suite y cerraron dando un portazo a mis espaldas. Y ahí estaba él, sentado con aire satisfecho en un sillón frente a una ventana con vistas a Las Vegas, tan guapo y dorado como siempre. Como el rey que era. Aunque estaba muy cabreada, y a pesar de que estaba empezando a sentir miedo, me invadió un sentimiento de lujuria mientras lo miraba. Mis piernas me traicionaron y di un paso hacia él, quien curvó los labios en una sonrisa burlona.

—No puedo creer que hayas hecho esto —dije.

—Ah, ¿no? —Fue su única respuesta—. ¿Pensabas que huir así a Las Vegas iba a suponerme un gran problema? —Se encogió de hombros y sonrió más—. Debería darte las gracias, ya que, en realidad, lo has hecho todo más fácil a largo plazo.

—¿Qué quieres decir? —pregunté. Parecía demasiado satisfecho consigo mismo.

—Quiero decir que vamos a casarnos, Reina.

Sentí un peso en el estómago al mismo tiempo que aparecía el inoportuno sentimiento de lujuria.

—Y una mierda. Me voy a ir de aquí y, si no me dejas, voy a montar un numerito, y va a ser tan grande que ni siquiera esa gente a la que has comprado va a poder ignorarlo.

Él se levantó de su trono y se acercó a mí. Su enorme cuerpo se cernió sobre el mío y aún conservaba esa expresión altiva de posesión; la que me decía que era mi dueño, la que estaba destruyendo mis bragas. Me tendió su teléfono con calma.

—No lo creo —dijo.

Confusa, miré el teléfono con el corazón constreñido. El leve miedo que había en el fondo de mi conciencia pasó rápidamente a primera fila. En la pantalla había fotos de mis mejores amigos. Lynn haciendo la cola en el supermercado, fuera de su casa. Andrew cargando uno de los camiones de su empresa. Y una docena de fotos más.

—Esos dos son muy importantes para ti, ¿no?
—preguntó—. Sería una pena que les pasase algo.

La rabia me hizo verlo todo rojo y salté hacia él, arañando todo lo que estaba al alcance de mis manos. Él me sujetó los brazos a los lados del cuerpo y me apretó contra la pared, con su cara tan cerca de la mía que tuve que cerrar los ojos para evitar derretirme con su mirada. Me rozó la mejilla con los labios y tiró de mis manos para colocarlas sobre mi cabeza. Me agarró las muñecas con una mano y, con la que le quedaba libre, me acarició los pechos. Yo no pude evitar que se me escapase un gemido suave.

—¡Te odio! —grité. Quise sonar como una leona furiosa, pero parecí más bien un corderito asustado.

Su mano siguió bajando lentamente por mi cuerpo hasta detenerse en mi estómago.

—No te creo —respondió—. Abre los ojos y mírame, Reina. —Hice lo que me ordenó y me perdí de inmediato en sus profundos ojos azules. Maldito hombre. Jadeé mientras él extendía los dedos por mi estómago—. Ese niño es mío, al igual que tú.

Durante un milisegundo, me sentí abandonada cuando apartó su mano, pero seguía sujetándome las muñecas con fuerza sobre la cabeza. Se sacó un anillo del bolsillo y me lo puso en el dedo a la fuerza. Después, me besó la palma de la mano. Quise abofetearlo, pero el tacto de sus labios me debilitó y me dejó más indefensa que antes de que me soltase.

—Ahora estamos comprometidos —dijo. Volvió a poner la mano sobre mi pecho y lo apretó de forma persuasiva—. ¿No quieres disfrutar de este momento tan bonito?

Me atrajo hacia él y sentí cada centímetro de su deseo hacia mí. Su boca reclamó la mía, incitando a mis labios a abrirle paso a su lengua exploradora. La insaciable lujuria me hizo odiarme a mí misma más de lo que lo odiaba a él. Me froté contra él; ya no quería seguir luchando contra mi parte oscura. Esa que solo quería lo que me ofrecía. Más bien lo que me exigía.

—Sí —sollocé con rabia, hundiendo los dedos en su pecho firme y musculoso—. Quiero disfrutarlo. —Seguí apretando y empujando, echando la cabeza hacia atrás mientras él se acercaba y deslizaba su mano entre sus muslos. Eso terminó de despertar mi necesidad insaciable de él—. Te quiero dentro ahora mismo, rápido y duro. Hazme tuya tal y como crees que soy.

Él se apartó, momentáneamente sorprendido por mis palabras. Yo le agarré el paquete, que palpitaba a través de sus pantalones. Solo tardé un segundo en sacarle la polla y casi lloré de alivio cuando la tuve en la mano. Él cubrió mi mano con la suya para que aflojase el agarre y luego suspiró mientras yo la movía arriba y abajo, sin poder apartar los ojos de su pene empalmado.

Con un rugido, me levantó y me puso contra la pared. Me quitó de un tirón los vaqueros y las braguitas también, con un movimiento rápido.

—Agárrate a mí, mi reina —ordenó, y yo le rodeé la cintura con las piernas.

Un segundo después, me la había metido hasta el fondo, clavándome contra la pared como si me hubieran empalado. Pero era una sensación tan dulce... y exactamente lo que había estado anhelando desde que me metieron a la fuerza en esta habitación. Él fue duro y rápido, tal y como yo le había suplicado, y enterró la cara en mi pelo. Con cada embestida, yo me acercaba más a mi límite y lo agarraba con más fuerza. Él me tocó el clítoris a la vez que me sujetaba y, mientras me acariciaba con los dedos, yo eché la cabeza hacia atrás y grité. Iván se rio al dar la embestida final y su risa pronto se convirtió en un rugido.

Se tambaleó hacia atrás conmigo en brazos y aterrizó en su trono. Me atrajo hacia él, me agarró del pelo y me besó apasionadamente.

—Mi reina —murmuró, aún recobrando el aliento.

—Te odio —le respondí, dejando caer la cabeza sobre su pecho y cerrando los ojos. Su risa retumbó contra mi mejilla.

Capítulo 8 - Iván

De vuelta a Miami, mi ruborizada novia estaba un poco molesta. No me importaba. Sabía que podía encender su pasión cuando yo quisiera. Habíamos disfrutado de una estupenda pero demasiado corta luna de miel en mi suite de Las Vegas tras nuestra boda exprés en una de las capillas cutres del centro. Quizás, cuando se acostumbre a su nueva vida, le preguntaré si quiere una ceremonia mejor, puede que con banquete. Lo cierto es que no podía apartar los ojos de ella mientras fingía que leía el libro que se había comprado en el aeropuerto, lo único que había aceptado por mi parte.

Le tenía un cariño incomprensible y quería bañarla en regalos lujosos y atenciones, pero, una vez que estuviéramos de vuelta, tenía que mantenerlo en secreto. Nadie podía saber lo mucho que significaba para mí, no con las cosas tan tensas con los Balakin. Incluso aunque no ocurriese nada de eso, las únicas personas de mi organización en las que confiaba eran mis hermanos. Cualquiera podía traicionarme en cualquier momento por el precio adecuado y, hasta el momento, no había nadie lo suficientemente especial para mí como para que un enemigo pudiera usarlo en mi contra. Mis hermanos podían estar a la altura, pero preferiría morir que poner a Reina y a mi heredero en peligro.

En el coche, Reina hizo pucheros durante todo el camino hasta llegar a mi mansión y me alegró ver que finalmente su expresión cambió.

—¿Y el apartamento? —preguntó, mirando la enorme casa con la boca abierta.

—Es solo una de mis propiedades. Esta es otra, y el lugar donde vas a vivir.

Levantó las cejas.

—¿Tú no vas a vivir aquí también?

Me reí por haberla hecho admitir que le importaba, al menos un poquito. Cuando le aseguré que viviría con ella, volvió a hacerme el vacío rápidamente. Por mucho que dijera que me despreciaba, su cuerpo decía lo contrario y había disfrutado con entusiasmo de cada noche de nuestra luna de miel en Las Vegas. No podía mostrarle a mi reinita lo mucho que me gustaba cuando había gente alrededor, pero desde luego que podría hacerlo cuando estuviéramos juntos en privado.

No me gustó cuando los empleados abrieron las puertas para recibirnos. Me tuve que alejar de ella y mi comportamiento se volvió frío, tal y como ellos esperaban, pero para Reina fue un shock.

—Instaladla en la suite oeste —les solté, empujándola hacia la ancha y curvada escalera.

Ella pasó de mirar fijamente la lámpara de araña de cristal del vestíbulo a mirarme fijamente a mí, sorprendida por mi repentino cambio de actitud. El dolor que había en sus ojos me hizo daño, pero fingí que no existía una vez di las órdenes relativas a dónde iba a quedarse y me marché a mi despacho. No me giré para asegurarme de que estuviera subiendo las escaleras. Podía confiar en que mis empleados le enseñasen su habitación. Tenía trabajo y era más seguro que la gente pensase que no era más que una invitada, y una no muy bienvenida.

Olvidé mi incomodidad y las ganas de subir corriendo las escaleras tras ella cuando vi a mis hermanos esperándome en mi despacho. No solo Aleksei, también Nicolai y Yuri. Las cosas debían haber empeorado durante los tres días que estuve fuera. Mi furia creció mientras Aleksei me ponía al día de la nueva invasión de nuestro territorio, que seguía intimidando a muchos de mis negocios.

—¿Es que no entienden que eres el dueño de esas propiedades? —despotricó Nicolai muy cabreado. Su propuesta era que irrumpiésemos en el pequeño hotel en el que operaba el jefe de los Balakin, pero Alexis lo cortó porque él seguía

queriendo que encontrásemos la forma mágica de trabajar todos juntos en paz. Yuri, que era abogado fiscal y solo formaba parte de nuestras actividades comerciales porque compartíamos apellido, suspiró y sorprendentemente coincidió con Nicolai.

Todos nos quedamos mirándolo con la boca abierta. Él era el más joven y el que nos ayudaba a pasar desapercibidos para el gobierno limpiando nuestros historiales y asegurándose de que nuestros impuestos pasaran cualquier inspección. Nunca se ensuciaba las manos y normalmente apostaba por la diplomacia cuando no estábamos de acuerdo. Yo siempre tenía el voto decisivo y podía desechar todas sus opiniones si así lo quería.

—¿Quieres cargarte a un montón de viejos en el hotel Rosewell? —preguntó Aleksei con la voz teñida de desdén.

Lo miré de reojo. Me habría preguntado si era realmente un Morozov si en el pasado no hubiera visto con mis propios ojos su lado despiadado. No podía decir que se hubiera vuelto blando, ni mucho menos, pero llevaba los últimos años defendiendo cada vez más la paz. Y lo cierto es que habíamos tenido unos años muy pacíficos, hasta que los Balakin se mudaron aquí y lo arruinaron todo.

—Lo que quiero es ponerle fin a esto —dijo Yuri—. Están haciendo desastres que no podemos limpiar lo suficientemente rápido. Nosotros trabajamos duro para ser discretos con nuestro negocio y así es más fácil mantener a la gente adecuada con la mentalidad adecuada.

—¿Qué has oído? —le pregunté—. ¿Tenemos problemas con nuestros contactos entre las autoridades? ¿O con el gobierno de la ciudad? —La gente de a pie se sorprendería si supiera lo mucho que los mafiosos infames como yo dependíamos de los legisladores locales. Si supieran lo corruptos que eran en realidad muchos miembros de su gobierno, llorarían hasta quedarse dormidos todas las noches.

Yuri levantó las manos.

—Aún no, pero estoy viendo que se van a poner nerviosos si los crímenes siguen estando conectados con familias rusas. Nadie se va a parar a diferenciar quién es quién y, como somos los más grandes, vamos a cargar con la culpa. Puedes contar con ello.

—Entonces, hay que aplastarlos —dijo Nicolai.

Aleksei intervino.

—No vamos a aplastar a nadie. Escucha, Iván. Confía en mí con esto. He pedido reunirme con su líder, Sergey Balakin. Creo que él está tan harto como nosotros de las estúpidas decisiones de su hijo. Lo meterá en vereda con los incentivos adecuados.

Yo me recliné en mi asiento y los escuché discutir entre ellos hasta que Aleksei dio una fuerte palmada para atraer mi atención. Me aclaré la garganta y traté de disimular que no estaba en mi propio mundo recordando mi luna de miel.

—Concéntrate, hermano —me dijo— ¿Esa mujer tuya va a ser un problema?

Antes de que se diera cuenta, me levanté y lo agarré por el cuello de la camisa. Apreté más fuerte hasta que él bajó la mirada.

—Yo siempre estoy concentrado —respondí fríamente— y esa mujer ahora es tu cuñada, así que habla de ella con respeto.

Le solté la camisa y él sonrió de oreja a oreja y se volvió hacia los otros.

—Os lo dije —afirmó triunfalmente—. Sabía que no habías ido a Las Vegas porque sí.

Los tres me felicitaron con tanta efusividad que me sonrojé ante el cariño fraternal. Luego, se pusieron serios e intercambiaron otra mirada.

—Pero ¿por qué tanta prisa? —preguntó Nicolai—. Hace poco que la conoces.

—Deberías haberme pedido que redactase un acuerdo prematrimonial —dijo Yuri.

—Está embarazada de mi heredero —respondí, poniendo fin a sus tonterías—. Ese bebé va a heredarlo todo algún día, y no había necesidad de acuerdo prematrimonial porque no vamos a divorciarnos.

Aunque estaban muy emocionados por saber más cosas sobre la nueva adición a la familia, les hice jurar que lo mantendrían en secreto. Entendieron de inmediato lo vital que era para la seguridad de Reina que nadie supiera lo importante que era.

Les dije que seguiríamos adelante con la reunión con Sergey Balakin para ver si podía mantener a su hijo bajo control y, con suerte, evitar una guerra entre nuestras familias. Ahora más que nunca tenía más cosas en juego.

Como había estado fuera durante varios días, tenía que ver cómo iban las cosas en la discoteca, así que ordené a mi mejor guardaespaldas que vigilase a Reina. No podía salir de casa sin mí y, si quería pasear por el jardín, él tenía que acompañarla en todo momento. Decidí no subir y explicárselo para evitar su enfado. Mi reina consideraría esto una prisión y lo odiaría, pero era por su propio bien. Aunque me encantaba su espíritu, un exceso de valentía podría meterla en problemas, y la idea de que les pasara algo a ella o al bebé era insostenible para mí.

Aprendería a gestionarlo y yo se lo compensaría esta noche en la cama.

Capítulo 9 - Reina

Me senté en el balcón, mirando el canal y mirando uno de los barcos que pasaba por enésima vez en las tres semanas que llevaba atrapada aquí. Habría matado por estar en ese barco. O fuera, en el jardín. O en un puñetero Taco Bell. En cualquier sitio con tal de salir de esta casa un rato. Una doctora vino a visitarme y me había examinado minuciosamente. Me dijo que todo estaba bien y me dio vitaminas. En el día a día, cada vez que tenía hambre, me daban comidas nutritivas y deliciosas y me habían hecho dos manicuras y dos pedicuras, además de tres masajes de cuerpo completo y un corte de pelo a manos de un estilista profesional.

En mi lujosa suite, estaba rodeada de libros, ropa nueva, joyas, zapatos y paletas de maquillaje. Maksim, el matón de Iván, que parecía odiar su trabajo de vigilante tanto como yo odiaba tener uno, aparecía cada día con un juego de mesa o de cartas nuevo en un intento por evitar que me arrancase el pelo recién arreglado. Tenía un ordenador, pero todas mis redes sociales y mi correo estaban bloqueados, y pronto me cansé de ver vídeos en Youtube. Solo me permitían hablar por teléfono una hora al día, y fue porque le aseguré a Iván que mis amigos, cuyas vidas pondría en peligro si intentaba escaparme por la ventana, moverían cielo y tierra para localizarme en Miami si cortaba la comunicación con ellos de repente. Las llamadas las vigilaban o Maksim o mi asistente, Hetty, que era un encanto, pero no dejaba de ser una carcelera en lo que a mí respectaba.

En resumen, era bastante desgraciada. No podía decir que era categóricamente desgraciada, porque Iván no me ignoraba por completo. Me visitaba casi todas las noches y, por mucho que intentara resistirme a él, era simplemente irresistible. No solo en la cama. El sexo era increíblemente bueno y era el único momento en el que no estaba tentada de tirarme por el balcón; también cenaba a menudo conmigo, compartía qué tal le había ido el día y escuchaba embelesado

mis quejas. Me daba unos masajes en los pies y en la cabeza que rivalizaban con la maestría que tenía con la lengua. «Dios, lo que podía hacer con esa lengua...».

No tenía sentido que me tratase tan sumamente mal cuando había alguien cerca. Incluso en frente de Maksim y Hetty era brusco o me ignoraba por completo. No lo entendía y me dolía más de lo que quería reconocer. ¿Se avergonzaba de mí? ¿Desearía haber dejado preñada a otra persona?

Mientras miraba el barco en el canal y contemplaba la distancia desde el balcón hasta el patio que había debajo de mí y mis probabilidades de escaparme a través del enorme jardín y trepar por la verja antes de que Maksim me atrapase, intenté no pensar en cómo Iván me había hablado la noche anterior. Las únicas personas que había cerca eran sus matones de siempre y algunos de los miembros del servicio, y todos habían bajado la mirada, avergonzados al ver que mi marido me trataba como una mierda. A veces, dudaba que supieran que estábamos casados.

Solo una hora después, vino a mi suite con una rosa que había cogido del jardín y me cubrió de besos. Por supuesto, le tiré la rosa y me encerré en el baño para no responder a sus besos, pero se las apañó para que volviera a perdonarlo cuando me contó una milonga sobre que solo quería protegerme. La verdad era que necesitaba sentir su tacto. Era como una adicción para mí y durante el día sentía el mono. Me era imposible resistirme durante mucho tiempo cuando estaba conmigo.

—¿Señorita Reina? —Hetty asomó la cabeza con el teléfono en la mano.

Era mi hora asignada para hablar con el mundo exterior. Me levanté de un salto y la seguí hasta mi sala de estar. Maksim estaba reclinado en mi escritorio, fingiendo estar muy concentrado jugando al solitario, pero yo sabía que escucharía atentamente cada palabra.

En cuanto oí la voz de Lynn y me aseguró que tanto ella como Andrew y el bebé estaban bien, pude relajarme y

ponerme cómoda para una larga conversación. O, al menos, hasta que se me agotase el tiempo.

—¿Cómo te va en el nuevo trabajo? —me preguntó.

Hacía más o menos una semana que me había inventado un nuevo trabajo en la discoteca de Iván porque la idea de que pudiera sobrevivir tanto tiempo con mis escasos ahorros era cada vez menos creíble.

—Me va bien. —Quería cambiar de tema porque odiaba mentirle.

—¿Y qué tal con Iván?

Eso último lo dijo como cantando porque, supuestamente, yo me estaba tomando las cosas con calma con mi nuevo jefe. Sí, más mentiras, pero era imposible explicarle mi situación real. No podía venderle que estábamos felizmente casados y, si fuera tan buena mintiendo, le dolería que no la hubiera invitado a la boda.

—Genial —dije, intentando que no se me trabase la lengua—. Estamos... Mmm... Tomándonos las cosas con calma y conociéndonos.

Casi podía oír como Maksim ponía los ojos en blanco en la otra punta de la habitación. Intenté fingir que habíamos tenido una cena romántica en un restaurante para que pareciera que Iván y yo teníamos citas. No dije ni una palabra sobre que era frío como el hielo cuando no estábamos solos o que me había obsesionado con mirar por encima de mi balcón.

No dije ni pío acerca de lo mucho que lo odiaba a pesar de no poder quitarle las manos de encima. Aunque me hacía muy feliz poder hablar con Lynn, odiaba pensar en mi verdadera relación con Iván. Sabía que le hacía ilusión tener un heredero, pero no estaba convencida de que fuera feliz. Al menos, no conmigo. Mientras miraba los barcos pasar, no pude evitar preguntarme qué iba a ser de mí una vez naciera el bebé. Me sorbí la nariz y traté de disimular rápidamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lynn, que había oído el sonido de mi infelicidad.

—Nada —respondí rápidamente, mirando de reojo a Maksim—. Es que tengo las hormonas revueltas, ya sabes.

Eso la distrajo y pasamos la mayoría del tiempo hablando sobre nuestros síntomas, las citas con el médico y las cortinas que Andrew y ella habían elegido para la habitación del bebé.

Yo me deprimí otra vez porque intentar que Iván me ayudase a elegir cosas para el bebé era algo irrisorio. Si no fuera tan triste, claro.

—Me encontré con el detective Sosa en la farmacia —dijo Lynn cuando cambiamos de tema—. No sabía si decirte algo, pero me preguntó cómo estabas.

Yo conté hasta diez para evitar pagar mi arrebató de ira con Lynn.

—Espero que le dijeras que estaría mejor si hubiera resuelto el caso de mi padre —contesté.

Ella suspiró.

—Lo siento mucho, cari, pero no había ninguna novedad. Sigue sin encontrar nada.

No tenía nada que responder a eso, aparte de insultos, así que apreté los dientes. Maksim se levantó e hizo además de señalar su reloj. Era mejor que la hora de llamada estuviera a punto de acabarse, porque pensar que el caso de mi padre seguía sin resolverse había terminado de ponerme de un humor de perros. Terminé la llamada con una excusa tonta y le lancé el teléfono a Maksim.

—No quiero llamar a nadie más —le solté.

Debería haber llamado al detective Sosa y echarle la bronca por no haber avanzado nada, pero sabía que terminaría llorando a lágrima viva por la frustración. Miré a Hetty y a Maksim, muerta del asco por tenerlos de guardianes. Pasé al lado de Hetty a toda velocidad y esquivé al matón de mi marido.

—Corre, ve y chívate a tu jefe si quieres, pero voy a salir, y más te vale mantener las distancias si vas a seguirme.

Sorprendentemente, bajé por la escalera sin que nadie me pisase los talones e irrumpí en la cocina para salir por la puerta trasera. El jardín era precioso y quería ver más que la pequeña zona en la que había cenado unas cuantas veces con Iván y lo que se veía desde mi balcón. Me dirigí al perímetro izquierdo y seguí el alto muro de piedra intentando que me dejase de doler el corazón. La doctora me había dicho que era importante que estuviera tranquila, pero me habría encantado que me explicase cómo. Por supuesto, ella nunca iba a compadecerse de mí porque trabajaba para Iván.

Intenté decirme a mí misma que mi querido padre no necesitaba justicia para poder descansar en paz. Había sido un hombre bueno, honrado y trabajador, así que no había ningún motivo para que no fuera feliz donde estuviese. Pero yo no era feliz. Yo no estaba en paz. El cabrón que me lo había arrebatado tenía que pudrirse en la cárcel por su crimen.

Cuando llegué a la esquina del fondo, me sentía un poco mejor al estar rodeada de todo el follaje verde. La parte del jardín que estaba más cerca de la mansión estaba muy bien cuidada y tenía flores tropicales y exóticas sobre las que volaban periquitos y agapornis. Había caminos de gravilla blancos y fuentes con bancos alrededor. Ahí, en los extremos, la vegetación era salvaje y podía imaginar que estaba libre, en la jungla, en cualquier lugar menos donde realmente estaba. Me puse de puntillas y vi un techo de bambú que sobresalía de las hojas de palma. Me dirigí hacia allí.

Era un cobertizo pequeño y sin ventanas, pero la puerta de metal ondulado no estaba cerrada del todo y me pareció oír voces a través de ella. Me acerqué un poco más y oí con claridad una voz de hombre con un tono gutural que habría reconocido en cualquier parte. Pero ¿por qué estaba Iván en esa cabaña oscura y apartada?

Algo en mi interior me dijo que debería darme la vuelta y fingir que no había encontrado ese lugar y, cuanto

más me acercaba a la puerta abierta, más urgente era la sensación de que debía detenerme. Pero seguía de muy mal humor y era cabezota, y la curiosidad me hizo continuar. Me acerqué a la puerta y me asomé. El cobertizo de una sola habitación estaba demasiado oscuro como para ver nada, especialmente cuando fuera brillaba el sol ardiente de Florida, pero podía oír bien y los sonidos que provenían de dentro hicieron que se me helase la sangre.

—Dinos lo que sabes o sufrirás las consecuencias —dijo Iván desde el fondo, pero sonaba como si estuviera justo al otro lado de la puerta.

Desde más lejos, oí un gruñido y una voz débil murmuró algo que no pude entender.

—Así que te niegas —volvió a decir Iván. Hubo otro quejido—. Adelante —ordenó.

Oí el inconfundible sonido de un puño golpeando a alguien y el gemido se intensificó. Una vez más, Iván le exigió a la persona con la que hablaba que dijera lo que supiese. Una vez más, esta se negó y volví a oír un puñetazo. Se me aceleró el corazón al darme cuenta de que estaban torturando a alguien en la misma propiedad donde vivía. Me acerqué más, con los puños cerrados con tanta fuerza que las uñas se me clavaron en las palmas de las manos. Eso era exactamente lo que merecía el hombre que mató a mi padre. Debería estar horrorizada, pero lo único que sentía era una desagradable satisfacción. Me acerqué aún más y contuve la respiración mientras Iván le pedía al hombre que confesase y le advirtió que era su última oportunidad.

Hubo un fuerte crujido y un grito gutural que me hizo alejarme de un salto. La base de madera podrida que había alrededor del cobertizo se deshizo bajo mi tacón y me tambaleé hacia atrás. En un acto reflejo, me agarré al pomo de la puerta para evitar caerme de culo. Se abrió de par en par cuando me tropecé y entonces vi a un hombre, al que no reconocí, que estaba levantando un bate ensangrentado sobre otro hombre atado a una silla plegable. A juzgar por su cara,

hecha papilla, y por su camiseta empapada en sangre, no era el primer golpe que había recibido. Estaba cubierto de sangre por la parte delantera y tenía los brazos llenos de cortes. Divisé una mesita llena de cuchillos y, Dios mío, sierras. Algunos tenían las hojas ya manchadas. Iván estaba de pie con los brazos cruzados y las piernas separadas, supervisando la carnicería. Si me hubieran concedido un deseo en ese momento, no lo habría usado para conseguir la libertad. Lo habría usado para desaparecer cuando Iván se dio la vuelta y me vio.

Se dirigió hacia mí con el ceño fruncido y una mirada que helaba la sangre. Intenté explicarle que no estaba espiándolo, mentirle y decirle que no había visto nada para que no descargase su ira contra mí. En lugar de eso, me giré y volví a casa corriendo como alma que lleva el diablo.

Capítulo 10 - Iván

Me enfureció que ella viera lo que estaba haciendo, pero me enfurecí más conmigo mismo cuando vi el miedo en sus ojos al pensar que mi ira estaba dirigida hacia ella. Miré con el ceño fruncido al hombre que prefería morir antes que admitir que me había mentado y traicionado y le dije a mi primo que siguiera manos a la obra mientras yo iba tras ella.

Cuando la alcancé, Maksim ya la había agarrado. Ella luchó con valentía, dando patadas y soltando insultos, mientras él la guiaba hacia casa. Tuve que reprimir una sonrisa tierna ante su comportamiento salvaje y esconder lo mucho que me enorgullecía de su corazón de leona. La agarré por el brazo bruscamente y la sacudí.

—¿Cómo te atreves a incumplir mis órdenes? Lo vas a pagar muy caro.

Ella paró de revolverse inmediatamente y se encogió mientras yo la arrastraba escaleras arriba hasta su habitación. Odiaba representar ese papel, pero la regañé a gritos igualmente.

—No vas a volver a esa parte de la propiedad —le dije—. ¿Por qué no estabas con Maksim? ¿Tengo que castigarle a él por tu estupidez, tu cabezonería y tu incapacidad para seguir mis reglas?

Ella tenía los ojos llenos de lágrimas, pero parpadeó con fuerza para evitar que cayeran cuando al fin estuvimos a solas en su habitación. Cerré de un portazo para completar el paripé, me apoyé contra la puerta y suspiré.

—Joder, Reina. ¿Por qué me has desobedecido así?
—Ahora mi tono era mucho más suave, pero no podía disimular mi frustración.

El hecho de que vagase sola por la propiedad de esa forma me ponía el estómago del revés; me preocupaba seriamente su seguridad. Odiaba poner reglas tanto como ella,

pero ella no lo entendía, no podía entender la clase de gente que había en los perímetros de mi vida. Incluso los más cercanos a mí podían jugármela y ponerse en mi contra en cualquier momento, atacando donde más me dolería. Me acerqué más a ella e intenté acariciarle el pelo alborotado, que se le había soltado de la coleta tras la huida y el forcejeo con Maksim.

Ella se apartó de mí bruscamente, sacudiendo la cabeza.

—¿Ibas a matar a ese hombre? —me preguntó.

No le iba a gustar, pero, como siempre, le diría la verdad.

—Ese hombre ya debería estar muerto, Reina. Y créeme, no sería una gran pérdida para el mundo.

Yo me preparé para su cara de asco o miedo, pero, antes de que pudiera explicarle lo que ese hombre había hecho para merecer su destino, vi que su expresión era casi de satisfacción.

—¿Por qué? —Cruzó los brazos sobre el pecho con los ojos brillantes.

—¿Por qué debería estar muerto o por qué tengo que matarlo? —le pregunté mirándola a los ojos. Sonreí al ver que mi reina valiente no desvió la mirada.

—Ambos.

Yo asentí.

—Secuestró a una chica que trabajaba para mí. No soy un santo, Reina. Es probable que ni siquiera sea un buen hombre, pero tengo ciertos estándares: no me robes lo que es mío y no me mientas al respecto. Él hizo ambas cosas y para rematar le hizo daño a alguien que no se lo merecía. Yo hago daño a la gente, eso tenlo por seguro, pero intento asegurarme de que se lo merecen.

—Bien —susurró—. Entonces, me alegro de que lo hicieras.

Me puso tan cachondo que di un paso adelante y le agarré la cara con las manos, desesperado porque me viera y me deseara tanto como yo a ella.

—Si alguna vez estoy en la misma situación que el hombre que viste en la cabaña, probablemente también me lo merezca. ¿Me llorarás, Reina?

Se puso pálida por un momento y eso me dio la fugaz esperanza de que se preocupaba por mí, al menos, un poco, pero después sacudió la cabeza y yo sentí que mi corazón dejaba de latir. Una sonrisa apareció lentamente en su preciosa cara.

—Nunca estarás en esa situación —respondió—, porque nunca te lo merecerás. —Me apartó las manos, me agarró por la camisa y me acercó a ella de un tirón—. Prométeme que solo matas a gente mala. —Sacudió la cabeza. ¿Me estaba recordando que yo también era malo?—. Prométeme que nunca has matado a alguien inocente, alguien que no forma parte de tu negocio.

—Lo prometo. Lo juro.

Ella se puso de puntillas y me besó. Yo la agarré y la acerqué a mi cuerpo. Después de que nuestras lenguas se entrelazasen salvajemente por un momento, me dio un empujón y se hundió en la cama con la cabeza entre las manos.

Yo me senté a su lado y la rodeé con un brazo. Me alegró que no me apartase. Tenía que recordar que, aunque fuera valiente como una leona, acababa de ver algo bastante espantoso y tenía que asumir que su marido era un asesino.

—Lo siento mucho, mi reinita —le dije mientras le acariciaba la espalda—. Este estrés no puede ser bueno para el bebé.

Ella me lanzó una mirada sombría.

—Ni tampoco lo es estar encerrada todo el tiempo. Estoy harta de esta jaula de oro, por eso precisamente me escapé de Hetty y de tu guardaespaldas. Necesitaba pasar tiempo fuera de esta habitación. —Golpeó las mantas—.

Cualquier cosa, hasta ir al McAuto me parecería celestial si pudiera salir de aquí un rato.

—Ya se me ocurrirá algo —le prometí—. Y será mejor que la comida basura, te lo juro.

Capítulo 11 - Reina

Los siguientes cuatro días pasaron sin que Iván diera señales de vida, así que sabía que debía estar fuera de la ciudad. Siempre pasaba tiempo conmigo cuando estaba aquí. Puede que no supiera sus sentimientos hacía mí en lo que respecta a su corazón, pero por todo lo demás sabía que le gustaba. Siempre cenábamos juntos de forma civilizada y, después, uno de los dos no podía resistirse más y se lanzaba sobre el otro. Nunca se quedaba conmigo toda la noche. Aunque nuestros brazos y piernas estuvieran entrelazados cuando me quedaba dormida, siempre se acababa yendo cuando me despertaba por la mañana.

Eso me hacía sentir un poco sucia, pero también aliviada en cierto modo de tener algo de espacio propio tras nuestros apasionados interludios. Cuando estaba cerca, parecía acaparar todo el oxígeno de la habitación, y definitivamente toda mi atención. ¿Cómo lo hacía? Cada día, me entrenaba para resistirme a él porque me parecía que tenía demasiado poder sobre mí. Eso duraba hasta que Hetty me dejaba un bonito vestido para las noches y me ayudaba con el peinado y el maquillaje. Era como arreglarse para una cita, pero, en lugar de un pretendiente que intentaba impresionarme, era mi marido y nunca salíamos de casa. Mi determinación se desmoronaba cuando oía su voz al otro lado de la puerta diciéndole a Maksim que se fuera. Solo el sonido de su voz grave y gutural hacía que el ansia me corriese por las venas. En cuanto entraba en mi habitación, terminaba todo. No discutíamos, porque yo no quería discutir. Solo quería sentir sus fuertes brazos a mi alrededor y sus labios en los míos. Y mucho más. Iván no era tacaño con sus regalos y era aún más generoso con su cuerpo.

Después, me despertaba y todo volvía a empezar. La culpa, la determinación, el lanzarme sobre él en cuanto me sonreía... Si no estuviera tan segura de que lo odiaba, habría empezado a pensar que me estaba enamorando de mi marido.

Como de costumbre, estaba sentada en mi balcón, hojeando una de las revistas de la pila que Hetty me traía cada día. Esta era de Francia, contaba los escándalos de sus propias celebridades y yo no entendía ni una palabra. Simplemente, miraba las fotos para pasar el rato. Intentaba no pensar en Iván, pero lo necesitaba desesperadamente porque hacía tres días que no lo veía. Eso me cabreaba, así que tiré la revista y cogí una que pudiera entender para dejar de obsesionarme sobre cuándo volvería a verlo. Cuándo sentiría sus caricias en mi cuerpo.

Hetty asomó la cabeza y me dijo que habían llegado más paquetes.

Yuju. Parecía tan emocionada y era tan maja conmigo que hice mi mejor esfuerzo para fingir que aquello me importaba y la seguí dentro de la habitación. El enorme sofá de cuero color crema estaba hundido bajo un montón de portatrajes y había pilas de cajas de zapatos colocadas al lado. Toda la superficie de cristal de la gran mesa de café estaba cubierta por cajas más pequeñas, algunas planas y largas, otras cuadradas y otras con lacitos perfectos.

Hasta mi amargado corazón se animó al ver ese botín.

—¿Por dónde empezamos? —le pregunté a Hetty.

Ella empezó a bajar la cremallera de todos los portatrajes mientras yo destrozaba las cajas de zapatos y soltaba un gritito al ver cada par. Era como Navidad para un amante de los zapatos y mi humor mejoró conforme me los iba probando. Hetty sujetaba cada uno de los suntuosos vestidos y yo elegía los zapatos que pensaba que combinaban mejor con ellos. Pronto tuvimos seis conjuntos espectaculares colgando de las perchas y extendidos sobre el sofá.

—Esto debe significar que esta noche tiene una cita —dijo Hetty, acercándose a las cajas más pequeñas—. Ya sabrá lo que hay en estas cajas.

—Accesorios —dije en un suspiro, totalmente desarmada por esa dulce sorpresa.

Era casi tan bueno como ir de compras. Podría haber elegido yo misma cada uno de los vestidos y, desde luego, todos los zapatos si me los hubiera podido permitir. Era una locura. ¿Cómo podía conocerme tan bien?

Por supuesto, había tres bolsos de diseñador junto con un cofre lleno de joyas en el resto de las cajas. Me dolían los ojos con tanto brillo y, finalmente, me senté en el suelo apoyada contra el sofá con al menos cien mil dólares en joyería ostentosa esparcidos sobre mi regazo. Hetty abrió la última caja, revelando una tiara de auténticos diamantes y esmeraldas, y a las dos nos dio un ataque de risa cuando la cogí y me la puse en la cabeza.

Ella me la quitó apresuradamente y la volvió a acomodar en la caja de satén mientras sacudía la cabeza.

—¿Sabe a qué hora tiene que estar lista?

Me entró el bajón porque, por supuesto, no lo sabía. Iván no me consultaba nada, simplemente me ordenaba lo que tenía que hacer. O él o alguno de sus gorilas. Me levanté y me fui corriendo hasta la puerta, asustando a Maksim. Él me miró con desprecio, para variar.

—Pregúntale a tu jefe a qué hora tengo que estar lista, si es que tengo que estarlo —le dije con amargura.

Él escribió un mensaje de texto y me miró de reojo mientras esperaba una respuesta. Unos segundos después, su móvil sonó y me dijo que a las siete. Hetty tomó aire a mis espaldas.

—Son las cuatro y media. Tenemos que empezar.

Cerré de un portazo en la cara de Maksim y me giré para mirar mi sala de estar, que parecía la cueva de Aladín con toda esa riqueza. En honor a la verdad, estaba cansada de sentirme como una mierda, ya fuera enfadada o resentida o simplemente triste. Mis intensas náuseas mañaneras habían desaparecido casi por completo y, por lo visto, iba a salir por la ciudad esta noche. Quería relajarme y divertirme un poco.

Hetty era lo más parecido a una amiga que tenía en esta situación y tenía tantas ganas de arreglarme como yo de estar guapísima. Quería que escogiese el vestido largo de seda verde y que lo llevase con la tiara y me describió cómo pensaba recogerme el pelo.

—No es el baile de fin de curso, Hetty, es solo una cita.
—Pero se me encendieron las mejillas y no pude esconder la sonrisa que se me puso al pensarlo. No solo poder salir de casa, también pasar tiempo con Iván. Quería resultarle atractiva.

—Él no habría elegido este vestido si no quisiera que lo llevase —dijo ella—. Y le sienta como un guante.

Me lo había probado solo para que se callase y de veras me quedaba perfecto. Apenas me sobresalía la barriga y la tela suave realzaba el resto de mis curvas y las acentuaba en los lugares adecuados. Cuando caminé a través de la habitación y me giré de forma dramática, como si estuviera en una pasarela, la seda se movió seductoramente sobre mis gemelos.

—Vale, me lo pondré.

¿Cómo no iba a hacerlo? Era mi gran noche fuera de casa. Había pasado poco menos de un mes desde mi «boda», si es que se podía llamar así a esa tensa ceremonia en la capilla de neón en Las Vegas, y esta era la primera vez que iba a salir del terreno aislado. Hetty me animó y me hizo quitarme el vestido para poder peinarme y maquillarme. Cuando terminó, pensé que podría ir a cualquier agencia y conseguir un contrato. Si fuera quince centímetros más alta, claro.

—Haces milagros —le dije, girándome para admirar mi nuevo aspecto.

—Eh, es usted muy guapa, señorita Reina. Acéptelo.

Ojalá no me llamase «señorita». Eso solo me recordaba que no éramos realmente amigas, pero me negué a que mis pensamientos fastidiasen el momento que estábamos compartiendo, eligiendo qué joyas y bolso iba a usar. Me negué rotundamente a ponerme la tiara. Era demasiado. Al

final, elegí una pulsera delicada incrustada con esmeraldas y unos pendientes de diamante que colgaban. Decidimos que era mejor que no llevase collar para que mi amplio escote fuera el protagonista.

—Esto es ridículo —dije, dándole vueltas a la pulsera de forma ansiosa. Debía costar más que un coche—. ¿Quién usa este tipo de joyas?

—La gente que vive en casas como esta —respondió Hetty encogiéndose de hombros—. La gente como usted, señorita Reina.

Tocaron con fuerza a la puerta e Iván entró en la habitación. Apenas me di cuenta de que Hetty se había escabullido porque él me había cortado la respiración. Llevaba un elegante traje gris oscuro hecho a medida y una camisa blanca como la nieve que lo hacía parecer aún más alto. Estaba recién afeitado y, aunque me encantaba cuando su barba incipiente rozaba mi piel suave, el hecho de que su mandíbula fuerte y sus labios carnosos no estuvieran escondidos me hizo darme cuenta de lo guapo que era. Incluso su intensa mirada se había suavizado un poco gracias a sus mejillas suaves; ahora parecía un poco menos intimidante. Solo un poco menos, porque sus ojos eran tan feroces como siempre cuando me miró de arriba abajo. Había posesión en su mirada, lo cual hizo que se me pusiera la carne de gallina, y también orgullo. Eso me subió la moral y agradecí aún más la ayuda de Hetty.

—Me sorprendes constantemente con tu belleza, Reina —dijo atrayéndome hacia sus brazos.

Yo me derretí contra él y le alisé la corbata en tonos azules y verdes que resaltaban sus ojos, como mares tempestuosos. Mi cabezonería no me permitió darle las gracias por la ropa y las joyas, pero me negaba a que eso nos fuera a arruinar la noche. Me puse de puntillas para besarle, incluso con esos taconazos.

—¿A dónde vamos? —Me separé antes de que las cosas se caldeasen. Sí, lo deseaba, pero necesitaba esa noche de libertad.

—A donde desees, mi reina. —Me dio un golpecito en la nariz y se dio la vuelta.

Yo lo seguí escaleras abajo, sabiendo que no me iba a ofrecer su mano o rodearme con el brazo mientras hubiera gente alrededor. Fuera, un elegante descapotable plateado esperaba en la entrada circular que había junto a la puerta principal.

—Sube —gruñó tras abrir la puerta del copiloto.

Pequeños favores, supuse mientras me deslizaba sobre el asiento de cuero. Cerró de un portazo y casi entalló el dobladillo de mi vestido antes de que pudiera recogerlo. Después, se sentó precipitadamente en el asiento del conductor. Yo no estaba segura de si me alegraba o no de que condujera él porque, a pesar de que me trataba con brusquedad, ya me moría por volver a tocarlo. Pensé en la noche que nos conocimos, cuando me senté sobre su regazo estando borracha, y me miré las manos para ocultar que me había puesto roja.

El descapotable se alejó de la mansión con un chirrido cuando él pisó el acelerador sin decir una palabra o comprobar siquiera que me hubiera puesto el cinturón. Solo se giró hacia mí cuando estuvimos en la carretera principal, al final del camino de entrada.

Resoplé. Odiaba lo que me hacía sentir cuando me sonreía.

— ¿Por qué solo eres amable conmigo cuando estamos a solas?

Su sonrisa se desvaneció.

—Ya te lo he dicho. No debes preguntarme esas cosas.

Sí, ya, mi seguridad, bla bla bla. Dejé el tema cuando vi que las palmeras que bordeaban las carreteras se convertían en tiendas y restaurantes. No quería estropear mi noche de libertad. Además, cuando me giré hacia él para discutir, su cincelado perfil me hizo detenerme y acercarme para

acariciarle la suave mandíbula con el dedo. Él volvió a sonreír y supe que había tomado la decisión correcta.

—Dime qué quieres hacer —dijo—. Lo que sea, lo haré posible.

—¿Y si te dijera que quiero ir a París, pero no tengo pasaporte? —pregunté. Todas esas revistas francesas me habían dado ganas de viajar, pero nunca había salido de Estados Unidos en mi veintitrés años.

—Fácil —respondió—. ¿Llamo a mi piloto?

Creía a Iván, pero de repente me entró un antojo que hizo que casi me doblase en dos cuando pasamos al lado de un restaurante de pollo frito y el olor llegó hasta nosotros. Yo me reí, intentando no mirar hacia el antro del pollo.

—Antes dije lo del McAuto de broma, pero ahora me apetece de verdad ese pollo.

Él hizo una pirula en mitad de la calle y varias personas le pitaron enfadadas. Repitió todo lo que dije en el altavoz y, cuando nos dieron los cubos, le pregunté si podíamos comer en la playa.

—Lo que quieras —contestó magnánimamente—. Me lo estás poniendo demasiado fácil.

—Ya tendrás que hacer malabarismos luego —le prometí, pasándole la mano por el muslo.

Él se volvió hacia mí con una ceja arqueada y una mirada traviesa que casi me hizo olvidar el pollo.

—No me tientes a llevarte a casa ahora mismo. —Debió notar mi decepción, porque se inclinó para darme un beso rápidamente—. No te preocupes, puede esperar.

Su voz ronca y el tacto de sus labios rozando los míos me hicieron preguntarme si de verdad me importaba tanto esta noche de libertad. Pero, cuando giró hacia la calle principal y el sonido de las olas se mezcló con el de la gente feliz que estaba teniendo sus propias citas, quise formar parte de eso.

Me quité los zapatos en cuanto salimos de la acera y sonreí de oreja a oreja al sentir la arena entre los dedos de los pies llevando un vestido de diseño. Era una sensación deliciosa. Llevamos la comida hasta la playa y él se quitó la chaqueta para que me sentase sobre ella. Se dejó caer sobre la arena con sus pantalones caros como si llevase unos shorts. Yo engullí el pollo y todos los complementos como si estuviera comiendo para una familia entera y no solo para una persona más y le pillé mirándome con orgullo mientras comía ensalada de col a dos carrillos.

—Soy una zampabollos, ¿no? —bromeé, pero él frunció el ceño.

—Estás alimentando a nuestro hijo —dijo— y cuidando ese cuerpo que adoro.

Me rodeó con un brazo y me dio un apretón. Yo estaba sorprendida y me sentí acalorada, no solo por su tacto, sino por sus palabras. Era la primera vez que llamaba al bebé «nuestro hijo» y no solo «mi heredero», y la forma en la que había dicho la palabra «adoro», aunque fuera solo en referencia a mi cuerpo, me sacudió hasta la médula. Pero ¿para bien o para mal? No tenía ni idea. A Iván se le daba de maravilla confundirme, eso era lo único de lo que estaba segura.

Estaba anocheciendo y el océano no era más que una masa oscura y susurrante frente a nosotros, pero las luces de los hoteles que había a nuestra espalda alumbraban lo suficiente para que pudiéramos caminar por la arena.

—No podemos dejar la basura ahí —dije, más indignada por eso que por sus cosas de la mafia.

Él puso los ojos en blanco y tiró de mí playa abajo. Miré hacia atrás y vi a un par de hombres recogiendo los envases de comida vacíos y llevándoselos. Suspiré. No íbamos a estar realmente solos, por supuesto.

—¿Son guardaespaldas o solo limpiadores? —pregunté.

Él se inclinó y me besó.

—Shh, mi reina. Esta noche estás demasiado guapa para preocuparte.

Era inútil discutir cuando adoptaba ese tono, así que me incliné contra él mientras paseábamos por la playa. Pasamos al lado de otras parejas y me llevé algunas miradas por mi escandaloso vestido, pero, como estábamos en Miami, nadie nos prestó mucha atención. Pronto, llegamos a una zona aislada e Iván me llevó de la mano a un puesto de socorrismo vacío.

—¿Nos sentamos y disfrutamos un rato del sonido de las olas? —preguntó moviendo la mano de mi cintura a mi cadera.

Yo me lamí los labios y asentí mientras él me guiaba tras la torre. Me reí cuando vi lo que había allí esperándonos, y no debería sorprenderme al tratarse de Iván, pero me sorprendió. Me sentó junto a él en la manta gruesa y sacó la botella de champán del cubo con hielo que había en el borde. También había una bandeja con fresas y rodajas de mango, mis dos frutas favoritas.

—¿Cómo has hecho esto? —pregunté—. No habíamos planeado venir aquí.

—Mis hombres sirven para algo más que para proteger y recoger basura —contestó con una sonrisa de satisfacción. Levantó su teléfono—. En cuanto mirabas hacia otro lado. Podría haberle estado mandando mensajes a mi amante y ni te habrías enterado.

Esa idea hizo que me recorriese una ola de rabia y creo que se me notó en la cara, porque él se rio con ganas.

—Eres la única mujer en mi vida, Reina. Eres mi reina, ¿recuerdas? Venga, abre esa bonita boca para mí.

Abrí los labios para aceptar la fresa y mi ira repentina se convirtió en satisfacción.

—Mientras tú lo sepas —contesté, dándole un mordisco a la jugosa fruta—. Puede que aquí seas el rey de la Bratva y yo

sea una donnadie de Kansas, pero encontraré la forma de hacértelo pagar si vuelves a compartir esto con otra persona.

Lo miré a los ojos mientras deslizaba mi mano por su muslo para apretar el bulto grueso que se movió al sentir mi tacto. Mi satisfacción aumentó al ver que tenía un pequeño poder sobre Iván y me acerqué más.

—Nunca —dijo él, apretando sus labios contra los míos.

Estábamos rodando sobre la manta, toqueteándonos y morreándonos como adolescentes, cuando oímos risas que provenían de la playa. Le di un toquecito en el hombro y me incorporé.

—Deberíamos comportarnos como personas civilizadas —le dije, dándome toquecitos en los labios hinchados e intentando calmarme.

Iván miró fijamente al grupo de jóvenes que paseaban junto a la costa y se le tensó la mandíbula. Cuando se acercaron más, oí fragmentos de su conversación en voz alta y reconocí el acento. Esos hombres eran rusos, eso estaba tan claro como que Iván se estaba poniendo cada vez más nervioso.

Yo me senté más cerca de Iván y él agarró la botella de champán, pero no la abrió para servirnos.

—No pasa nada, Reina —dijo.

Bueno, teniendo en cuenta que no le había preguntado nada, entendí que sí pasaba algo.

—Deberíamos irnos —sugerí—. Podemos atajar por el hotel e ir andando hasta el coche.

Él sacudió la cabeza con la mirada fija en el grupo. «Déjalos pasar». Era nuestra noche. Por un momento pensé que era imposible que nos vieran, ya que estábamos lejos y medio escondidos en las sombras del puesto de socorrismo. Me equivoqué, ya que se giraron y vinieron hacia nosotros.

Iván se levantó de un salto y me puso detrás de él. Con una mano seguía agarrando el cuello de la botella de champán

y, con la otra, mandaba un mensaje de texto. Miré alrededor buscando a sus matones, pero solo vi oscuridad hasta el hotel, que estaba lejos, al otro lado de la orilla.

El grupo llegó hasta nosotros y se detuvo. Se quedaron mirando fijamente a Iván, quien les devolvió la mirada. Eran cinco, todos jóvenes, y llevaban vaqueros y camisetas. Quizá incluso fueran más jóvenes que yo. Uno de ellos se puso al frente de la pequeña manada con la barbilla levantada y una sonrisa burlona.

—¿No tienes casa, Iván Morozov? —Su acento era mucho más marcado que el de Iván, que era prácticamente imperceptible—. ¿Tienes que follarte a tus putas en la calle como el perro que eres?

Oh, no. Casi sentí pena por el chaval. Casi. Iván sacudió la cabeza.

—Estás cometiendo un error, Anton —contestó, en un tono tan frío que crucé los brazos por encima del pecho—. No deberías estar avergonzando a tu padre de ese modo.

Los otros chicos se miraron entre ellos y retrocedieron un poco. Parecían tener algo de inteligencia o, al menos, instinto de supervivencia. No era el caso de Anton, su claro líder. Él se inclinó hacia adelante y su expresión era una máscara de odio.

—Creo que mi padre estaría orgulloso de mí por tomar la iniciativa —escupió. No me gustó cómo sonó eso. No me gustó nada cuando Iván se quedó callado mientras Anton reía con amargura y continuaba con su retahíla—. Ya es hora de que pongamos a tu puta familia en su sitio y él lo sabe.

Yo apreté los dientes para evitar ponerme a llorar y me agarré con fuerza a la camisa de Iván. El idiota de Anton hizo el numerito de pasear alrededor de Iván y echarme miradas lascivas.

—Tu putita es guapa —dijo.

Iván levantó la botella y se la partió al chico en la cabeza, y a mí no me disgustó mucho. Anton se tambaleó

hacia atrás agarrándose la oreja y sus amigos se lanzaron hacia él. Cuatro hombres que reconocí nos rodearon, cerrando filas frente a mí y a ambos lados de Iván.

El grupo de Anton se alejó casi hasta el borde del agua, pero el estúpido de Anton se sujetó la cara y continuó lanzando miradas asesinas a Iván y a su pequeño ejército.

—Elige bien —dijo Iván—. He oído que perder a un hijo es bastante peor que morir.

Me llevé la mano al estómago y contuve un grito ahogado. Iván apenas me miró antes de devolverle la mirada sombría a Anton.

—No voy a deshonorar la tregua entre nuestras familias —continuó—. No seas tan estúpido de hacerlo tú.

Iván y sus hombres dieron un paso al frente al unísono y, por un momento, Anton pareció entender que lo iban a apalear hasta West Palm si no cortaba por lo sano. Visiblemente furioso y avergonzado, soltó unos cuantos improperios más mientras retrocedía para unirse a sus amigos, quienes prácticamente iban corriendo playa arriba.

Se me fue toda la adrenalina de golpe en cuanto Anton y su banda desaparecieron de nuestra vista. Mantuve la mano sobre mi estómago, ahora revuelto, incapaz de olvidar las palabras de Iván. Ya estaba muy unida al bebé, que aún era más pequeño que una ciruela. ¿Cómo iba a sobrevivir si le ocurría algo? Iván mandó a sus hombres de vuelta a la oscuridad de la que habían surgido y yo me derrumbé en sus brazos cuando volvimos a estar solos.

Él intentó que volviera a sentarme sobre la manta, pero me quedé de pie, rígida en sus brazos. Me acarició la espalda y me susurró palabras cariñosas. Yo no podía volver a nuestra cita y fingir que no había pasado nada como él pretendía. Me apreté la mano contra el estómago.

—¿Ese chaval era el hijo de uno de tus enemigos? —le pregunté. Él asintió contra mi coronilla—. ¿Nuestro hijo será algún día el enemigo de alguien?

Él dejó quieta la mano contra mi espalda y yo esperé su respuesta sincera, sin querer escucharla por primera vez.

—Probablemente, pero nuestro hijo no será un idiota.

Iván se apartó para buscar mi mirada y después miró a lo lejos, en la oscuridad, donde sabía que sus hombres nos vigilaban. También sabía que la cita había terminado. Volvimos al hotel caminando y, en cuanto nos acercamos a donde sus hombres estaban apostados, me tomó del brazo bruscamente y me arrastró el resto del camino mientras ellos nos seguían. Alguien había movido el coche de donde lo habíamos aparcado al principio y nos esperaba frente al hotel. Esta vez no se molestó en abrirme la puerta, me gritó que subiera.

Hicimos el camino de vuelta hasta mi celda en silencio y, en cuanto aparcamos frente a la enorme mansión, me bajé del coche de un salto y entré apresuradamente delante de él. Entré en mi habitación dando un portazo y me quedé mirando fijamente a la puerta, contando los segundos hasta que él irrumpiese dentro. Discutiríamos y después nos arrancaríamos la ropa el uno al otro. Asqueada conmigo misma, seguía deseando meter las manos debajo de su elegante camisa blanca y sentir su pecho. Necesitaba que me hiciera olvidar el miedo que había pasado en la playa. Simplemente, lo necesitaba.

Finalmente, me desvestí y me metí sola en mi cama vacía, asqueada conmigo misma por la decepción que me causó que él no viniera.

Capítulo 12 - Iván

Me paseé por toda mi habitación, que estaba en el mismo pasillo que la de Reina. Estaba furioso conmigo mismo por haber permitido que corriese peligro, y todo por verla sonreír. Por mimarla como la reina que era. Para rematar, ahora estaba enfadada conmigo y asustada por nuestro hijo. Estaba acostumbrado a sus enfados, pero no podía soportar que el futuro estatus de nuestro hijo la pusiera pálida como un fantasma y le robase la luz de sus ojos. Aún no confiaba del todo en que yo nunca los pondría en peligro ni a ella ni a mi heredero.

¿Por qué iba a hacerlo? Prácticamente había sido yo quien la había metido de lleno en esta situación. Sabía perfectamente que las promesas de Sergey Balakin no tenían ningún valor y la prueba de ello era que se había acercado a mi mujer y la había tratado como una mierda. La había insultado y asustado. Golpeé la pared hasta que mi puño la atravesó. Ignoré la sangre de mis nudillos y solo deseé haberle golpeado la cabeza a Anton Balakin con esa botella de champán hasta que se hubiera hundido igual que la pared que tenía delante de mí. Debería haber apoyado a Nikolai y Yuri, pero me dejé persuadir por Aleksei. Quería lo mejor para el niño que Reina llevaba en su vientre y había terminado poniéndolos a ambos en peligro.

Llamé a Aleksei para descargar mi cabreo contra él y asegurarme de que entendía qué era lo que estaba en juego exactamente.

—Averigua si tu tregua sigue en pie —le grité en cuanto respondió al teléfono—. Si no, las cosas se van a poner muy feas.

Él intentó calmarme, pero yo terminé la llamada, tiré el teléfono y seguí caminando de un lado a otro. Echaba de menos a Reina y deseaba haber ido a su cuarto, pero estaba demasiado enfadado y no podía ignorar la devastación de su

mirada cuando entendió que algún día nuestro hijo estaría en mi lugar. Que algún día llevaría el apellido Morozov, como el rey que sería, al igual que yo lo era ahora. No podía quitarle esa carga ni podía cambiar el destino de nuestro hijo. Estaba demasiado orgulloso de lo que mi propio padre y yo habíamos conseguido con los años.

Necesitaba darle espacio a Reina para que asimilara todo esto por mucho que deseara su cuerpo. Una vez las cosas se asentasen más con los Balakin, podría empezar a presentarla como mi mujer poco a poco, a hacerlo público para que no tuviera que estar encerrada todo el tiempo. Sabía que lo odiaba, y yo odiaba que se sintiera deprimida. En mi fuero interno, quería que aceptase que estábamos juntos y que dejara de considerarse una prisionera.

El sonido de mi móvil me sacó de mis pensamientos y dejé de caminar. Era una videollamada del propio jefe de los Balakin. La acepté y la cara amoratada de Anton llenó la pantalla. El enfoque cambió y una mano lo golpeó con tanta fuerza que le inclinó la cabeza hacia atrás. Estaba claro que no era el primer golpe que recibía esa noche.

—Díselo. —Reconocí la voz de nuestro último encuentro. Su padre, Sergey, y sonaba cabreado.

Anton se aclaró la garganta. Parecía que quería escupir.

—No me ordenaron hacer lo que hice. Actué por mi cuenta y mi padre no sabía nada. —Miró hacia un lado con expresión salvaje y se le tensó la mandíbula. Le dieron otro revés implacable—. Sí... Siento lo que hice.

La mano lo apartó de un empujón y la cámara se giró para enfocar a Sergey. Tenía un aspecto sombrío y demacrado. No tiene que ser plato de buen gusto tener que lidiar con un miembro de tu organización tan inútil, y menos aún si ese miembro era tu hijo. Tal y como le había dicho a Reina, me juré a mí mismo que nuestro hijo nunca sería tan imbécil.

—Nuestra tregua sigue en pie —dijo con voz áspera—. Anton no volverá a darte problemas. Me reuniré contigo en

cualquier momento para hablarlo en profundidad si es necesario.

Lo admiré por intentar ser fuerte a pesar de tener que humillarse gracias al inútil de su hijo.

—Aleksei se volverá a poner en contacto contigo para tratar ese punto —le contesté con voz fría y desprovista de toda emoción. Quería que se preguntase si estaba satisfecho de verdad con su intento de arreglar las cosas.

Él asintió. Le temblaba la barbilla.

—¿Estamos en paz, Morozov?

—Por ahora.

Terminé la llamada y me dejé caer en la silla más cercana, sorprendido de lo aliviado que me sentía. Por muy enfadado que estuviera, evitar una guerra iba a ser el mejor modo de proceder si quería mantener a Reina y al bebé a salvo. Me daba igual la repercusión en nuestro negocio; mi única preocupación ahora era ellas. Puse la cabeza entre las manos. ¿Me estaban volviendo blando mis sentimientos hacia Reina o nuestro bebé?

Capítulo 13 - Reina

Cuando me desperté a la mañana siguiente, me di cuenta de que seguía de mal humor a causa de la noche anterior. Estaba harta de preocuparme por Iván o por qué lugar ocupaba en su vida, así que pedí que me sirvieran el desayuno en el balcón con la esperanza de mirar cómo las gaviotas se lanzaban en picado sobre los barcos del canal. Hasta la pobre Hetty sufrió mi mal humor cuando le solté que me daba igual qué desayunar.

—Sorpréndeme —le dije de forma sarcástica dándole una patada a la pila de revistas, que se resbalaron de la mesa y se esparcieron por el suelo.

Me sentí la peor niñata del mundo, así que volví a apilarlas y re Coloqué los muebles de mimbre mientras esperaba la comida. Coloqué los cojines con bonito estampado floral y me aseguré de que las brillantes flores de los tiestos tuvieran agua. Todo lo que tenía alrededor era precioso y cómodo. No tenía ninguna razón para sentirme deprimida, o, al menos, para ser tan desagradecida. Iván podría haberme encerrado fácilmente en un sótano frío y húmedo hasta que naciera el bebé.

Cuando Hetty regresó con mi desayuno, ya me sentía como un ser humano y pude darle las gracias sin que pareciera que tenía cuchillas en la garganta. Después, destapé la bandeja y mi humor, que era tan frágil como un castillo de naipes, volvió a desmoronarse. Eran perritos calientes: tres tortitas en fila, cuidadosamente enrolladas, con unas salchichas en su punto que sobresalían por los lados. Dejé la bandeja en la mesa y me senté, mirando una de mis comidas favoritas de la infancia con los ojos llenos de lágrimas.

Como mi madre murió cuando yo era pequeña, mi padre tuvo que hacer los dos papeles. Nunca volvió a casarse y ni siquiera tuvo citas; cuando fui adolescente me dijo que nadie podría reemplazar a mi madre, el amor de su vida. Él

estaba encantado de cuidarme y lo hizo lo mejor que pudo, pero no era el mejor cocinero. Yo le tomaba el pelo por ello, pero, aun así, se esforzó para darme de cenar comida casera casi todas las noches. La mayoría de las veces no era muy buena, pero sus tortitas de los domingos eran increíbles. Perritos calientes, justo como los que tenía delante, aunque él no los servía en un plato de plata y con un melón cortado en forma de rosa.

—Lo siento mucho, papá —susurré. Me sentía responsable de que su caso siguiera sin estar resuelto.

Quizá no debería haber venido a Florida. Debería haberme quedado y haber estado encima de los detectives para averiguar quién lo mató. Fui una cobarde, me dio miedo el constante dolor que se negaba a dejarme avanzar mientras estuviera allí.

Tenía que conservar la fuerza para el bebé, así que me obligué a comer los perritos calientes. Estaban deliciosos, como todo lo que cocinaba el chef de Iván, pero no le llegaban a la suela de los zapatos a los de mi padre.

Iván me sorprendió un rato después y rompió la monotonía de quedarme mirando al canal. No pude evitar alegrarme de verlo a pesar de mi enfado por la noche anterior y la tristeza de los recuerdos que había desenterrado.

—Voy a darte clases de defensa personal —dijo mientras me llevaba a la sala de estar.

Yo lo observé apartar el sofá y admiré sus músculos ondeantes. En ese momento, caí en que a lo mejor no estaba intentando hacerme pasar el rato.

—¿Estoy en peligro?

Él me tomó las manos y las besó.

—No mientras yo viva, mi reina, pero es algo útil.

Abrió una bolsa de gimnasio y extendió una esterilla sobre el suelo. Primero, me enseñó cómo soltarme de una llave, y luego, a derribar a un atacante. Fue tan delicado

conmigo como si fuera un gatito recién nacido, y un buen profesor. En poco tiempo, fui capaz de hacerle tropezar con un movimiento brusco del tobillo.

—Ahora, te voy a agarrar por detrás —dijo, lo cual hizo que se me acelerase aún más el corazón. Y no solo por el ejercicio intenso. Él daba miedo y eso me gustaba, quizá porque sabía que no me haría daño. Al menos, eso esperaba.

Tuve un escalofrío y él me frotó la piel de gallina de los brazos.

—Te voy a sujetar fuerte, mi reina. Quiero que pienses en lo importante que eres para mí y en lo destrozado que me quedaría si te perdiese. Quiero que luches en consecuencia.

En lugar de hacer lo que me explicó, que era meter el hombro en el hueco de su axila y aprovechar el impulso para tumbarlo, me quedé quieta, congelada por sus palabras. Él se inclinó, me tomó de la barbilla y me preguntó por qué no estaba haciendo lo que me había dicho.

—¿Soy importante para ti? —le pregunté. Me costó pronunciar las palabras porque se me había cerrado la garganta.

Él se rio.

—Vaya pregunta.

Yo resoplé y lo miré fijamente.

—¿Y cómo voy a saberlo? Me das una de cal y una de arena. Si no fuera por el bebé...

Él me giró entre sus brazos y me sujetó con fuerza.

—Reina, ¿sabes que no pude dejar de pensar en ti durante esas semanas que estuvimos separados? Cuando apareciste en mi discoteca para darme la noticia, me sentí más feliz de lo que había estado en mucho tiempo.

Yo me quedé pasmada y solo pude quedarme mirándolo con asombro. No era una declaración de amor, pero

estaba pasando tiempo conmigo y enseñándome a protegerme. Porque le importaba.

—Vale. —Me limité a decir con una sonrisa.

Después, me di la vuelta mientras seguía sujetándome, encajé el hombro en su pecho y lo tiré al suelo. Me sorprendió que funcionase, teniendo en cuenta que él me sacaba una cabeza, y me reí al verlo tumbado boca arriba.

—Estás sedienta de sangre —dijo él mientras se sentaba y me sonreía con orgullo.

Yo también me reí, incapaz de creer que hubiera dejado en el suelo al despiadado señor del crimen, el mismo al que había pillado supervisando una sesión de tortura hacía no mucho.

—Déjame tirarte otra vez, ha sido muy divertido.

Al final, se cansó de caer sobre la esterilla y me cerró la mano formando un puño.

—Es hora de que aprendas a golpear. —Levantó las palmas de las manos y yo probé suerte. Cuando mi puño golpeó su mano dura, retiré la mano. Me froté los nudillos y él sacudió la cabeza—. Una cara va a ser mucho más dura y tu objetivo es noquearlos para que puedas escaparte. Dale más fuerte.

—No quiero hacerte daño —respondí. Él soltó una risita.

—No puedes hacerme daño, así que dalo todo. Tienes que ir en serio cuando estés luchando por sobrevivir.

—Me dejas más tranquila —dije. Se me había revuelto el estómago.

—Dime que no has tenido ganas de darme un buen puñetazo en todo este tiempo.

Como Iván valoraba tanto la sinceridad, me quedé callada y él soltó una carcajada.

—Desahógate, mi reina.

Mis puños volaron, golpeando contra sus palmas lo más fuerte y rápido que pude. Mi mal humor se esfumó. A lo mejor estaba sedienta de sangre, como él había dicho en broma, pero me imaginé que las manos de Iván era el asesino de mi padre y que estaba disparándole en la cara. Cuando Hetty nos interrumpió para recordarme que tenía una cita médica, yo estaba sin aliento.

—Enseguida estará lista.

Miré a Iván, esperanzada.

—¿Te gustaría quedarte? Me van a hacer una ecografía.

Su cara se suavizó y, con suavidad, puso las mismas manos que yo había estado aporreando sobre mi barriguita.

—Desde luego.

La doctora Freeman metió su equipo en la habitación y yo me pregunté, no por primera vez, cómo de raro debía resultarle todo esto. A lo mejor prestaba servicios a todas las esposas de la mafia, o, quizá, a la gente rica que no se molestaba en mezclarse con los enfermos comunes, y estaba acostumbrada a atender en casas particulares. Mi emoción aumentó mientras la miraba preparar la máquina. Estas citas médicas que me asegurarían que el bebé está bien, eran lo mejor de mi existencia. Lo único perfecto en mi nueva y extraña vida era lo mucho que estaba deseando ser mamá. Los únicos momentos en los que me sentía normal y en paz eran cuando hablaba con Lynn de cosas de bebés o cuando leía libros sobre crianza. Todo lo demás estaba en el aire, pero tenía la certeza de que iba a adorar ser madre.

Me tumbé en la camilla que la doctora Freeman traía siempre y me levanté la camiseta para que pudiera ponerme el gel en el estómago. Iván estaba de pie a mi lado, observando el equipo. La doctora Freeman me puso el transductor sobre el estómago y lo movió mientras yo miraba fijamente la pantalla. Contuve la respiración al verla en blanco y sentí cómo el miedo me invadía por dentro. Extendí la mano e Iván me la

sujetó. Ya no miraba con el ceño fruncido la pantalla, sino a la doctora Freeman

Me volvió la respiración de golpe cuando apareció un borrón en movimiento en la pantalla y se me llenaron los ojos de lágrimas al oír el latido rápido y constante a través de los altavoces. Iván me apretó la mano y yo lo miré para ver cómo observaba la imagen de nuestro bebé.

—¿Sabe si es niño o niña ya?

—Aún es un poco pronto —respondió la doctora Freeman mientras movía el transductor para intentar conseguir distintos ángulos—. Quizá en unas cuantas semanas sepamos el sexo.

—Mantengámoslo en secreto —dijo Iván, lo cual me sorprendió—. Lo más importante es que esté sano.

Me alivió oírle decir eso porque, en el fondo, me daba miedo que fuera a decepcionarse si no era un niño. Él siguió mirando fijamente la pantalla con una expresión inescrutable, incluso después de que la doctora Freeman me quitase el transductor. Ella imprimió algunas fotos, me tomó la tensión y recogió todo para irse.

Cuando se fue, Iván se sentó en el sofá y me atrajo a su regazo.

—Dime qué es lo que más deseas, Reina —dijo—. Quiero intentarlo, a pesar de que nada se compara a lo que me estás dando tú.

Era muy conmovedor, pero me invadieron los pensamientos sobre mi padre. Nunca conocería a su nieto, a pesar de que debería estar sano y tan feliz y emocionado como yo. La diversión de la clase de autodefensa y mi alivio por el estado de salud de mi bebé se habían desvanecido. Solo quedaba la misma rabia impotente y el dolor de siempre, que me aplastaba los huesos. Me levanté del regazo de Iván y me fui corriendo al balcón. Apenas me dio tiempo a cerrar la puerta antes de deshacerme en lágrimas.

Iván me siguió poco después. Me agarró por los hombros e intentó que lo mirase, pero yo me aparté y seguí sollozando de forma inconsolable entre mis manos.

—Ah, Reina —dijo. Sonaba tan atormentado como yo—. Por favor, no me pidas que te deje ir. Eres mía, mi dulce reina, y, además, es demasiado peligroso.

Pensaba que estaba llorando porque no podía darme lo que él creía que más deseaba.

—No es eso —respondí, intentando serenarme—. No tiene nada que ver contigo.

—Entonces, dime qué es —me ordenó.

Yo me agarré a la barandilla del balcón y sentí su mano en mi espalda, suave y reconfortante. Pero yo no tenía consuelo. Me giré para mirarlo.

—Hace quince meses, asesinaron a mi padre. Él tenía una ferretería, una tienda pequeña que solo sobrevivía gracias a sus clientes de toda la vida y a que él era muy servicial y sabía mucho sobre cualquier herramienta que pudieras necesitar. Una noche estaba fuera, justo después de cerrar, y alguien le disparó. No le robaron, solo lo mataron. Él era todo lo que tenía...

Dejé de hablar porque me puse a pensar en que tardaron horas en encontrarlo y no pude parar de sollozar. Nadie me tomó en serio cuando llamé a la policía para informar de que aún no había llegado a casa y no respondía al teléfono. Él siempre contestaba mis llamadas. Intenté contarle a Iván que finalmente salí a buscarlo y lo encontré, muerto hacía tiempo sobre un charco de sangre.

—Y aún no han encontrado al asesino. Creo que ni siquiera lo están intentando a estas alturas —terminé, agotada.

Iván me atrajo a sus brazos y me acarició la espalda. Yo me desplomé sobre su pecho fuerte, aceptando su consuelo, y me sentí mejor después de haberme desahogado. Le rodeé la cintura con los brazos y lo sujeté fuerte.

—A mi padre lo asesinaron unos mafiosos, así que entiendo tu pérdida —dijo él lentamente, como si abrirse conmigo fuera tan difícil como intentar abrir un baúl oxidado que llevaba demasiado tiempo en el ático guardado—. Sé lo que es que te lo arrebaten injustamente y sentir rabia ante esa injusticia.

—Esto es lo único que quiero, Iván —le dije—. Que seas dulce y me cuentes las cosas. Es horrible preocuparme sin saber lo que pasa en tu vida.

Él hizo un ruido sordo con el pecho. Cuando aparté la cabeza de su pecho, se inclinó y me besó con ternura.

—Siempre, mi reina. No quiero que te preocupes por mí.

—¿Cómo no voy a preocuparme, si nunca sé lo que estás haciendo? Solo que probablemente sea peligroso.

Él frunció el ceño y asintió con la cabeza.

—A partir de ahora, te contaré lo que pueda.

—Eso significa mucho para mí —Suspiré, y me puse de puntillas para volver a besarlo.

El beso subió de temperatura y me agarré más fuerte a él mientras sus manos bajaban por mi espalda. Eso era lo que necesitaba. Hacía demasiado tiempo desde la última vez.

Él se apartó con una mirada de disculpa.

—Siento dejarte ahora. Me gustaría quedarme, créeme, pero tengo una reunión con la familia Balakin para hablar sobre la infracción de nuestra tregua.

Me sorprendió que me lo contara en lugar de salir pitando. Le agarré la cara y lo volví a besar.

—Ven a buscarme en cuanto vuelvas —le dije con urgencia. No me daba vergüenza admitir lo mucho que lo necesitaba ni desnudar mi alma ante él de esa forma.

—En cuanto vuelva —me prometió, con una mirada que me derritió las bragas.

Cuando se fue, di vueltas por mi sala de estar y pensé que habría sido mejor permanecer en la ignorancia. Nunca me había preocupado tanto por él cuando no sabía a dónde iba. O quizá fuera porque, de repente, la idea de perderlo se había vuelto insoportable.

Capítulo 14 - Iván

Me reuní con Aleksei en un bar que quedaba a medio camino entre mi discoteca y el hotel por donde actuaban los Balakin. Quería que fuera terreno neutral y esperaba que la cantidad de testigos inocentes que había en el bar mantuviese las cosas civilizadas. No me fiaba de Sergey ni del comodín de su hijo, pero en general no me fiaba de mucha gente. Mi hermano pequeño, Yuri, se había hartado y nos había dicho que lo llamásemos cuandouviésemos dudas fiscales, y no quería aquí a Nikolai porque me daba miedo que el incivilizado fuera él.

Durante toda la reunión, Sergey me aseguró que tenía a su hijo bajo control, pero yo mantuve los puños apretados sobre mi regazo, recordando la forma en que se había burlado de mi mujer. Sin embargo, no podía explicar lo grave que era la ofensa sin admitir que Reina era mi mujer y ponerle una diana aún más grande en la espalda, así que asentí y acepté sus disculpas. Negociamos un nuevo trato que era mayormente aceptable para ambos y para Aleksei y yo me quedé cuando Sergey se fue.

Cuando el camarero dejó la botella de vodka sobre la mesa, nos serví a ambos una buena cantidad. Brindamos con nuestros vasos de chupito y nos bebimos el alcohol de un trago rápido, ambos satisfechos de que la reunión hubiera terminado y hubiera ido relativamente bien. Ninguno de los dos estaba encantado, pero esa era la naturaleza de ceder y, ya que habíamos acordado no eliminarlos de la faz de la tierra, ellos tenían que acceder a dejar de meterse en nuestros asuntos.

Aleksei puso cara de asco al probar el vodka barato.

—Deberíamos volver a tu local, ahí tienes el bueno que nos trajimos de casa.

Yo me reí disimuladamente.

—Cuando vinimos aquí, yo tenía diez años, y tú, ocho. Esta es nuestra casa, Aleks. ¿Cuál es tu opinión sincera sobre esta estupidez con los Balakin?

Él se sirvió otro chupito de la aguachirle y se encogió de hombros.

—Creo que es solo eso, una estupidez, pero me he cansado de matar. Solo quiero ganar dinero a mansalva y encontrar una esposa, como tú. ¿Qué se siente al tener alguien en casa todas las noches que te apoya y con quien puedes contar?

Yo enarqué las cejas al oírle decir eso.

—¿Estás diciendo que quieres sentar la cabeza?

Mi hermano pequeño tenía a una mujer distinta cada noche de la semana. Las que no conocían su reputación se sentían atraídas por su físico y, las que sí, querían un poco de su dinero y poder. Entendía por qué quería poder contar con alguien. Después de todo, yo no echaba de menos mi antigua vida en absoluto. Ojalá estuviera totalmente seguro de poder contar con Reina... A veces parecía que le importaba, como cuando se preocupó cuando vine a esta reunión, pero ¿se quedaría si le devolviera su libertad? ¿O se iría más rápido que un conejo asustado?

—Quizá en uno o dos años, o en cinco —respondió él, sonriendo cuando la guapa camarera pelirroja volvió para ver si queríamos algo más.

Le dejé el coqueteo a él, yo quería salir de ese bar oscuro. Le había prometido a Reina que volvería a casa en cuanto pudiera y, ahora que las tensiones relativas a la tregua se habían atenuado, podía fantasear con lo que quería hacerle cuando llegase a casa. Le dije a mi chófer que me recogiese al final de la manzana, ya que había una joyería un poco más abajo en esa calle. Me había afectado la historia de su padre y quería hacer cualquier cosa para distraerla. Estaba tan guapa cuando se puso la pulsera de esmeraldas que elegí para ella en

nuestra cita fallida que decidí comprarle unos pendientes a juego.

Una vez en la tienda, di vueltas alrededor de los anillos de compromiso. El que llevaba ahora lo escogí a prisa y se lo puse en el dedo de mala manera, y no tenía ni idea de si le gustaba o no, pero ella sabía que tendría que enfrentarse a mi ira si se lo quitaba. Mientras esperaba a que el joyero trajese su selección de antigüedades de la caja fuerte, escribí algunos mensajes a mis contactos en el medio oeste. No tenía muchas esperanzas porque sabía que el crimen aleatorio era una triste realidad, pero, si había algo que pudiera hacer para tranquilizarla sobre el caso de su padre, lo haría.

—Estas deberían satisfacer muy bien sus necesidades, señor Morozov. —El joyero volvió con varias piezas de oro y esmeraldas sobre un cojín de terciopelo y me explicó su valor y proveniencia.

Había un par de pendientes de esmeraldas y perlas de ochenta años de antigüedad con un collar a juego. Yo me los imaginé sobre la piel clara de mi mujer y los compré, lo cual hizo muy feliz al dueño de la tienda. Solo esperaba que la sonrisa de Reina fuese tan grande como la suya, y no podía esperar a ponérselas sobre su piel suave con ella desnuda en la cama.

Cuando salí, me fijé que en la acera de enfrente había una tienda de ropa de niños y fui hasta allí a toda prisa porque pensé que un par de zapatitos de bebé la harían sonreír sin duda. Cualquiera de mis hermanos habría puesto los ojos en blanco al ver lo deseoso que estaba de complacerla, y con razón. Mi reinita me estaba volviendo ridículamente blando. Sí, tenía que ser eso; además sentí un tirón cálido en el pecho en cuanto estuve rodeado de la diminuta ropa de bebé. Estaba deseando tener a mi heredero entre mis brazos.

En cuanto tuve ambas manos llenas de conjuntitos, mi teléfono empezó a vibrar de forma muy molesta en mi bolsillo. Me puse la ropa debajo del brazo para ver quién me estaba

fastidiando y se me cayó al suelo cuando vi que era el número de la seguridad de mi casa.

—¿Qué pasa? —Salí fuera, olvidando por completo la idea de comprar ropa de bebé. Si me llamaban, era por algo. Se me encogió el corazón al oír unos gritos de fondo y corrí hasta mi coche. Pero no era la voz de Reina: era Hetty, su asistente. Estaba histérica y yo apenas podía oír lo que me estaba diciendo el jefe de seguridad—. ¿Puedes hacer que se calle? —rugí—. No te oigo.

—Vuelva a casa, señor —gritó él sobre los chillidos que se oían de fondo.

Saqué a mi chófer del asiento del conductor de un tirón y le dije que podía sentarse atrás o volver a la casa por su cuenta. Era imposible que él pudiera llevarme lo suficientemente rápido. Toqué el claxon y me salté todos los semáforos en rojo, pisando el acelerador a fondo. Aun así, parecía que iba a cámara lenta. ¿Qué había disgustado tanto a la asistente de Reina? Al fin, derrapé frente a mi casa, salté del coche antes de que se detuviese del todo y dejé que el pobre chófer diese tumbos hasta el asiento delantero e intentara que no se estrellase contra la fuente. En el piso de arriba, el jefe de seguridad y varios de sus hombres estaban registrando las habitaciones. Encontré a Hetty hecha un ovillo en el suelo de la sala de estar de Reina, tirándose de la ropa y sollozando sin control.

Sangre. Había sangre en el suelo, un rastro que llevaba hasta el balcón.

—¡Reina! —grité—. Con un grito como ese no se atrevería a desafiarme, tendría que venir enseguida.

Hetty señaló con una mano temblorosa el balcón, uno de los lugares favoritos de Reina para sentarse y mirar el agua. Fui corriendo hasta allí y vi más manchas rojas sobre la barandilla de mármol. Todo se quedó en silencio. Apenas podía ver, u oír, o moverme. Había visto el resultado de la violencia muchas veces, pero esto era diferente.

El jefe de seguridad llegó hasta mí y todo volvió a la normalidad de golpe.

—¿Dónde está Reina? —alargué el brazo para sacudirlo. Parecía que estaba a punto de vomitar. Inútil—. ¿Dónde está Maksim, si tú no puedes responderme?

Él pasó por mi lado y señaló el borde del balcón.

—Maksim está muerto, señor.

No podía creérmelo. Lo había elegido para proteger a Reina porque era duro y fuerte como yo, y confiaba en él tanto como en cualquiera de mis hermanos. Miré hacia el lado y lo vi medio colgando de la jardinera de cemento donde estaban las Strelitzias. Tenía la garganta abierta, como la sonrisa de una calabaza de Halloween.

—Reina. —Di un grito ahogado. No quería saberlo.

—No la encontramos, señor.

Lo fulminé con la mirada para que me dijera la verdad, para que admitiera que estaba mintiendo, y volví a mirar por el balcón, esperando que Maksim saltase dentro y me dijera que todo era una broma muy mala. Pero Maksim no se movió. Estaba muerto, y ahora Reina no estaba.

Capítulo 15 - Reina

Estaba leyendo un libro en el balcón, probablemente el décimo de esta semana, haciendo tiempo hasta que pudiera hablar por teléfono con Lynn o hasta que Iván regresara, lo que ocurriese primero. No estaba tan triste como por la mañana y, aunque me gustaría tener al menos la libertad de vagar por la propiedad a mis anchas, estaba contenta de que por fin Iván me hubiera dicho a dónde iba y no me tratase solo como un objeto sexual. Eso era un avance, ¿no?

Dejé el libro y cerré los ojos, soñando despierta con ideas para cuando Iván volviera. Siendo sincera, no me disgustaba del todo la parte del objeto sexual de nuestra extraña relación. Mi ensoñación se estaba volviendo bastante picante cuando me sobresaltó un golpe fuerte bajo el balcón. En cuanto abrí los ojos, un gran garfio de metal voló sobre la barandilla y, unos segundos después, dos hombres vestidos con ropa militar color caqui y máscaras que les cubrían la mayor parte del rostro treparon por el lado.

Solté un chillido estridente cuando uno de ellos me golpeó contra la pared.

—Será mejor para ti que no te resistas —dijo de forma amenazante.

Solo podía verle los ojos, de color azul grisáceo y llenos de malicia, pero habría reconocido la chulería de esa voz de niño arrogante que oí en la playa en cualquier parte. Anton. Su compañero irrumpió por la puerta hasta la sala de estar y oí a Hetty gritar pidiendo ayuda y después un golpe. La idea de que le estuvieran haciendo daño a la pobre Hetty porque tenía la desgracia de trabajar para mí me cabreó lo suficiente para hacerme olvidar lo asustada que estaba. Levanté la rodilla bruscamente y le di en la entrepierna. Después, usé el puño como había practicado con Iván y le golpeé la mejilla con la fuerza suficiente para echarle la

cabeza hacia atrás mientras gemía de dolor por la herida de la entrepierna.

Hablando de dolor, Iván hablaba en serio cuando me dijo que dolía mucho más pegarle a alguien en la cara que a él en las palmas de las manos. Temía haberme roto la mano. Le di otra patada, esta vez en la espinilla, y lo aparté de un empujón para entrar en la casa. No había dado dos pasos cuando Maksim entró de golpe en mi habitación con la pistola en alto y vi cómo el otro tío, que se había escondido junto a la puerta, lo golpeaba en la cabeza con una pesada urna de cobre.

—¡Cobarde! —le grité, y me incliné para embestirlo como un toro.

Para entonces yo estaba improvisando, medio muerta de miedo y cabreada de cojones. Solo pude dar un par de pasos antes de que Anton me agarrase del pelo y me tirase hacia atrás. Me caí al suelo y vi su pie acercándose a mí. Me aterrorizó pensar que me iba a patear el estómago y me hice un ovillo para proteger al bebé. Él pensó que había terminado conmigo y fue a ayudar con Maksim, quien sacudía la cabeza y se tambaleaba para intentar derribar al que lo había golpeado con la urna. Hetty vino corriendo a mi lado y me arrastró con ella a la habitación.

—Los encerraremos fuera y llamaremos al señor Morozov —dijo, ayudándome a levantarme—. Los de seguridad están en camino, solo tenemos que escondernos.

Mientras tiraba de mí hacia la habitación, vi que Maksim había vuelto a agarrar su pistola y pensé que todo terminaría pronto y yo no tendría que esconderme. Estaba tan enfadada que me daba igual si los sesos de esos cabrones terminaban esparcidos sobre mi sofá de cuero color crema. De hecho, esperaba que eso ocurriera.

—¡Maksim, cuidado! —grité horrorizada al ver que el que estaba a sus espaldas sacaba un cuchillo tan largo que casi parecía la espada de un pirata.

Con un movimiento suave y seguro, le rajó la garganta a mi guardaespaldas y, mientras Maksim gorgoteaba y se agarraba el cuello para intentar cortar la hemorragia, el horrible hombre enmascarado lo empujó a través de la habitación hacia el balcón. Yo me quedé congelada de terror mientras veía cómo terminaba de empujar a Maksim sobre la barandilla. Un segundo después, un ruido fuerte me sacó de mi estupor: solo podía ser el de su cuerpo sin vida cayendo sobre la terraza.

Hetty y yo nos miramos a los ojos y corrimos hasta la habitación. ¿Dónde demonios estaban los de seguridad? Hetty abrió la puerta de un tirón e intentó empujarme dentro antes que ella, pero, en ese momento, un gran brazo me envolvió el cuello y me pusieron un trapo húmedo y de olor dulzón sobre la nariz y la boca. Intenté agarrar a Hetty, pero me estaban arrastrando hacia atrás, alejándome de ella. El cuchillo enorme le pasó por el lado y no le alcanzó la cara por un par de centímetros. Ella gritó y se alejó y eso es lo último que recuerdo antes de que todo se volviera borroso y, después, completamente negro.

Me desperté en algún lugar oscuro y húmedo, sintiéndome rígida y dolorida y con un intenso dolor de cabeza. Intenté estirar un poco la espalda y me di cuenta de que no podía mover los brazos en absoluto. Los tenía encajados a mi espalda, atados a una barra que se me clavaba en la columna. No podría soltarme por mucho que tirase o me moviese. El pánico amenazó con salir a la superficie, pero yo lo reprimí. Cuanto más rato pasaba con los ojos abiertos, mejor veía. El lugar no estaba completamente a oscuras: había unas pequeñas ventanas rectangulares arriba, en las paredes, que dejaban pasar la luz. No parecía luz solar, sino más bien luz de farolas. Yo estaba sentada sobre un suelo de cemento y mis manos tenían un poco de margen de maniobra, lo justo

para ponerme un poco más cómoda. Mis piernas sobresalían frente a mí y por suerte estaban libres, así que, si se presentaba la oportunidad, podría darle una patada a alguien si se acercaba lo suficiente.

Seguramente estaba en un sótano, a juzgar por las ventanas altas y porque el lugar estaba completamente vacío. Si estiraba el cuello, podía ver lo que parecía ser el pasamanos de unas escaleras. Observar el lugar de forma calmada en vez de ponerme histérica me ayudó así que pensé en ordenar todos los hechos de mi situación.

Ya sabía quién me había secuestrado, el estúpido hijo del rival de Iván. Debía ser una venganza contra Iván por haberlo humillado, o, quizá, su padre quisiera echarle un pulso. De cualquier forma, las cosas no iban a terminar bien para mí. Flexioné las piernas contra el estómago e intenté no llorar. Hasta ahí llegó mi calma. Eso sí era una auténtica prisión, no como mi preciosa suite en la mansión. Cerré los ojos con fuerza y deseé volver a estar allí, pero di un grito ahogado al recordar que seguramente Maksim estuviera muerto, y quizá Hetty también.

Necesité varias respiraciones profundas y calmadas para tranquilizarme. No quería vomitar porque tenía que permanecer sentada. Intenté gritar, pero mi voz resonó en la habitación grande y vacía y nadie respondió. Me quedé en silencio e intenté no pensar en nada. Un rato después, unos pasos en la escalera me sacaron de mi trance inducido por el miedo. Volví a tirar de mis ataduras e hice un gesto de dolor por las llagas que se me estaban formando en las muñecas. Después, me quedé muy quieta cuando los pasos se detuvieron al final de la escalera.

—¡Aún podéis salvar vuestras miserables vidas si me soltáis! —grité, satisfecha de sonar más valiente de lo que me sentía—. Eres tú, ¿no, Anton?

El silencio era inquietante, pero fue aún peor cuando salió de las sombras y se quitó la máscara.

—Entonces ya no necesito esto —dijo, tirándola a un lado.

Se detuvo frente a mí y echó el pie hacia atrás para darme una patada en el muslo. Me dolió, pero gracias a mis kilitos de más no me hizo mucho daño y pude mirarlo de forma desafiante. Tenía la cara llena de cortes y moratones, lo cual me hizo sonreír. No era justicia para Maksim, pero me gustó pensar que ese gilipollas había pagado por algo de lo que había hecho.

—Te va a hacer sufrir antes de matarte —le dije— y no parece que necesites más moratones.

Él se pasó una mano por la cara.

—¿Esto? Fue solo un paripé. Apenas lo sentí.

—Lo vas a sentir cuando te lo haga Iván.

Él se agachó para mirarme lascivamente y me agarró la barbilla con fuerza cuando yo intenté apartarme.

—No sé por qué eres tan importante para el rey Morozov, pero debes serlo. —Me apartó el hombro a un lado de un empujón y me arrancó los anillos de los dedos. Los puso tan cerca de mi cara que se me trabaron los ojos—. ¿Estas baratijas son para que te abras de piernas sin quejarte demasiado?

Le di una patada y un cabezazo en el puente de la nariz. Él gritó y me dio un manotazo en la frente que me estampó la cabeza contra la pared de ladrillo que tenía a mis espaldas. Por un segundo, vi las estrellas.

—Yo te voy a hacer sufrir antes de que él te mate —le dije, cambiando mi amenaza y deseando poder hacer desaparecer el dolor que afloraba en mi nuca.

Él se levantó y se paseó por la habitación.

—No eres su mujer, eso está claro. No puedes serlo. No ha habido boda anunciada a bombo y platillo. Entonces, ¿por qué tanta molestia? —Hablaba solo mientras manoseaba mis anillos y luego se los guardó en el bolsillo. Intenté darle otra

patada, pero estaba fuera de mi alcance y mi furia de desperdició. Se detuvo, sacudió la cabeza en mi dirección y se agachó tan rápido que me quedé sin respiración y sin mi última pizca de coraje. Sus ojos estaban oscurecidos por el odio y los tenía a centímetros de mi cara. Me agarró por el cuello y apretó.

—¿Quién eres? —Siguió apretando hasta que empecé a ver puntitos negros. Me soltó tan rápido como me había agarrado y me dedicó otra sonrisa burlona—. Supongo que lo sabremos pronto si muerde el anzuelo y viene a por ti.

Entré en pánico y forcejeé con las ataduras de mis muñecas mientras él se iba, murmurándole algo al hombre silencioso que esperaba al final de la escalera y burlándose de mí. Su siniestra amenaza me hizo olvidarme de mis anillos e incluso de mi dolor de cabeza mientras luchaba por recuperar el aliento. Me hice un ovillo lo mejor que pude y me quedé mirando la tenue luz que entraba por la ventana. No sabía qué esperar.

Si Iván venía a por mí, caería de lleno en su trampa y podría terminar herido, o algo peor. No podía pensar en lo peor pero, si no venía, ¿qué sería de mí y del bebé?

—Oh, Iván —lloriqueé. Me hundí en la desesperación mientras las luces del exterior se desvanecían, dejándome en la más absoluta oscuridad.

Capítulo 16 - Iván

Todos y cada uno de los miembros de seguridad pusieron la casa y los terrenos patas arriba mientras yo buscaba de forma frenética con Dmitri. Mis hermanos estaban o de camino o investigando lo que podía haber ocurrido. Eran los únicos en los que confiaba mínimamente en este momento, porque me costaba creer que alguien se hubiera infiltrado tan fácilmente en mi casa y se hubiera llevado a mi mujer delante de mis narices.

Cada vez que pasaba al lado de un empleado de la casa mientras buscaba bajo las camas y en los armarios, me preguntaba si esa sería la persona que me había traicionado. ¿Y a quién, y por cuánto? ¿Cuánto valía mi reina?

—No está aquí, Iván —dijo Dmitri volviendo de la parte trasera para reunirse conmigo en la cocina.

El chef y la ama de llaves estaban sentados en los taburetes junto a la isla de la cocina y parecían preocupados y confusos. Eran los únicos trabajadores permanentes de la casa aparte de los de seguridad y les había ordenado que se quedaran quietos, haciéndoles creer que aún podía haber alguien en la propiedad. Hasta donde yo sabía cuando les grité la orden, era cierto. Rezaba para que fuera cierto, porque eso significaría que Reina seguía aquí con su captor y yo podría arrancarle la cabeza antes de devolverla a mis brazos de forma segura.

—¿Habéis buscado en el cobertizo? —le solté a Dmitri—. ¿Y en el invernadero? —. Empecé a abrirme camino junto a él, pero él me puso la mano en el hombro.

—No está aquí —repitió.

Yo le di un puñetazo a la mesa de granito que hizo dar un salto al chef y a la ama de llaves. Los rodeé y volví a exigirles que me contasen si habían visto u oído algo fuera de lo normal cuando yo me fui. Algo, cualquier cosa.

Negaron con la cabeza. El ama de llaves, una mujer que llevaba diez años a mi servicio, empezó a llorar.

—¿Y tus chicas? —pregunté. Tenía ayudantes que venían de forma regular para hacer las tareas menores.

—No vienen hasta el jueves. Señor Morozov, siento mucho lo de su invitada.

Yo volví a golpear la encimera y salí de la cocina dando zancadas con Dmitri detrás. El hecho de que pensasen que Reina era solamente una invitada me desgarraba el corazón hasta el punto de que apenas podía permanecer en pie, pero ahora no tenía tiempo para machacarme. Ya habría tiempo de arreglarlo todo cuando encontrásemos a Reina. Y la íbamos a encontrar.

Pero ¿estaría a salvo? ¿Estaría viva? Si nadie sabía que era mi mujer, no podían saber que estaba embarazada. El miedo por mi hijo casi me hizo doblarme por la mitad.

Nuestro hijo. Quería que volvieran los dos. Por suerte, la rabia venció al miedo y el dolor que amenazaban con derrumbarme.

—Tienen que haber recibido ayuda interna —dije.

Dmitri asintió.

—Estoy de acuerdo. ¿De quién sospechas?

—¡De todo el mundo! —rugí.

Encontré al jefe de seguridad y le ordené detener la búsqueda y mandar a sus hombres a que me informasen. Unos minutos después, los cuatro estaban en fila frente a mí.

—¿Cómo ha ocurrido esto? —les grité—. ¿Cómo ha podido alguien pasearse por los terrenos, matar a mi primo y llevarse a...?

Me detuve abruptamente, esperando su respuesta. Esperando a ver qué confesaban, y si alguno de ellos metía la pata y sabía más de lo que debería. Ni siquiera Dmitri o

Maksim sabían que me había casado. Solo mis hermanos, y no me había vuelto tan loco como para sospechar de ellos. Aún.

Uno de los guardas de seguridad había estado vigilando el muro trasero y no había visto nada. ¿Significaba eso que habían entrado tranquilamente por la puerta delantera? El hombre que tenía que haber vigilado la parte frontal había estado trabajando en las grabaciones de las cámaras de seguridad, que habían sido diseccionadas en los últimos días. El otro estaba revisando manualmente las cámaras que había por todas partes y había estado en el tejado sobre la puerta delantera.

—Entonces, ¿no hay nada en las cintas?

Negaron con la cabeza de forma sombría y eso me robó mi última chispa de esperanza de encontrar una pista.

Rodeé al jefe.

—¿Y dónde estabas tú mientras tanto?

—Yo, eh, estaba fuera, al lado de la carretera, señor. Caminando por el sendero.

Se tardaba cinco minutos en caminar hasta la carretera principal.

—¿Revisando las cámaras externas?

Sus ojos brillaron, como si fuera a aprovechar esa sugerencia. Cuando asintió, supe que estaba mintiendo. Le agarré por la garganta y apreté. Ninguno de sus hombres intentó ayudarlo. Eran más inteligentes que eso.

—¿Qué estabas haciendo tan lejos de la casa?

Él cerró los ojos y suspiró, y entonces lo olí.

—Fumando —admitió.

Lo aparté de un empujón, asqueado. ¿Era pura incompetencia o de verdad tenían malicia? ¿Le pagaba por estar lejos de la casa? Estaba tan frustrado que tenía ganas de aplastar cabezas, pero no podía empezar a matar gente sin motivo. No cuando quizá necesitase sacarles más información.

—Ve a tu despacho y quédate ahí hasta que te necesite —grité.

Tres de ellos salieron escopeteados como ratones asustados, pero el jefe se quedó.

—¿Deberíamos avistar a la policía? —preguntó.

Le di un puñetazo en la cara y salí a grandes zancadas de la habitación. Dmitri me pisaba los talones.

—Vigila a todo el mundo —le dije. Quería estar solo un rato—. Tengo que hacer unas llamadas.

Cuando se fue, me encerré en mi despacho e hice una videollamada con Sergey Balakin. En cuanto su cara apareció en la pantalla, yo rugí.

—¿Dónde la tienes?

Él abrió mucho los ojos.

—¿A quién, Iván? ¿De qué estás hablando?

Parecía genuinamente confuso y sorprendido por mi ira.

—Alguien ha invadido mi casa y ha secuestrado a una invitada, una invitada a la que más vale que no hayan hecho ningún daño.

Él sacudió la cabeza y frunció el entrecejo. Giró la cara y gritó que alguien encontrase a su hijo.

—Voy a investigar esto —dijo—. No te precipites.

—Más te vale encontrarlo antes de que lo haga yo —le advertí, y terminé la llamada.

O era un buen actor o de verdad no tenía nada que ver con esto, pero eso no significaba que el tonto de su hijo no estuviera implicado. Llamé a Aleksei para que me contase novedades y me dijo que tenía oídos por toda la ciudad. Empecé a llamar a Nikolai, pero me temblaba tanto la mano que tiré el teléfono contra mi escritorio. Solo pensar en lo asustada que debía estar Reina me hizo hundirme en una silla

y sujetarme la cabeza con las manos. Recé para que estuviera bien; era la primera vez que le suplicaba a Dios desde que era un niño. También me juré que, si le ocurría algo, reduciría la ciudad a cenizas hasta encontrar al culpable.

Llamaron a la puerta con un golpe seco y yo me puse de pie, invitándole a la persona a entrar. Era Nikolai, arrastrando a un hombre por el brazo. Yo hice memoria para intentar ponerle nombre a esa cara aterrorizada.

—¿Reynaldo? —pregunté.

Nikolai le dio un empujón al hombre para que quedase en pie frente a mí. Este mantuvo la mirada en el suelo.

—Exacto —respondió mi hermano—. No es ruso, pero pensé que se podía confiar en él. Lleva en mi equipo unos cinco años.

—¿Tienes noticias para mí?

—Sé quién es el topo —lloriqueó él sin mirarme a los ojos—. Me acabo de enterar, lo juro. Se lo iba a contar a Nikolai en cuanto volviera de su reunión.

Yo miré a Nikolai, que se encogió de hombros.

—Yo no estoy muy seguro de eso, porque nuestro amigo Reynaldo se compró un nuevo coche de lujo la semana pasada. Se salía bastante de su presupuesto, por eso empecé a vigilarlo.

Le di un empujón en el pecho que hizo que se tambalease hacia atrás. Nikolai lo enderezó y yo le di tres puñetazos rápidos en la cara.

—¿Qué sabes? —le pregunté.

Él sacudió la cabeza y lo llenó todo de gotitas de sangre. Pensé en la sangre de Maksim en el piso de arriba y volví a levantar el puño. Él se encogió.

—Puedo decirle quién es el topo, pero le juro que yo no tengo nada que ver. No sé dónde...

Se paró y yo desvié la mirada rápidamente. Nikolai negó con la cabeza de forma sutil.

—Lo único que debería saber es que han entrado en su casa —me dijo.

Lo cual significaba que no debería tener ni idea de que habían secuestrado a alguien, y menos a mi reina.

—Reúne a su familia —ordené.

Reynaldo cayó de rodillas y sus lágrimas se mezclaron con la sangre que le goteaba por la cara.

—No, por favor —gritó—. Por favor, no meta a mi familia en esto y le contaré todo. Sé que mi vida ha terminado.

Yo me quedé mirándolo fijamente y suspiré mientras esperaba a que se le pasase la histeria.

—Eso lo juzgaré yo cuando recupere lo que es mío.

Nikolai lo levantó de un tirón y lo empujó hasta una silla mientras yo me cruzaba de brazos y esperaba con impaciencia información que me resultara útil para encontrar a mi mujer.

Capítulo 17 - Reina

Me desperté en la misma postura lamentable. No estaba segura de cuánto tiempo había pasado, pero la luz seguía colándose por las ventanas pequeñas y mugrientas. Al menos no estaba en completa oscuridad, pero eso no era gran cosa. Una vez más, intenté desatarme, pero las cuerdas me rasparon aún más las muñecas. Intenté ponerme de pie usando la barra a la que estaba atada, pero terminé torciéndome el tobillo de forma muy dolorosa y volví a sentarme con un golpe seco en el suelo polvoriento. Era difícil no sucumbir a la desesperanza y, para rematar, me rugía el estómago y después me entraban náuseas. Habría matado por una galleta salada.

Daba igual en lo que pensase para distraerme y no venirme abajo, solo lo empeoraba. Pensar en las galletas me hizo pensar en las exquisitas comidas que me daban en casa de Iván. Luego pensé en Iván, alternando entre echarlo de menos, querer gritarle y preocuparme por él si me encontraba. Y preocuparme por mí si no me encontraba.

Mi cerebro frenó en seco, paralizado de miedo, cuando oí unos pasos en las escaleras. Durante un glorioso segundo, pensé que quizá fueran Iván y sus hombres que venían a sacarme de esta pesadilla, pero solo eran Anton y algunos de sus compinches. Con solo una mirada a la sonrisa burlona de Anton, tuve la abrumadora certeza de que estaba a punto de morir.

Una rabia profunda borró toda la tristeza y el miedo que sentía ante ese hecho. Gran parte de esa rabia iba dirigida hacia Anton por ser la clase de persona que mataría a una mujer embarazada en un sótano solo porque le hubieran echado la bronca por ser un niño asqueroso. Una buena parte de la rabia era para Iván, por obligarme a casarme con él y tratarme como si fuera de su propiedad, algo que sus enemigos podían robar y pasarse de mano en mano.

Más que nada, estaba cabreada conmigo misma. Debería haberme esforzado más en intentar escapar cuando estuve a salvo en la mansión y Maksim apenas me prestaba atención. ¿Por qué no me escabullí cuando tuve la oportunidad? Lloriqueaba y me quejaba de estar en una prisión, pero esto sí que era una prisión de verdad, no la mansión. En el fondo, me gustaba el lujo y me encantaban las atenciones de Iván. Ahora era demasiado tarde e iba a morir como Maksim, o de forma más lenta, ya que me había burlado del chaval pedante.

Al menos podría volver a ver a mi padre cuando todo terminase. Cerré los ojos con fuerza para evitar que se me saltasen las lágrimas cuando tuve remordimientos por el bebé. Si no hubiera sido tan estúpida, le habría dado la oportunidad de vivir.

Abrí los ojos cuando los pasos se detuvieron frente a mí y levanté la mirada hacia Anton. Había dos hombres a sus espaldas, de pie a solo unos metros de él, y uno de ellos sujetaba un bate de béisbol de forma amenazante. De repente, mi mente volvió a la escena en el cobertizo de Iván y al daño que ese bate le hizo al tipo que estaban interrogando. Pero, ¿qué información podían esperar sacarme a mí? Apenas sabía nada de los asuntos de mi marido. Ni siquiera sabía su segundo nombre.

Tuve que usar toda mi concentración para no ponerme a llorar o a suplicar por mi vida, o admitir que estaba embarazada e implorar por el bebé. Sabía qué clase de personas eran. Yo estaba casada con alguien así. Al menos me iría con el orgullo intacto y me negaba a darles más munición que pudieran usar en contra de Iván. Solté una risita al darme cuenta de que aún me importaba lo que pudiera pasarle y, al mismo tiempo, quería darle un guantazo si alguna vez volvía a verlo.

«Oh, Iván».

Anton se inclinó y volvió a acercarse demasiado a mi cara.

—¿Qué tiene tanta gracia? —preguntó.

Yo simplemente lo miré hasta que al final se encogió de hombros y se alejó. Punto para mí. Él abrió una navaja de bolsillo y volvió a agacharse y se me cortó la respiración. Era el fin, entonces. Al final, Anton había ganado. Se acercó más a mí y arrastró la punta de la hoja por mi mejilla. La punta se clavó debajo de mi mandíbula y yo cerré los ojos, esperando la explosión de dolor que terminaría con mi vida. Él se rio y, en vez de apuñalarme en la yugular, lo cual al menos habría sido rápido, continuó deslizando la navaja por mi cuello hasta cortar mi camiseta. Yo empecé a temblar, temiendo por el dolor cuando al fin encontró el lugar donde hacer el primer corte, pero únicamente cortó las cuerdas que me ataban las muñecas y me levantó de un tirón. Seguía viva. De momento. A mis piernas les costó acostumbrarse a estar erguidas después de tanto tiempo y luché por seguirle el ritmo mientras me arrastraba a través del sótano y escaleras arriba tras sus secuaces.

Me metió de un empujón en una habitación bien iluminada que daba aún más miedo que el sótano vacío y oscuro. Parecía algún tipo de despacho, pero todo estaba cubierto por fundas de plástico, decorado para que fuera más fácil ocultar las pruebas de un asesinato. Hasta la única ventana que había estaba tapada con plástico. Desde luego, no quería tener que limpiar sangre. Me sentó a la fuerza en una silla y el pesado forro de plástico crujió cuando toqué el asiento. Sin dejar de mirar a sus hombres, se paseó de un lado a otro frente a mí.

—Pareces nervioso —me burlé, sin que nada me importase ya. Por Dios, estaba en un matadero. Llegados a este punto, mi única esperanza era ganar tiempo. Y la satisfacción de ponerlo tan furioso como lo estaba yo—. La verdad, deberías estarlo, Anton. Iván lo sabe todo y es solo cuestión de tiempo que recibas tu merecido por haberme secuestrado.

Eran palabras vacías, pero mi voz sonó valiente. Anton empezó a sudar mientras continuaba paseándose por la pequeña habitación. Si estuviésemos los dos solos, sin los

otros dos cachas con armas... De verdad creía estar lo suficientemente cabreada como para tener posibilidades en una pelea con Anton.

Tocaron suavemente a la puerta, uno de esos tontos golpes rítmicos que usan los niños en sus clubs secretos. Anton miró sorprendido a la puerta, era evidente que no esperaba a nadie. Los otros dos hombres se pusieron rígidos; uno apuntó con la pistola y el otro levantó el bate de béisbol.

—¿Quién coño es? —preguntó Anton mirando la puerta.

Justo después, sonó una explosión de cristales rotos y un hombre entró por la ventana que había a mi lado, desgarrando la lámina de plástico. Yo estaba demasiado asombrada y feliz de ver a mi marido como para pronunciar su nombre. Me había encontrado de verdad, lo que dije no habían sido amenazas vacías. No sabía cómo, pero me había encontrado. Me di cuenta de que había sido tan descarada porque, en el fondo, nunca dudé de que lo haría. Iván aterrizó en el suelo con tanta elegancia como un gato y levantó su arma.

Antes de que los hombres de Anton pudieran girarse, los mató con dos disparos rápidos y certeros. Otro hombre abrió la puerta de una patada, apuntando a Anton con su arma, mientras sus hombres se desplomaban con agujeros sangrantes en la cabeza. Menos mal que había todo ese plástico. Iván se giró para apuntar a su joven archienemigo con su arma.

—Se acabó —dijo. Su voz era tan fría como el hielo, pero lo más dulce que yo había oído nunca.

—Y una mierda —murmuró Anton.

Al ver dos armas apuntando hacia él, entró en pánico. Dio un salto, me agarró por la camisa y me sujetó frente a él. Su brazo se enroscó alrededor de mi cuello y apretó igual que una pitón. Con la mano que tenía libre, abrió la navaja de un golpe y la presionó contra mi cuello.

—La mataré —dijo, retrocediendo hacia la puerta. Pasó por encima del cadáver de uno de sus hombres y me arrastró

con él—. Bajad las armas u os juro que la descuartizo.

Mientras me arrastraba hacia atrás, mis ojos se encontraron con los de Iván. Lo pude leer todo en esa tormentosa mirada azul. Había un manantial de promesas bajo la fría furia dirigida a Anton. Yo asentí ligeramente con la cabeza, sabiendo que podía confiar en él hasta los confines de la tierra. Él asintió a su vez de forma casi imperceptible y yo cerré los ojos.

Hubo un ruido ensordecedor y Anton aflojó el agarre. Empezó a caerse y su peso muerto me arrastró con él. Antes de que se desplomase por completo sobre mí, unas manos fuertes me liberaron y me acercaron a un cuerpo que conocía muy bien. Enterré la cara en el pecho de Iván mientras él me agarraba el pelo y me susurraba palabras bonitas, intentando consolarme.

Envío al otro hombre a asegurarse de que el resto del edificio estuviera seguro y a decirles lo que pasaba a los que seguían fuera. Yo lo rodeé con los brazos y me aferré a él mientras me sacaba de esa sala de plástico que, después de todo, había presenciado una muerte. Solo que, gracias a Iván, no había sido la mía.

En cuanto estuvimos fuera, bajo la luz del sol, tiré de su cabeza hacia abajo para besarlo apasionadamente y, después, lo aparté de un empujón y lo abofeteé con fuerza. Se me saltaron las lágrimas y me las limpié, enfadada, antes de volver a abrazarlo. Él me devolvió el abrazo, me acarició la espalda y agachó la cabeza para besarme.

—Lo siento, Reina. Lo siento, mi reina —repetía una y otra vez.

Yo me separé y le agarré la camisa para decirle que parase. Me había salvado, eso era lo único que importaba. Me fijé en mis dedos desnudos, solté un grito ahogado y volví corriendo al almacén. Estaba lleno de hombres de Iván, así que sabía que era completamente seguro, pero de todas formas él corrió detrás de mí. Volví al despacho y miré los tres cuerpos

con asco. Después, me incliné sobre Anton para buscar en sus bolsillos.

—Reina, ¿qué estás haciendo? —me preguntó Iván. Probablemente estuviera preocupado por mi salud mental, después de todo.

Pero yo había encontrado lo que buscaba. Cogí mis anillos y los levanté de forma triunfal.

—Pensaba que podía quitármelos —dije, dándole una patada al cuerpo sin vida de Anton antes de que Iván volviera a guiarme al exterior.

Le cogí la mano y puse mi anillo de compromiso de diamantes y la alianza de oro en la palma de su mano. Él me miró confundido y con el ceño fruncido, como si fuera a empezar a gritarme, hasta que yo extendí la mano con los dedos separados. Moví el anular y lo miré con expectación. Con una sonrisa de alivio, me puso los anillos.

—Donde deben estar —dijo.

Yo asentí con fuerza y volví a agarrarlo. No quería soltarlo nunca.

—Llévame a casa, Iván. Quiero ir a casa.

Capítulo 18 - Iván

Cuando volvimos a casa, no perdí a Reina de vista ni un minuto. Ahora que la había recuperado, no pensaba volver a perderla. Me sorprendió que pareciera que estaba bien cuando la coloqué en un sillón al fondo de mi despacho con una manta y un bol de moras en lugar de dejar que se fuera a su habitación. Parecía estar más que bien incluso cuando «entrevisté» a todas las personas que el empleado de Nikolai, Reynaldo, había calificado como poco confiables. Lo que le salvó la vida fue que esa información nos guio hasta Reina, pero iba a tener la correa muy apretada en el futuro cercano.

Hasta ahora, dos miembros de mi equipo de seguridad habían huido. Desaparecieron en cuanto Dmitri y yo fuimos hasta el almacén donde Anton la retenía. Aleksei tenía a gente peinando la ciudad para encontrarlos y todos los aeropuertos bajo vigilancia por si intentaban irse del estado. No había un rincón de la Tierra hasta el que no fuera a perseguirlos después de que hubieran permitido que ocurriera lo que ocurrió en mi casa. Lo que le ocurrió a mi mujer.

Descubrirían, como todo el que me traiciona, que el dinero que recibieron no compensaba lo que les acababa ocurriendo cuando los atrapaba, como ocurría siempre.

Al principio, temía tener que posponer los interrogatorios para poder darle a Reina tiempo para recuperarse. Su calma férrea me hizo pensar que estaba en estado de shock tras el calvario que había sufrido, pero mi reina estaba hecha de una pasta dura y me aseguró que estaba bien. No debería haber resultado tan intimidante, hecha un ovillo en mi gran sillón y envuelta en una manta al fondo de la habitación, pero, cada vez que me giraba para ver qué tal estaba, la encontraba lanzando miradas asesinas al sujeto y probablemente asustándolo más que yo. Yo estaba a reventar de orgullo por mi reinita y me daba igual que la gente viera que la adoraba. Nunca volvería a tratarla con dureza. El

tiempo que pasó desaparecida y yo temí que fuera demasiado tarde para salvarla a ella y al bebé fue el peor infierno que había experimentado en mi vida. No volvería a ocurrir, independientemente de quién supiera que era mi esposa.

Seguí con los interrogatorios hasta que la vi dar cabezadas y, la siguiente vez que la miré, se le había caído el libro de las manos. Llamé a Dmitri y Nikolai para que continuasen sin mí mientras yo la llevaba arriba, pero, cuando intenté levantarla, se despertó y le dedicó a la persona que estaba siendo interrogada una mirada tan fría que habría podido competir con una de las mías.

—Estoy perfectamente bien —dijo, volviendo a coger su libro—. Sigue trabajando.

Le sonreí para mostrarle lo orgulloso que estaba de ella, pero la cogí en brazos igualmente.

—Dmitri y Nikolai se pueden encargar por ahora —le respondí. Ella frunció el ceño y parecía que iba a discutírmelo. Quería descubrir a todos los traidores tanto como yo, pero no a expensas de su salud—. Necesitas descansar por el bebé —dije en voz baja.

Ella asintió porque sabía que tenía razón y se relajó contra mi pecho. Ahí era donde quería que estuviese. Pasamos junto a su suite, que estaba cerrada hasta que la limpiasen a fondo. Ella se estremeció y desvió la mirada.

—No tienes que volver ahí nunca más si no quieres —le prometí—. De ahora en adelante, te quedarás en mi cama.

Ella suspiró y abrió mucho los ojos.

—¿Y Hetty? —preguntó—. Me pusieron algo en la cara y me quedé inconsciente. ¿Está bien?

—Tu asistente está sana y salva. La he mandado de vacaciones con su familia a Jamaica durante un tiempo, pero volverá.

—Es mi amiga —dijo Reina—. Intentó salvarme cuando habría podido huir y esconderse ella sola.

—Tendrá una buena recompensa, mi reina, no te preocupes por eso.

Abrí mi puerta dando un pequeño empujón y ella miró el pasillo por última vez y se puso rígida en mis brazos.

—Maksim —susurró—. Fui muy mala con él.

Entré deprisa en mi habitación y puse los pies de Reina en el suelo. La sujeté rápidamente cuando se desplomó contra mí. Le corrían lágrimas amargas por las mejillas. Yo respiré hondo. Sabía que el dolor de perder a mi primo me golpearía en algún momento. Todos sabíamos que la vida que llevábamos probablemente terminase en violencia o incluso en dolor, pero era duro igualmente. Ahora mismo tenía que centrarme en Reina, no en mis propios sentimientos.

—Él estaba orgulloso de haber podido servirte —le dije, acariciándole la espalda—. No le gustaría verte llorar.

Ella tomó aire de forma temblorosa y lo soltó, parpadeando para secarse el resto de las lágrimas.

—Vale, si tú lo dices...

—Sí. Y mientras haces lo que te he dicho, ¿qué te parecería darte una buena ducha caliente?

Una sonrisa muy sutil apareció en su rostro mientras asentía.

—Eso suena de maravilla. Me... Me ataron en el suelo...

Tuve que girarme para que no viera el destello de ira en mis ojos. Puede que Anton hubiera recibido su merecido, pero aún había gente que tenía que pagar por el sufrimiento de Reina.

En el baño, la ayudé a quitarse la ropa, enfadado conmigo mismo porque no se me había ocurrido haberla dejado que se cambiase antes. Le pasé las manos por la piel buscando heridas y después abrí el agua hasta que el vapor se escapó tras la puerta de cristal.

—Estaré aquí mismo —le dije cuando me lanzó una mirada anhelante.

Solo pasó un momento hasta que no pude aguantarlo más y me desvestí también. Abrí la puerta, me metí bajo la ducha caliente con ella y me dispuse a enjabonarle la espalda. Le masajee los hombros mientras ella echaba la cabeza hacia adelante y pude oír su suspiro de satisfacción sobre el agua de la ducha. Le pedí que cerrase los ojos y le lavé el pelo, limpiándole con cuidado la mugre de su encierro por el desagüe.

—Nunca volveré a dejar que te ocurra nada malo —le juré, quedándome de pie detrás de ella y posando las manos sobre su estómago—, ni al bebé tampoco.

Ella se apoyó contra mí y levantó una mano para acariciarme el pelo mojado. Le levanté la cara hacia mí y me agaché para darle un beso. Ella arqueó su culo perfecto contra mi polla, que se empalmó rápidamente, y gimió suavemente contra mis labios.

Aunque la deseaba mucho, había pasado por una experiencia horrible y estaba agotada. Tuve que controlar mis propios deseos y reprimirme. Me separé y la giré para que quedase frente a mí. Era preciosa. Se puso de puntillas bajo la alcachofa de la ducha y me rodeó el cuello con los brazos.

—Ah, mi dulce reina. Te quiero tanto... —Se me agrandó el corazón al decir por fin las palabras con las que llevaba tanto tiempo luchando—. Te adoro, Reina. —Ella sonrió y me agarró la cabeza para volver a besarme. Mi polla saltó contra su barriga. Yo me aparté una vez más—. Ignora eso.

Ella sonrió con malicia y se frotó más contra mí.

—¿Y si no quiero? —Su mano bajó por mi pecho hasta agarrarme el paquete—. ¿No quieres preguntarme lo que quiero ahora mismo?

Se me cortó la respiración al mirar a mi preciosa y empapada esposa.

—Dime lo que quieres —le pedí.

—Ya lo sabes, Iván. Sabes exactamente lo que quiero.

Lo sabía, y también era lo que yo más deseaba. La levanté, arrastrando su cuerpo contra el mío mientras la ponía contra la pared de azulejos. Ella me rodeó la cintura con las piernas y se agarró a mis hombros. Antes de que pudiera suspirar, ya estaba dentro de ella. Todo el miedo y la angustia que pasé buscándola se desintegró cuando nuestras bocas se encontraron y sus gemidos se mezclaron con mis jadeos. Era una sensación maravillosa. Era como estar en el cielo.

Pero quería más para mi reina. Teníamos toda la vida por delante para follar a lo bestia en la ducha. En ese momento, quería adorarla como se merecía de verdad. Con la polla aún dentro de su coño apretado, la saqué de la ducha. Me las apañé para agarrar una toalla y cubrirle los hombros con ella.

—Iván —dijo, intentando no reírse de mi torpeza—. ¿Qué estás haciendo?

—Espera y verás, mi querida reina.

Sus risitas mientras la llevaba hasta la cama fueron un bálsamo para mi alma. No quería volver a verla llorar, al menos no hoy. La tumbé de espaldas y me coloqué entre sus piernas. Le aparté algunos mechones de pelo de la cara mirándola a los ojos.

—No te has pensado mucho esto, ¿no? —me preguntó.

Su risa era como música para mis oídos, pero no estaba intentando hacerme el cómico. Y no, no me lo había pensado mucho. Me volvía loco, me nublaba la razón. Me hacía sentir como nunca me había sentido antes.

—¿Qué es lo que me haces, Reina? —le pregunté, palpitando en su interior.

—Dímelo tú —me pidió sujetándome la cara.

Yo apoyé la cabeza sobre su hombro. Me sentía desnudo y expuesto.

—Me haces feliz.

Ella me abrazó fuerte y apretó los muslos contra mis caderas.

—Oh, Iván. —No se rio mientras me acariciaba la mandíbula con el dedo—. Tú a mí también. —Frunció el ceño—. O lo harías, si terminases lo que has empezado.

Yo me deslicé hacia abajo, besándola por el camino. Ella arqueó la espalda cuando me pasé algún tiempo estimulándole los pezones y suspiró, feliz, cuando llegué a la intersección entre sus muslos.

—Esto es lo que pasa cuando te quejas —dije, y deslicé mi lengua a lo largo de su coño húmedo.

Ella agarró con fuerza las mantas y levantó las caderas para encontrarse con mi lengua.

—Entonces, prepárate porque me voy a quejar mucho más —respondió sin aliento.

Podría haber pasado felizmente el resto de mi vida escuchando sus quejas, pero mi objetivo era no oír más que alabanzas cuando terminase con ella.

Capítulo 19 - Reina

Estaba tumbada en la cama con Iván, a punto de quedarme dormida, aunque deseaba mantenerme despierta para deleitarme en el ocaso de cómo me hacía sentir. A pesar de estar físicamente exhausta, me sentía extrañamente revitalizada, como si mi corazón se hubiera renovado. Debería estar traumatizada por todo lo que había pasado, pero, en lugar de eso, me sentía mejor que en mucho tiempo. Desde mucho antes de que matasen a mi padre, pero, sinceramente, creía que nunca había sido tan feliz en toda mi vida como lo era entre los brazos de Iván. No quería pensar en el horror de haber estado atrapada en ese sótano o revivir los disparos ensordecedores. Quería quedarme justo ahí, con Iván, y ¿cómo no?

Me quería. Eso era lo que quería revivir. El momento en el que me dijo que me quería. Me giré para acercarme más a él y sonreí contra su pecho mientras él me rodeaba con el brazo.

¿Este hombre guapísimo y poderoso me quería? ¿No estaba conmigo solo porque estaba embarazada de su heredero? Quería creer eso con cada fibra de mi ser, pero ¿cómo iba a hacerlo? Yo no era especial.

Levanté la mirada hacia él al mismo tiempo que él me miró, sorprendido de que siguiese despierta, pero me era imposible dormir cuando lo que quería era disfrutar de su amor y desear con todo mi corazón que lo que me había dicho fuera real.

—Dime lo que quieres, Reina —dijo.

Quería decirle que yo también lo quería, pero algo me detuvo. ¿Y si había sido simplemente porque estaba aliviado de que el bebé estuviera a salvo? Sí, se preocupaba por mí y, desde luego, se sentía atraído hacia mí, pero... ¿Me quería? ¿Me quería de la forma en la que yo siempre había soñado cuando era niña? Nunca había soñado con que me secuestraran

y me forzaran a casarme ni con que después me volvieran a secuestrar, me rescatasen y me enamorase de mi secuestrador hasta las trancas. Habían pasado muchas cosas y, al final, estaba a salvo, pero seguía sin ser libre. Le pertenecía a Iván, no tenía elección, así que ¿acaso importaba lo que sintiéramos el uno por el otro?

—Reina. —Iván me dio un golpecito y yo parpadeé.

—Quiero aprender a disparar —dije sin vacilar. Creí que eso sería lo primero que me negase. De ninguna manera me iba a dejar acercarme a menos de cien metros a algo que pudiera ayudarme a conseguir mi libertad.

Él me besó en la frente.

—Duérmete, reinita.

Yo sonreí y volví a acomodarme en el hueco de su hombro. Se había librado de darme lo que quería ignorando por completo mi petición. Eso le valdría por el momento. Me quedé dormida, sin soñar, mientras él me acariciaba suavemente el brazo.

Cuando me desperté, estaba sola, pero eso era normal. Aunque estuviera en la habitación de Iván, sabía que todo seguiría igual. Me pregunté por un momento si me volvería a mandar a mi suite, o a una distinta, y luego me pregunté durante cuánto tiempo me había quedado dormida. Con las persianas estiradas, no tenía ni idea de si era de día o de noche. Una mujer que parecía un poco más mayor que yo asomó la cabeza por la puerta de la habitación y yo me incorporé.

Me ofreció una sonrisa radiante y subió las persianas para revelar un día más radiante aún.

—Soy Liz, voy a estar sustituyendo a su asistente durante sus vacaciones.

Era tan alegre que me pregunté si vendría de una agencia de trabajo temporal o estaba conectada de alguna forma con los negocios de Iván y ya estaría acostumbrada a todo lo que ocurría en las familias criminales.

—¿Qué hora es? —pregunté—. O qué día es, más bien.
—Perdí la noción del tiempo cuando estuve encerrada.

—Son las diez de la mañana del sábado —respondió—, y hay treinta grados sin probabilidad de lluvia.

Tuve que reprimir una risa porque se tomaba muy en serio los informes. Estuve a punto de preguntarle qué más daba si, de todas formas, no me dejaban salir, pero me lo callé. Me estiré y volví a desplomarme sobre las almohadas.

—Te avisaré cuando esté lista para desayunar —dije, intentando deshacerme de ella con tacto. No había motivo para levantarme tan rápido de la cama; tenía mucho tiempo para vestirme y descubrir las vistas desde el balcón de Iván.

—El señor Morozov quiere que la lleve con él en cuanto esté lista —respondió, trayendo un perchero lleno de ropa mía—. Creo que tiene algo planeado. Me lleva preguntando si se ha despertado ya cada media hora desde que llegué a las seis esta mañana, pero no me ha dejado despertarla.

—Oh, vale —dije, más animada.

¿Tenía planes? ¿Quizá una excursión? No quería hacerme ilusiones de que las cosas hubieran cambiado de verdad entre nosotros. Tras dormir durante toda la noche y buena parte de la mañana, empezaba a preguntarme si había soñado el momento en el que Iván me dijo que me quería. Cuando salí de la cama, me di cuenta de que estaba muerta de hambre. Solo había comido un bol de fruta desde que me secuestraron.

En el piso de abajo, Liz me dirigió hasta el comedor formal, pero arrugó la nariz y dijo que estaría arriba trasladando mis cosas en lugar de entrar conmigo. Cuando entré en la gran habitación de techo alto, supe por qué Liz había optado por alejarse. La larga mesa de caoba estaba cubierta por una selección de armas. Algunas diminutas, con la empuñadura de perla, enormes escopetas de dos cañones y otras que parecían usarse solo en zonas de combate.

Iván estaba sentado en el extremo de la mesa mirando su tableta y me sonrió cuando entré. Señaló el desayuno que había en el buffet, pero yo estaba más interesada en el arsenal que tenía delante.

—Tienes que comer —dijo con el ceño fruncido.

Para apaciguarlo, cogí una barra de cereales y me la fui comiendo mientras él explicaba los diferentes tipos de armas. Después, me dijo que eligiera una.

—¿Lo dices en serio? —le pregunté, casi atragantándome con la barrita seca de frutos secos y pasas—. ¿Me vas a enseñar a disparar?

—Dijiste que era lo que querías, ¿no?

—Nunca pensé que fueras a acceder. —Me abalancé sobre Iván y él soltó precipitadamente el rifle semiautomático que tenía en las manos para abrazarme.

—Una buena primera regla, probablemente, es no lanzarte sobre alguien que tenga un arma en la mano —dijo con una risa.

Yo quería ponerme a dar tiros enseguida, pero él insistió en enseñarme cómo sujetarlas, dónde estaban los seguros, cómo cargarlas y descargarlas y todas las reglas relativas a cómo no dispararme a mí misma o a él de forma accidental.

—Nunca apuntes a nada que no quieras disparar —me dijo muy serio.

Yo asentí, sorprendida de que me excitase ver cómo cargaba rápidamente un revólver más pequeño para mí. Lo puso en una funda junto con otras cuantas armas y me dijo que por fin era la hora de apretar el gatillo.

—¿En el jardín? —pregunté, pensando en cómo se lo tomarían los vecinos.

Él se rio y me hizo un gesto para que cogiese mi propia funda.

—Disparar en el jardín es una forma muy buena de atraer atención no deseada —dijo amablemente.

Tuve que reprimir mi impaciencia un poco más mientras nos llevaba en coche a un campo de tiro privado en el quinto pino. Él caminó delante, luchando contra los palmitos descuidados que intentaban apoderarse del camino. El edificio estaba desierto, pero Iván tenía una llave. Entramos y él encendió las luces. Todo estaba en silencio, salvo por el zumbido de las bombillas fluorescentes, e Iván me dijo que me sentase en la zona frontal mientras él lo preparaba todo.

—Ni hablar —dije siguiéndolo.

Me acercó a él y me dio un beso en la cabeza.

—No tienes que tener miedo, pero ven conmigo si quieres.

En ese momento, el sonido de unos neumáticos sobre la gravilla del aparcamiento lo hizo sonreír.

—Debe ser Pavel. Dirige este sitio por mí, él lo preparará.

Pavel era un hombre más mayor y corpulento, con la boca llena de tabaco de mascar y un acento extraño que era una mezcla entre ruso y paleta estadounidense. Se rascó la gran barriga al saludarnos, medio bromeando y medio refunfuñando, mientras iba a prepararnos los puestos de tiro.

Cuando estuvieron listos, Iván me ayudó a ponerme los protectores en las orejas y me colocó las gafas de seguridad sobre la nariz, sonriéndome mientras me miraba sacar el arma de la funda. Hice todo lo que me enseñó y me consideró lista para disparar.

—Ya era hora —dije. Él se quedó de pie detrás de y me hizo un gesto para que procediese. Yo descargué contra la diana de papel.

Iván se quedó con la boca abierta cuando vacié el arma y me reí de lo excitante que era. Me dio una de las armas más grandes mientras cargaba la mía y yo la vacié rápidamente. Él

enrolló la diana y me mostró cómo podía apuntar mejor. Yo estaba lista para seguir practicando y extendí la mano entusiasmada para que me devolviera el revólver.

Él sacudió la cabeza y me sonrió.

—Desde luego, te lo estás pasando mejor de lo que pensaba, mi reina sedienta de sangre.

—No estoy sedienta de sangre. —Me puse las manos sobre el estómago. Nunca más querría volver a sentir la indefensión que sentí en aquel sótano, sin saber si iba a vivir o a morir o si mi bebé tendría la oportunidad de nacer—. Solo quiero proteger a tu heredero.

Él soltó el arma y puso su mano sobre la mía.

—Nuestro heredero —me corrigió.

En ese momento, me creí que me quería, que no solo estaba conmigo por el bebé. Quería decirle que yo también lo quería desesperadamente, pero las palabras se me atascaron en la garganta. ¿Acaso no seguía siendo su prisionera, con amor o sin él?

—¿Podré guardar el arma en mi habitación? —pregunté.

Él frunció el ceño.

—Nuestra habitación —volvió a corregirme.

Estaba evitando mi pregunta, así que la reformulé, tentando a la suerte al ponerlo a prueba.

—Entonces, ¿puedo guardarla en nuestra habitación? ¿En la mesilla de noche? —No quería volver a verme sin medios para protegerme, pero ¿se lo tomaría como una forma de querer conseguir mi libertad? ¿Acaso no era eso lo que realmente buscaba?

Se le tensó el músculo de la mandíbula y se me quedó mirando en silencio durante tanto rato que estuve a punto de girarme y retomar mi práctica.

—Sí —dijo finalmente.

—¿Sí?

—Puedes tenerla en la mesilla de noche. Cualquier cosa que te haga sentir segura está bien. —Bajó la mirada, pero vi un destello de tristeza—. Siento no haber podido protegerte, Reina.

El dolor que había en su voz me desgarró y me hizo mover la mano del estómago hasta el corazón, que parecía que se me estaba partiendo en dos.

—Iván... —Quería decirle que lo quería. Solo necesitaba...

Sonó un disparo en la parte frontal, donde habíamos dejado a Pavel sentado con los pies en el mostrador y una cerveza junto al codo. Ambos dimos un salto e Iván se puso frente a mí de forma instintiva. No parecía probable que Pavel estuviera disparando de forma aleatoria, y la cara de Iván me dijo que él pensaba lo mismo. Me agarró, me metió apresuradamente dentro de un armario de suministros en el lado opuesto del campo de tiro y me dijo entre dientes que me quedase quieta antes de ponerme mi nueva arma en la mano. Cerró la puerta y volvió a dejarme en la oscuridad, en un espacio mucho más estrecho.

Me quedé sentada agarrando con fuerza el arma, llena de una confusión que amenazaba con convertirse en terror, y decidí escabullirme para ver qué estaba pasando. Me acerqué sigilosamente a la puerta, que estaba ligeramente abierta, y me asomé por la rendija. Reprimí un grito ahogado y me retiré de nuevo, intentando procesar lo que había visto.

El pobre Pavel estaba muerto. El único tiro había sido para él, pero parecía que el objetivo era Iván. Un hombre demacrado y con la cara roja estaba apuntando a Iván con su arma. Yo me agaché por debajo del nivel de los ojos del hombre y volví a mirar. El arma de Iván estaba en el suelo y él estaba de pie, alto y erguido, mirando fijamente al hombre que se le había adelantado.

—¿Por qué tuviste que matarlo? —le preguntó el hombre, hecho una furia, dando un paso adelante y agitando su arma hacia Iván.

Él no movió un músculo y respondió con calma.

—Secuestró a mi mujer. Rompió nuestra tregua.

—Maldita sea tu tregua. El pobre idiota solo quería vengarse un poco. No le habría hecho daño.

Ese debía ser el padre de Anton, el jefe de la familia criminal rival de los Morozov. Yo estaba muy desacuerdo con lo de que su hijo no me hubiera hecho daño. Me había llevado a una sala de asesinatos antes de que Iván apareciera. Aun así, mientras continuaba gritándole a Iván, sentí un poco de pena por él. No por Anton, sino por el hombre que tuvo la desgracia de criarlo. Me apreté la mano que tenía libre contra el estómago y miré el arma que seguía sujetando en la otra.

Esa podía ser mi oportunidad de escapar. Podía salir a hurtadillas y coger el coche de Iván, conducir hasta los Cayos de la Florida y subirme a un avión con cualquier destino, donde fuera menos aquí. Eso era lo que debería haber intentado hacer unas semanas atrás, cuando Maksim aún estaba vivo, antes de que mi presencia en la vida de Iván desencadenara esta guerra.

Empecé a girarme para arrastrarme hasta la puerta trasera, pero entonces vi cómo el dedo del hombre temblaba en el gatillo mientras agitaba el arma en la cara de Iván. Mi marido, el padre de mi bebé, nuestro heredero. El hombre que amaba. Supe que no iba a dejarlo. No era que no pudiera, sino que no iba a hacerlo. Él me pertenecía tanto como yo le pertenecía a él. A lo mejor estaba sedienta de sangre, quién sabe. Pero no iba a abandonar a Iván y tampoco iba a perderlo.

Me levanté y empuñé mi arma mientras abría de un portazo. El hombre apenas tuvo tiempo de mirar en mi dirección cuando yo apunté directamente a lo que quería disparar y apreté el gatillo. La primera bala le alcanzó en el pecho y se cayó de espaldas. Yo avancé, bajando la mano, y

volví a disparar para rematarlo. Al fin y al cabo, era la reina de Iván, y quería ser digna de reinar a su lado.

Seguí apretando el gatillo hasta que Iván se deslizó detrás de mí y me agarró el brazo para bajarlo suavemente.

—Está vacía, Reina —dijo.

Yo solté la pistola y él la cogió y la puso en el suelo, a nuestros pies. Bajé la mirada hacia el cuerpo acribillado del hombre que había intentado robarme a mi amor y me giré hacia Iván.

—No deberíamos haber venido aquí solos —dije con dureza—. Pavel era un inútil. Deberías haber traído refuerzos.

No podíamos ni ir a la playa sin que nos siguiera un grupo de hombres y ¿ahora nos traía solos a un lugar en mitad de la nada? Estaba enfadada con él y lo que más quería era rodearlo con los brazos y besarlo hasta dejarlo sin sentido.

Él me cogió entre sus brazos y me abrazó fuerte. Una carcajada áspera le subió del pecho.

—Tenía todo el refuerzo que necesitaba, mi reina.

Capítulo 20 - Iván

Nos las apañamos para pasar las siguientes dos semanas sin ningún ataque nuevo y parecía que las cosas se habían calmado. Con el jefe de los Balakin y su hijo fuera del mapa, sus esbirros se desperdigaron y reinaba la paz en Miami, al menos por el momento. Aun así, yo me quedaba todo lo cerca de casa que podía porque no quería estar mucho rato separado de Reina. Cuando no estaba conmigo, Dmitri la seguía desde una distancia prudencial, y su asistente, Hetty, había vuelto al fin para hacerle compañía. No podía decir que todo fuera perfecto o que Reina fuera completamente feliz, y eso me atormentaba en momentos como este, cuando tenía un periodo de calma en mi trabajo.

Mi teléfono sonó y miré los mensajes. Estaba entusiasmado de tener al fin una noticia que sin duda la haría sonreír. Llamé rápidamente a mi contacto.

—¿Cuándo? —le pregunté.

—Ahora —me respondió—. Puedo empezar a grabar en cualquier momento.

Colgué el teléfono y fui corriendo en busca de Reina. Se había aficionado a pasar tiempo en la cocina, ya que había decidido que quería aprender a cocinar. Allí estaba con nuestro chef, extendiendo masa de hojaldre y, aunque sabía que querría ver lo que iba a enseñarle, tuve que parar durante un momento para apreciar las vistas.

Tenía las manos llenas de harina y el pelo rubio oscuro recogido y sujeto con un lazo rojo brillante, el color que más me gustaba en ella. Su vestido azul oscuro le caía sobre la barriga, que ya se le notaba, y se estaba mordiendo su carnoso labio inferior mientras leía la receta que tenía delante.

La quería tanto que me cortaba la respiración cada vez que la pillaba así, desprevenida. Aunque no me lo había dicho, yo estaba seguro de que ella también me quería. Después de

todo, había matado para salvarme la vida y no había intentado abandonarme a pesar de tener casi toda la libertad que podía desear. Sí, necesitaba guardaespaldas, pero ahora entendía por qué. Toqué mi teléfono para preparar lo que quería enseñarle y, cuando levanté la mirada, me estaba sonriendo y limpiándose las manos en un trapo de cocina.

Le hice un gesto para que se uniera a mí en la terraza y la guie hasta un sitio a la sombra.

—Vamos a sentarnos —dije—. Quiero enseñarte algo.

Nos sentamos juntos en un banco bajo un magnolio. Tras un frondoso hibisco, se oía el sonido de una de las fuentes del jardín. Le di mi teléfono, en el que aparecía un vídeo retransmitido en directo. Miré por encima de su hombro y se podía ver a un hombre medio desplomado en una silla, con la cara hecha un Cristo. El hombre encargado de interrogarle se apartó y le dio un golpe casi juguetón en la cabeza.

Reina me devolvió el teléfono con el ceño ligeramente fruncido.

—Estas cosas ya no me afectan como antes y me alegro mucho de que ahora compartas tu trabajo conmigo, pero no hace falta que me enseñes todos los interrogatorios.

—Sigue mirando —le dije—. Este sí vas a querer verlo.

Ella cogió el teléfono y continuó observando la escena obedientemente. Mi hombre entró en el plano y se inclinó sobre el que estaba en la silla.

—Declara tu delito —dijo, y se apartó—. Dile a la persona que nos está viendo por qué estás aquí.

La cámara hizo zoom sobre el criminal y él gimió, pero pareció aceptar que era mejor decirlo.

—Soy culpable de asesinar a Jonathon Hall.

Reina contuvo el aliento y le temblaron las manos, pero se acercó más el teléfono. Mi interrogador le preguntó al hombre por qué lo hizo.

—Un hombre llamado Phillip Lancaster, que quería comprar su propiedad, me pagó para que lo hiciera. Me dio tres mil dólares.

Reina dejó caer el teléfono y se dobló de dolor.

—¿Eso es todo? ¿Ese era el precio de su vida? —Me miró con ojos tristes—. Phillip era su amigo. Estuvo en su funeral. Yo pensé que me estaba haciendo un favor cuando se ofreció a quitarme la tienda de encima. —Tuvo una arcada y yo le di unas palmaditas en la espalda.

—Antes de que acabe el día, mis hombres lo tendrán bajo custodia. Podemos entregarlo a la policía o encargarnos de él igual que estamos haciendo con su sicario.

Ella apretó los puños y su respiración se agitó.

—Tiene que sufrir, sufrir de verdad. Es un blando y odiará estar en la cárcel. Llévalo a la policía —dijo.

—¿Y al hombre que apretó el gatillo?

—Lo mismo —respondió—. Quiero justicia, no venganza. Eso es lo que querría mi padre. —Entornó los ojos—. Pero si hay algún vacío legal...

Yo asentí.

—Los perseguiré hasta los confines de la Tierra y me aseguraré de que tu padre recibe la justicia que merece.

Los ojos de mi reina sanguinaria brillaron al mirarme,

—Bien. —Se sujetó la cabeza entre las manos y se esforzó por no llorar. Yo quería decirle que no pasaba nada, que podía sentirse como necesitase. Que mostrar sus sentimientos no significaba que no fuera fuerte. No podría haber pedido una mujer más fuerte—. ¿Cómo lo has resuelto cuando la policía no pudo? —me preguntó, acercándose más a mí.

Yo la rodeé con mis brazos, intentando aliviar su dolor.

—La policía tiene que acatar reglas que yo no sigo.
—Fue mi simple respuesta.

—De verdad me das cualquier cosa que pido —dijo ella sorbiéndose la nariz.

—Siempre que pueda, Reina.

Con manos temblorosas, se quitó los anillos de un tirón y me los dio haciendo un puchero. Yo los miré, sorprendido y dolido. No me salía la voz para preguntarle por qué se los había quitado o por qué me rechazaba de repente.

—Quiero que me vuelvas a pedir que me case contigo, esta vez en serio. —Me agarró de la camisa y me acercó a ella—. Te quiero, Iván. Quiero ser tu mujer de verdad.

Yo me arrodillé al lado del banco y sostuve los anillos.

—Te lo pediría con gusto todos los días de mi vida. Cásate conmigo. Sé mi reina.

Ella asintió, se inclinó para besarme y me puso la mano sobre su barriga.

—Vamos a ser una familia —dijo contra mis labios.

—Sí, ahora vuelve a ponerte estos anillos en el dedo, donde deben estar.

—Solo quiero el de compromiso hasta que nos casemos de verdad —contestó obstinadamente.

Podría haberla obligado a ponerse ambos anillos. Después de todo, era legalmente mi mujer. Pero no era lo que ella quería. Le puse el anillo con el gran diamante en el dedo y le besé la palma de la mano antes de colocarla contra mi pecho.

—No quiero esperar mucho —le advertí.

Su sonrisa se ensanchó y sus ojos estaban llenos de esperanza.

—Si me dejas invitar a mi amiga Lynn, lo organizaremos en tiempo récord.

—Lo que tú quieras, mi reina —le contesté—. No repares en gastos para que podamos mostrarle al mundo que

nos pertenecemos el uno al otro.

Capítulo 21 - Reina

Un mes después

Al fin llegó el día de mi boda. Mi boda de verdad, una en la que caminaría hasta el altar sin que amenazasen a mis seres queridos. De hecho, Lynn estaba a mi lado, alisando sin necesidad la enorme falda de mi vestido. Se había cogido todos sus días de vacaciones y de baja por enfermedad para poder venir a ayudarme a planearlo todo y, aunque aún no lo sabía, Iván iba a colar un cheque bastante generoso en su maleta para darle las gracias por ser mi dama de honor. Los pendientes de oro ya le habían parecido un regalo tan grande que me encantaría poder ver su cara cuando viese el cheque.

Ella sabía sobre todo lo de la discoteca, ya que era uno de los pocos negocios completamente legales de Iván. De ninguna forma podía contárselo todo, y apenas le conté nada, ya que no habría podido gestionar mi nuevo estilo de vida. Aun así, casi no paramos de hablar mientras estuvo conmigo, comprando cosas para el bebé y planeando la boda.

Cuando terminó de arreglarme el vestido, la atraje a mi lado para comparar nuestras barrigas en el gran espejo de mi vestidor recién renovado. Lynn estaba espectacular con su vestido verde menta.

—Te voy a echar mucho de menos después de hoy —dijo con los ojos llenos de lágrimas.

—Te vas a quedar otra semana en Miami —respondí. El plan original era que Andrew continuase trabajando y solo viniera para la boda, pero Iván pensó que eso era demasiado cutre y los presionó para que aceptaran pasar una semana de vacaciones en su apartamento de South Beach tras la boda.

Ella soltó una risita.

—Sí, pero tú estarás en tu luna de miel y yo estaré de vacaciones por primera vez desde la mía con Andrew. No creo que vayamos a tener tiempo de estar juntas después de hoy.

—No hasta Navidad, de todas formas —dije. Estaba decidida a conservar mis viejos amigos, por muy frenética que fuera mi vida. Eran importantes para mí y, por suerte, Iván lo entendió y extendió su generosidad hacia ellos.

Ella me dio su regalo, un bonito guardapelo con una foto de ella y Andrew en un lado del corazón y una de mi padre en el otro. Yo parpadeé para evitar llorar y estropear mis pestañas. A Hetty le daría un infarto si tenía que volver a ponérmelas.

—¿No es cursi? —preguntó Lynn.

—En absoluto. —Sujeté el guardapelo contra mi pecho y luego lo puse en mi joyero—. Al fin se va a hacer justicia —dije. Acabábamos de enterarnos de que el asesino de mi padre y el horrible y falso amigo que había pagado por su muerte estaban bajo custodia sin libertad condicional.

—Seguro que mueren en la cárcel —contestó ella.

Yo asentí. No me preocupaba en absoluto el resultado de sus juicios porque Iván había prometido justicia y siempre cumplía lo que me prometía.

—Creo que por fin podrá descansar en paz.

Nos quedamos en silencio un momento y después ella me sujetó por los hombros y me miró muy seria.

—¿Estás segura de esto? Quiero decir, es un poco precipitado. No tienes que casarte con él solo porque estés embarazada.

Yo solté una carcajada, pero, por supuesto, no podía contarle que ya llevaba meses casada con Iván. Lynn nunca podría creer, y mucho menos entender, todo lo que habíamos pasado juntos para formar nuestro vínculo irrompible.

—Estoy segura —le dije.

—Vale. —Me abrazó y me alisó un poco más la falda—. Supongo que cualquiera que no esté ciego puede ver lo mucho que te quiere.

—Y yo lo quiero igual.

Hetty entró corriendo con mi ramo de flores, lleno de magnolias frescas de nuestro jardín.

—Todos están listos cuando usted lo esté.

Les dije a ambas que se adelantasen y, en cuanto salieron de la habitación, me metí mi pequeño revólver en la liga. Todo estaba muy tranquilo desde que maté a Sergey Balakin, pero no me iba a arriesgar el día más feliz de mi vida. Aunque había guardaespaldas discretos vestidos como invitados por todos los rincones e Iván y sus hermanos formaban una manada, me sentía mejor con el frío acero contra mi muslo.

La boda en nuestro jardín trasero fue perfecta: miles de lucecitas, montañas de flores y un banquete digno de dioses, incluido mi dios dorado. No hubo tiroteos, solo una preciosa ceremonia y después un banquete escandaloso. Todos los hermanos de Iván se pelearon por su turno para bailar conmigo y yo estaba encantada de que me hubieran aceptado de tan buena gana y me trataran como a una auténtica hermana pequeña. Cuando estaba bailando con Aleksei, pusieron una canción lenta e Iván se interpuso entre nosotros de un salto, proclamando bruscamente que ya me habían acaparado bastante.

Me cogió en sus brazos y nos mecimos al ritmo de la música bajo las luces y las estrellas. Yo uní mis manos tras su cuello y le bajé la cabeza para darle un beso largo.

—Te quiero —dije—. ¿Lo sabías?

—Eso esperaba —respondió con una sonrisa. Su expresión se volvió seria y me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja—. Has cambiado mi vida, mi reina. Pensé que estaba completa, pero no supe lo que era la verdadera felicidad hasta que entraste bailando en ella.

Mis pestañas no pudieron aguantar unas palabras tan dulces y las lágrimas me rodaron por las mejillas. Él se inclinó sobre mí y me las besó.

—Siempre seré tu reina —le prometí.

Se oyó una enorme explosión y yo di un salto y me arremangué la falda para coger mi arma. Iván se rio y señaló el cielo, sobre el canal. Hubo una explosión de colores brillantes sobre nosotros.

—Son fuegos artificiales, no pólvora —dijo dándome palmaditas en la falda, sobre el revólver—. Mi dulce y sanguinaria esposa. Nunca necesito guardaespaldas si estoy contigo.

Yo me puse de puntillas y le agarré los hombros.

—Más te vale no ir a ningún sitio sin guardaespaldas —le advertí—. Ni siquiera si estás conmigo. No podría soportar perderte.

Él me inclinó hacia atrás y me dio un beso ardiente que me tocó el alma.

—Nunca me perderás, mi reina —me prometió.

Y siempre cumplía sus promesas.

Epílogo - Reina

Estábamos mirando fijamente el capazo, embelesados por nuestra diminuta y perfecta hija. Se llamaba Anya Diana Morozov, por nuestras madres. Solo tenía tres meses y no podía imaginarme la vida sin ella. Estaba segura de que Iván sentía lo mismo. Él se agachó y le puso el dedo bajo la mano, y sonrió cuando los deditos en miniatura se cerraron sobre el suyo.

—La vas a despertar —dije, extendiendo la mano para acariciarle su cabecita aterciopelada.

—¿No quieres que esté despierta cuando lleguen mis hermanos? Quiero presumir de ella.

—Nunca despiertes a un bebé dormido. Y ya presumiste de ella ayer, cuando estuvieron aquí.

—Pero ¿no crees que ha cambiado desde ayer? Lo juro, crece tan rápido... —Frunció el ceño y por un momento pensé que iba a echarse a llorar.

Lo rodeé con el brazo.

—Mi hombretón —bromeé.

—En lo que respecta a mis chicas, soy débil —dijo. Apartó el dedo con cuidado y se inclinó hacia atrás con un suspiro—. Hoy no aguanto ni a Nikolai ni a Aleksei, especialmente a Nikolai. No para de quejarse sobre la visita de Grigory Lukin.

—¿Qué ha hecho el pobre de Grigory para cabrear tanto a Nikolai? —pregunté, encantada de ponerme al día con los problemas de mi nueva familia —. ¿Y quién has dicho que era? ¿Otro primo?

—No es un primo, es un viejo amigo de mi padre. Mandó a su hija a estudiar aquí cuando era una adolescente y terminaron distanciándose. —Se encogió de hombros—. No

puedo seguirles el ritmo y, para ser sincero, me aterroriza pensar que algún día nuestra princesa llegue a odiarme.

—Eso jamás —contesté, apretándole el brazo—. Ya eres un padre perfecto.

Iván se inclinó para besarme con una sonrisa de gratitud. Olía bien, acababa de salir de la ducha, y yo me acerqué más a él y deslicé la mano entre los botones de su camisa. Él sonrió de oreja a oreja.

—¿Canelo la cita con mis hermanos?

—¿No pueden ocuparse de Grigory solos? —pregunté.

Él gimió.

—Ojalá lo supiera. Estoy seguro de que me enteraré de más cosas cuando lleguen. Algo sobre un viejo contrato con nuestro padre. —Me pasó los dedos por el cuello y me acercó a él para besarme—. Preferiría pasar el tiempo que Anya está dormida contigo, mi reina.

Sentí un escalofrío por la espalda al ver su mirada sugerente. Entre el bebé y lo ocupado que estaba él intentando compaginar todos sus negocios, legales o no, no habíamos podido pasar mucho tiempo a solas. Ambos nos negábamos rotundamente a contratar una niñera porque no podíamos confiar plenamente en nadie. Hetty cuidaba a Anya durante algunas horas sueltas, pero, aparte de eso, siempre estaba con uno de nosotros.

Yo metí la mano en el bolsillo de su pantalón, saqué su teléfono y lo desbloqueé con su código. No había secretos entre nosotros. Les envié un mensaje a sus hermanos en el que decía que mejor nos veíamos mañana y luego lancé el móvil al sofá que había a nuestra espalda con una sonrisa.

El bebé se movió en el capazo y ambos contuvimos la respiración. Cuando pareció que seguía profundamente dormida, me subí sobre el regazo de Iván y suspiré satisfecha al acomodarme sobre su paquete.

—Ah, mi amor —dijo él acariciándome la espalda y quitándome la camisa.

Levanté los brazos para que pudiera quitármela del todo y él se inclinó para acariciar mis pechos, que seguían siendo voluminosos y pesados. Eché la cabeza hacia atrás mientras él los acariciaba dulcemente y después me pasaba los dedos por los costados, poniéndome la piel de gallina. ¿Quería provocarme? Bueno, a ese juego podían jugar dos.

Me froté contra su polla y me agaché para besarle el cuello. Le abrí los botones de la camisa hasta que pude tocarle el pecho duro. Podríamos estar casados cincuenta años y nunca me aburriría de él. Mi forma de provocarlo solo me estaba haciendo sufrir y le mordisqueé el lóbulo de la oreja mientras seguía frotándome contra él. Finalmente, Iván me agarró por las caderas y con fuerza tiró de mí hacia él.

—No tenemos mucho tiempo —dijo con voz baja y seductora—. Dime lo que quieres.

—Te lo enseñaré —dije, levantándome. Llevaba pantalones de yoga, así que seguramente mi striptease no sería tan sexy como me gustaría, pero la mirada que me dedicó me dijo que estaba satisfecho. Me desvestí y me puse encima de él. Le cogí la mano y la guie hasta mi entrepierna.

Sus dedos se deslizaron por mi vagina, que anhelaba su tacto. Mientras me acariciaba, le desabroché el pantalón, le bajé la cremallera y agarré su polla cuando se la sacó. Vi cómo su mirada recorría mi cuerpo mientras sus dedos trabajaban mi coño de forma experta. Probablemente pasarían meses, quizá años, hasta que pudiéramos tener sesiones de sexo largas y pausadas como antes de que Anya naciera, pero él sabía exactamente cómo llevarme al límite, incluso si solo teníamos unos minutos.

Volví a mirar el capazo y me subí de nuevo a su regazo, moviendo las caderas al ritmo de sus dedos. Me agarró el cuello con la mano que tenía libre y me acercó para reclamar mi boca. Me besó apasionadamente mientras empujaba los dedos en mi interior.

—Ya casi —murmuré, separándome para morderle el hombro y amortiguar mis gritos. En cuanto me llevó al éxtasis, me corrí a lo bestia sobre su polla y fui incapaz de reprimir mi gemido de placer.

Él soltó una risita, sin dejar de agarrarme el culo mientras lo cabalgaba.

—¿Puedes hacer menos ruido? —jadeé.

Él negó con la cabeza y cerró los ojos con fuerza cuando me contraí alrededor de su polla. Era mío y tenía que saberlo. Abrió los ojos y me agarró las caderas para ralentizar mis movimientos frenéticos.

—Aún no he terminado contigo —me dijo, con la voz teñida de una promesa maliciosa. Una vez más, encontré mi clítoris y lo acaricié en círculos hasta que yo, sin aliento, le pedí volver a correrme.

Le di un golpe en el hombro y dejé caer la cabeza para tocar la suya.

—Por favor, Iván —supliqué.

Mi súplica fue suficiente. Nunca podía resistirse a darme lo que pedía. Con un fuerte gemido, se corrió dentro de mí. Sabía que era demasiado pronto, pero no pude evitar desear un hermanito o una hermanita para Anya. Con un marido y un padre tan perfecto como Iván, ¿cómo no iba a quererlo?

Me recorrieron nuevas olas de placer y mi voz se unió a la suya. Terminamos riéndonos y me derretí contra él. Durante unos largos minutos, solo pudimos intentar recobrar el aliento mientras nos agarrábamos con fuerza.

—¿Cómo puede seguir dormida? —pregunté.

—¿Está bien?

Ambos nos incorporamos de un salto, desnudos y sudorosos, y miramos a nuestro pequeño bebé.

—Está bien —susurré cuando vi que su pecho se movía.
Me reí—. Somos ridículos.

Él me cogió en brazos, me llevó de vuelta al sofá y nos tapó con una manta.

—Vamos a echarnos una siesta —sugirió.

Me pareció una idea maravillosa y apoyé la cabeza en su pecho mientras él me acariciaba el brazo suavemente.

—Ya ni siquiera tengo que pedirte lo que quiero —dije.

—¿Y eso por qué, mi reina?

Yo sonreí y cerré los ojos, dejando que el latido de su corazón me arrullase hasta quedarme dormida.

—Porque siempre lo sabes.

FIN

Libros de Lexi Asher

“La Bratva Morozov” Serie

La Bratva rusa de Miami tiene tres reglas: la primera, resolver problemas con la violencia. La segunda, pintar las calles con sangre. La tercera, romper corazones a diestro y siniestro. No son amables, no son gentiles y no ceden. Pero, de puertas para adentro, son capaces de enseñar lo que realmente significa del amor verdadero.

Secuestrada por la Bratva